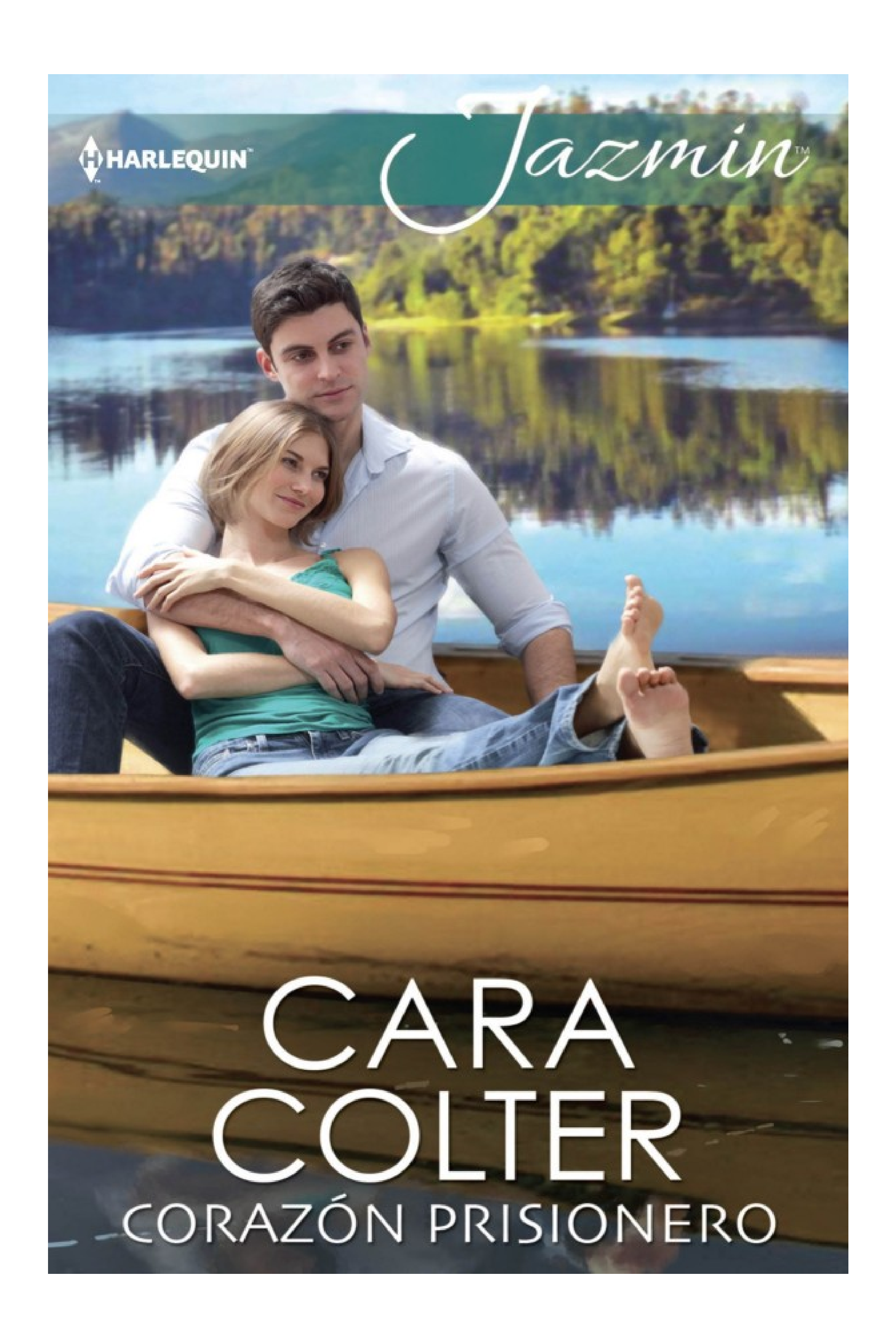

HARLEQUIN
Jazmín
CARA
COLTER
CORAZÓN PRISIONERO

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Corazón prisionero, n.º 2603 - septiembre 2016
Título original: How to Melt a Frozen Heart
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8979-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

BRENDAN Grant se despertó sobresaltado. Lo primero que oyó fue el constante repiqueteo de la lluvia sobre el tejado. Luego, el teléfono volvió a sonar. Desvió la mirada hasta el reloj de la mesilla. Las tres de la madrugada.

Sintió que el corazón comenzaba a latirle con más fuerza. Nada bueno auguraba una llamada de teléfono a las tres de la madrugada.

Alargó la mano hacia el aparato. Dos años y medio más tarde seguía teniendo aquella sensación de vacío. Becky se había ido. Lo peor ya había pasado.

Buscó a tientas el teléfono hasta que lo encontró.

–¿Dígame? –dijo con voz ronca.

–Charlie se está muriendo.

Entonces, la línea se quedó muerta.

Brendan se quedó tumbado, con el teléfono en la mano. Ni siquiera le caía bien Charlie. Al día siguiente, iba a empezar la construcción de un edificio junto al lago diseñado por él. Aquel proyecto suyo había llamado la atención de varias revistas de arquitectura y había sido nominado para el prestigioso premio Michael Edgar Jonathon.

Aun así, como siempre antes de que empezaran las obras, tenía la sensación de que el proyecto no era exactamente como había querido, que había algo que se le había escapado y no sabía muy bien qué era. Empezaba a sentirse estresado y necesitaba descansar.

Gruñó resignado, se incorporó sacando las piernas por un lado de la cama y se quedó sentado unos segundos, con la cabeza entre las manos escuchando la lluvia sobre el tejado. Estaba harto de tanta lluvia y no le apetecía salir a mojarse a las tres de la madrugada.

Suspiró y buscó sus vaqueros.

Diez minutos más tarde, estaba ante la escalera de entrada de Deedee, llamando a su puerta. Su casa estaba a dos minutos en coche de la de ella. Brendan se dio la vuelta y observó el ambiente de su vecindario. Ambos vivían en La Colina, la zona más

privilegiada de Hansen, e incluso en una noche tan desagradable como aquella, las vistas eran espectaculares. A través de la cortina de lluvia se veía la ciudad, con sus casas centenarias bajo los viejos arces de las empinadas colinas. Detrás de las casas y del puñado de edificios del centro, las luces se reflejaban en las oscuras aguas del lago Kootenay.

Brendan se volvió a la vez que la puerta se abría una rendija. Deedee lo miró con reservas, como si existiera la remota posibilidad de que a la vez que lo había llamado, un intruso, el primero del que se tenía conocimiento en Hansen, hubiera aparecido en la puerta de su casa para aprovecharse de una anciana.

Satisfecha de ver a Brendan Grant, abrió la puerta.

–Pareces el demonio en persona, apareciendo así, de noche, en mitad de una horrible tormenta, con ese aspecto oscuro y cara de pocos amigos –dijo ella–. Siempre le decía a Becky que debías de tener sangre pirata.

Brendan entró y se quedó mirando con cariño a su abuela política. Solo Deedee podría ver un demonio o un pirata en alguien que solo había acudido en su ayuda.

–Trataré de contener mi mal humor –dijo.

Respecto a su aspecto oscuro, no había nada que pudiera hacer. Tenía los ojos y el pelo marrones, y la barba oscura.

Deedee tenía noventa y dos años, apenas superaba el metro y medio de estatura, y era de una frágil delgadez. Aun así, a pesar de que eran las tres y cuarto de la madrugada y de que su gato, Charlie, se estaba muriendo, estaba impecablemente vestida. Llevaba un traje de chaqueta de pantalón rosa y un lazo a juego recogiendo sus impecables rizos blancos.

¿Habría sido así Becky algún día, de haber llegado a anciana? El dolor era tan profundo y su sentimiento de culpabilidad tan intenso que parecía como si tuviera clavado un cuchillo entre las costillas. Pero Brendan estaba acostumbrado a aquella sensación, así que contuvo la respiración.

Era una sensación de dolor, pero sin emoción. Se había quedado tan afectado que no había sido capaz de derramar una sola lágrima por su esposa. A veces sentía que su corazón había quedado sepultado tras una gran roca para siempre.

–Iré a por mi abrigo –dijo Deedee–. Ya he metido a Charlie en el trasportín.

Se giró para tomar el abrigo del brazo del sofá y Brendan vio a

Charlie mirándolo amenazante desde aquel artilugio que parecía un enorme y horrible bolso.

La cabeza del gato asomaba por un agujero y su pelo naranja estaba disparado en todas direcciones. Tenía los bigotes retorcidos y entornaba los ojos con desagrado y mal humor. Hizo un vago intento por sacar su gran envergadura por la diminuta abertura, pero enseguida se resignó. Aquel mínimo esfuerzo provocó que la respiración del animal se volviese entrecortada y Brendan pensó que esa iba a ser la última noche del viejo y arisco animal.

Deedee volvió a girarse hacia él, mientras se abrochaba el abrigo. Brendan tomó el trasportín con una mano y le ofreció el otro brazo a la mujer. Luego, abrió la puerta empujándola con la rodilla y procuró no impacientarse mientras esperaba bajo la lluvia a que la anciana le diera el llavero.

—Cierra la puerta con llave —le ordenó como si estuvieran en la zona más peligrosa de Nueva York.

La cerradura se resistió y Brendan tomó nota para llevar lubricante la próxima vez.

Por último, bajaron los escalones hacia la calle en dirección al coche. Cuando llegaron a la acera, trató de ajustar su caminar a los pasos cortos de Deedee. Medía uno ochenta y, a pesar de que su constitución se asimilaba más a la de un corredor que a la de un levantador de pesas, al lado de Deedee se sentía un gigante.

Brendan hubiera preferido que llamara a uno de sus hijos para acompañarla en aquella visita nocturna al veterinario. Pero por alguna razón que no lograba entender, era a él al que recurría siempre que necesitaba algo.

Deedee no era una anciana adorable. Era gruñona, exigente, egoísta, mandona, desagradecida y egocéntrica. En más de una ocasión, Brendan había pensado que lo llamaba porque sabía que nadie más acudiría. Pero Deedee era la herencia que le había dejado su difunta esposa. Becky y Deedee se adoraban. Solo por esa razón corría a su lado cada vez que lo llamaba.

Por fin logró acomodar al gato en el asiento trasero y a Deedee en el del copiloto. El trasportín no parecía impermeabilizado, así que confiaba en que el gato no tuviera ningún accidente, especialmente teniendo en cuenta que el coche era nuevo.

¿Se lo había comprado para llenar su vacío? Si esa había sido la razón, había fracasado. Brendan apartó aquella idea. Debía de ser la madrugada lo que lo volvía tan introspectivo.

Se colocó en el asiento del conductor y encendió el motor. Luego, miró a Deedee y frunció el ceño. Se la veía encantada con aquella salida en mitad de la noche y no como una anciana que estuviera acompañando a su gato en su último viaje.

–¿Dónde está el veterinario? ¿Sabe que vamos?

–Te iré indicando.

Era el tono de voz que empleaba antes de llamar a alguien idiota, así que Brendan se encogió de hombros, puso el coche en marcha y empezaron a avanzar por las calles mojadas y solitarias de Hansen.

Estaba decidido a tener paciencia. Para ella sería una pérdida más. Iba a sacrificar a su gato. Tenía derecho a estar de mal humor esa noche y no quería dejarla sola en la consulta del veterinario mientras ponían la inyección al animal ni cuando volviera a casa sin su gato.

Ella le fue indicando el camino y él permaneció en silencio. Las montañas que rodeaban el valle hacían que la noche pareciera más oscura. El gato respiraba cada vez con mayor dificultad.

En cada cruce, Deedee le ordenaba que redujera la velocidad y estudiaba las señales. Después de un rato, buscó en su bolso y sacó un trozo de papel que se acercó a la cara.

–Dígame la dirección. Este coche tiene GPS.

La mujer vaciló desconfiando de la tecnología y a regañadientes le dio la información. Brendan la introdujo en el programa. Se dirigían al vecindario que lindaba con Creighton Creek. A un tiro de piedra de Hansen, era una tranquila zona residencial. Debido a su buena ubicación y a sus amplios espacios, era un lugar muy demandado por jóvenes profesionales que soñaban con una bonita casa llena de niños.

Era lo que Brendan siempre había soñado, teniendo en cuenta que había sido hijo único. Cuando casi lo había conseguido, en un abrir y cerrar de ojos, lo había perdido todo. Una vez más, volvió a sentir dolor e impotencia y de nuevo se preguntó si lo superaría alguna vez.

Se fijó en las viejas y pequeñas casas de Creighton Creek, que poco a poco iban siendo reemplazadas por otras más amplias. El estudio de Brendan, Arquitectos Grant, había diseñado muchas de aquellas nuevas casas y, al pasar por una que destacaba por su peculiar tejado, se obligó a dejar de pensar en la vida que había perdido para concentrarse en la que tenía.

La casa era preciosa y a los dueños les había encantado. De nuevo, le asaltó la sensación de estarse perdiendo algo.

–No recuerdo que haya ningún veterinario por aquí –dijo–. De hecho, ¿no llevamos a Charlie hace poco al doctor Bentley?

–El doctor Bentley es un idiota –murmuró Deedee–. Me dijo que sacrificara a Charlie, que no había esperanza para él. «Es viejo y tiene cáncer. Déjelo morir». Yo también soy vieja. ¿Tú me dejarías morir, me sacrificarías?

Brendan la miró asombrado.

–¿No es eso lo que vamos a hacer, sacrificar a Charlie?

Deedee volvió la cabeza y lo fulminó con la mirada.

–Voy a llevarlo a un sanador.

A Brendan no le gustó cómo sonaba aquello, pero evitó que su voz desvelara lo que pensaba.

–¿Qué quiere decir con un sanador?

–Bueno, más bien a una sanadora. Se llama Nora. Es la encargada de ese refugio nuevo de mascotas. Babs Taylor me ha contado que tiene mucho talento.

–Talento –repitió Brendan.

–Como aquellos antiguos curanderos que ponían las manos sobre la gente.

–¿Bromea? –dijo buscando dónde dar la vuelta–. Charlie necesita un veterinario, no una chiflada.

–Lo que necesita es un milagro y el doctor Bentley me dijo que no podía hacerlo. La sobrina de Babs trabaja allí de voluntaria. Por lo visto, alguien llevó un perro moribundo y Nora Anderson le devolvió la vida con su energía.

Brendan sintió que los labios se le tensaban en una línea. Becky y su abuela tenían en común que a ambas les gustaba lo paranormal. De hecho, creían en videntes y médiums, y lo habían mirado mal cuando había hecho algún comentario jocoso sobre los videntes.

Una desfavorecedora imagen de Nora empezó a formarse en su cabeza: pendientes llamativos, pañuelo de colores en la cabeza, maquillaje exagerado, carmín rojo en los labios…

–¿Me guardas un secreto, Brendan? –preguntó Deedee en voz baja, sin intención de esperar a que contestara–. Clara, la de la oficina de correos, me contó que cree que Nora es Rover. Ya sabes a qué me refiero, a la columna de *Pregúntele a Rover*.

Brendan no tenía ni idea de qué le estaba hablando.

–En cuanto la lees –añadió Deedee sin dejar de susurrar–, te das cuenta de que Nora es capaz de meterse en la cabeza de los animales.

–Eso debe de ser muy útil para saber a dónde enviar la energía –comentó él en tono irónico.

Pero Deedee no captó su ironía y continuó entusiasmada.

–Exactamente. Soy una gran seguidora de *Pregúntele a Rover,* así que enseguida me di cuenta de que ella podía ayudar a Charlie. Ya no conduzco –dijo Deedee, como si Brendan, su conductor favorito, no lo supiera–, y no oigo muy bien por teléfono, así que le escribí una carta y fui a la oficina de correos a echarla para asegurarme de que le llegara al día siguiente. Me contestó enseguida, asegurándome que me enviaría, o más bien a Charlie, toda su energía.

Deedee siempre había temido convertirse en el objetivo del primer delincuente que pisara Hansen. Todas las puertas de su casa tenían doble cerradura. Incluso desconfiaba del cambio que le daba la joven cajera del supermercado. ¿Cómo podía creerse aquello?

–Funcionó –susurró Deedee–. Charlie mejoró. Pero volvió a empeorar y ya no contestó mis cartas. También la llamé por teléfono, a pesar de que no oigo bien, pero me saltó el contestador automático. Odio esos chismes. Nadie me ha devuelto las llamadas. Esta noche, cuando Charlie empezó a respirar mal, me asusté. Sé que se está muriendo.

A Brendan no le gustaba que estuviera asustada. Su miedo la hacía más vulnerable.

–¿Mandó dinero?

Su silencio lo decía todo.

–¿Lo hizo?

–Mandé algo.

La voz del GPS los sobresaltó al indicar que tomaran el siguiente desvío a la derecha. De repente, sintió deseos de conocer a la persona que se había aprovechado del temor de una anciana a perder a su querida mascota para sacarle dinero. Ya no le parecía tan mal despertarla en mitad de la noche.

Giró a la derecha, tomó un camino en el que nunca antes había reparado y pasó por debajo de un arco del que colgaba un cartel con letras de colores que decía *El Arca de Nora.*

En otra situación, quizá le habría parecido un curioso juego de palabras. No se detenía en el simple aspecto de las cosas. Era

arquitecto, y le gustaban los cálculos, la precisión, las matemáticas. Disfrutaba calculando el peso que podía soportar una viga o proyectando una pared de cristal desde el punto de vista estructural.

Le gustaba el equilibrio entre arte y ciencia de su profesión. Al acabar un proyecto, siempre tenía la sensación de que le había faltado algo. ¿No era eso algo necesario para sentirse obligado a hacerlo mejor en el siguiente?

Brendan se consideraba pragmático, con una buena dosis de escepticismo. Teniendo en cuenta que llevaba lloviendo cuarenta días con sus cuarenta noches, tuvo la extraña sensación de que de alguna manera se estaba metiendo en aquella arca.

Bajo el cartel del Arca de Nora había otro más pequeño que anunciaba que formaba parte del comité para el bienestar de la comunidad de Hansen. Su empresa era uno de los miembros de ese comité.

Contuvo su irritación y atravesó un puente de madera que salvaba el gran caudal de un arroyo crecido por las intensas lluvias de la primavera, a pesar de que era el último día del mes de junio. Un poco más adelante, perfilada contra el entorno montañoso que la rodeaba, los faros iluminaron una casa blanca, casi una cabaña, rodeada por una cerca y un jardín en el que predominaban las rosas amarillas.

La casa parecía acogedora. No era la clase de sitio en el que una charlatana dedicada a estafar a ancianas vulnerables viviría.

¿Habría alguien despierto? Quizá fuera un buen momento para echar las cartas.

Detrás de la casa y del jardín, apenas visible en la oscuridad, distinguió la silueta de un granero.

–Bueno, ya hemos llegado –dijo Deedee–. Es justo como me lo había imaginado.

El lugar resultaba tan acogedor como la cabaña de la vieja bruja del cuento de Hansel y Gretel. Era perfecto para embaucar a la gente y atraerla.

–Espere aquí –dijo Brendan e interrumpió la protesta de Deedee con un portazo.

Avanzó por un sendero del que emanaba una dulce fragancia al pisar los pétalos de rosa caídos en el suelo.

Entonces, por el rabillo del ojo, vio luz en el granero y oyó relinchar a un caballo. Entre el sonido de los truenos, le pareció

distinguir el llanto desesperado de una mujer en apuros.

Capítulo 2

CON la adrenalina disparada y todos los instintos en alerta, Brendan Grant corrió hacia el granero.

Al principio pensó que era un montón de trapos viejos apilados en el prado embarrado contiguo al granero. El montón apenas estaba iluminado por la linterna caída a un lado. Entonces se movió. Sin reparar en el barro, saltó la cerca apoyándose con una mano y corrió hacia el bulto. Parecía un niño boca abajo en el fango.

Rápidamente, se agachó. A pesar de la urgencia de la situación, sabía que no debía mover nada sin evaluar los daños.

–¿Estás bien?

El movimiento del bulto y una exclamación de sorpresa contenida fueron todo un alivio para Brendan. Entonces, el montón de trapos se volvió.

Había llegado su turno de sorprenderse. No era un niño, sino una mujer. Su pelo le recordaba al de Charlie, pelirrojo y revuelto en todas direcciones, excepto en donde tenía un puñado de barro pegado al cuero cabelludo. Pero ni siquiera aquel lodo que ensuciaba su piel podía disimular la exquisita delicadeza de su pálido rostro.

Tenía la nariz fina y salpicada de pecas. Sus labios eran generosos y rosados y su barbilla sobresalía ligeramente, anunciando un fuerte temperamento. Un chichón se le estaba formando sobre el ojo derecho. Sus ojos, de color jade, eran grandes en comparación con su cara. Si aquella era Nora, no necesitaba recurrir al maquillaje para sus encantamientos.

Era evidente que estaba aturdida porque lo miró extrañada antes de acariciarle la mejilla y dibujar una leve sonrisa en sus labios. Era como si en lugar de ver llegar a un oscuro demonio con la tormenta, viese algo diferente, algo que reconocía y deseaba.

La sensación de haber sido embrujado aumentó.

Entonces, bruscamente, ella volvió en sí. Parecía darse cuenta de que estaba tumbada de espaldas sobre el fango, en mitad de la noche, ante un desconocido que podía ser peligroso y que no

parecía estar de muy buen humor.

Consternada, frunció el entrecejo y trató de incorporarse.

–Hola –dijo él tratando de sonar tranquilizador–. No se mueva.

No parecía dispuesta a obedecerle, así que le puso una mano en el hombro. La chaqueta que llevaba estaba empapada por la lluvia y lo que se veía por debajo parecía un pijama.

Ella sacudió la cabeza y se sentó, haciendo una mueca de dolor por el esfuerzo. No se había equivocado al suponer que tenía carácter. Era testaruda.

–¿Quién es usted? –preguntó–. ¿Qué está haciendo aquí, dentro de mi propiedad, a esta hora de la noche?

Aquel tono de voz aumentó la sensación de estar bajo un hechizo en una noche tan desapacible, y eso le molestó. A pesar de la falta de amabilidad de sus palabras, su voz le recordaba al sirope de arce, intenso, suave y dulce.

Estudió su rostro. Su reacción inicial de confianza había desaparecido. Parecía recelosa e incluso algo asustada. De lo que no tenía aspecto era de alguien dispuesto a aprovecharse de una anciana para sacarle dinero.

No tenía sentido seguir retrasando la pregunta.

–¿Es usted Nora?

Ella asintió y Brendan fue asimilando el hecho de que no llevara pañuelo en la cabeza, aretes en las orejas ni maquillaje estridente en la cara. Tenía esperanzas de que aquella mujer llena de barro no fuera la misma que había escrito a Deedee prometiéndole sanar a su gato con sus poderes a cambio de un precio.

Se quedó mirando su rostro inocente, intentando imaginársela con grandes pendientes, maquillaje pesado y un pañuelo de gitana, pero descubrió que su imaginación no daba para tanto. A pesar de la inocencia que transmitían sus rasgos, había intentado engañar a Deedee. Ya estaba bastante desencantado con la vida como para tener que buscar más razones.

Aun así, viéndola atemorizada, se sintió obligado a calmarla.

–He venido con un gato –dijo–. He oído ruido y al ver luz, me he acercado a ver qué pasaba.

Ella consideró su explicación, pero seguía asustada. Brendan sabía que no tenía aspecto de que le gustaran los gatos.

–Me han dicho que es curandera.

A pesar de que había intentado que su tono no desvelara su opinión, seguramente no había resultado creíble.

–¿Quién se lo ha dicho? –preguntó inquieta, desviando la mirada hacia la cerca como si se estuviera planteando salir corriendo.

–Deedee Ashton.

El nombre no parecía decirle nada, pero quizá en aquel momento fuera incapaz de recordar hasta su propio nombre.

–¿Puede decirme qué le ha pasado? –preguntó él.

La mujer se llevó la mano al chichón de la frente.

–No lo sé muy bien. Quizá me haya llevado algún golpe de los caballos.

Brendan miró hacia el picadero. Al fondo, junto a la valla, había tres caballos inquietos. Aunque no sabía mucho de caballos, podía adivinar que no eran dóciles.

Trató de convencerse de que los riesgos que corriera aquella mujer no eran asunto suyo. No la conocía ni tenía por qué preocuparse por ella. Aun así, pertenecía a esa clase de mujeres que hacía que los hombres se sintieran obligados a protegerlas, sobre todo si ya habían fallado protegiendo a una mujer débil y vulnerable.

–Teniendo en cuenta su tamaño, ¿cómo se le ocurre acercarse a esos caballos salvajes en mitad de la noche?

Ella se quedó mirándolo. No le agradaba que le dijera lo que tenía que hacer.

–A menos que pensara que podía amansarlos con sus poderes –añadió Brendan.

–¿Qué sabe de mis poderes? –preguntó ella entornando los ojos.

–No tanto como espero averiguar.

–¿Por qué me suena a amenaza?

Él se encogió de hombros.

Ella volvió la cabeza, pero Brendan tuvo tiempo de ver cómo caía un velo sobre sus ojos verdes, como si le molestara que fuera escéptico. Teniendo en cuenta a lo que se dedicaba, era de esperar que hubiera desarrollado una coraza.

Pero ya se ocuparía de eso más tarde. Nora había empezado a temblar por estar mojada y, al intentar moverse, un pequeño gemido había escapado de sus labios.

Sabía que no debía moverla, pero era evidente que tenía frío. No era el momento de echarle en cara las exigencias que le había hecho a Deedee. Se quitó la chaqueta y la envolvió en ella.

Nora a punto estuvo de protestar ante aquel gesto de caballerosidad, pero, cuando la tapó, agradeció el calor. Se quedó

acurrucada. Se la veía tan indefensa como un pájaro herido.

–¿Puede mover las manos? –preguntó olvidándose de todo aquel asunto de sus extraordinarios poderes–. ¿Puede mover la cabeza de un lado a otro?

–¿Qué es usted, médico?

A pesar de las protestas, comprobó las partes del cuerpo que él había nombrado. Luego, Brendan le tocó el chichón que le había salido encima del ojo derecho y ella hizo una mueca de dolor.

–No tiene la suerte de que su conjuro haya atraído a un médico. Soy arquitecto. Por suerte, tengo experiencia en primeros auxilios.

Como esperaba, al mencionar su profesión, los recelos desaparecieron, aunque por la expresión de sus ojos verdes, su comentario acerca de los conjuros no parecía haberle gustado.

Sacó la linterna del barro e iluminó sus ojos, para comprobar sus pupilas.

–Hábleme de su gato –dijo ella mirando la luz.

–¿De verdad puede transmitirle energía?

–¿A qué ha venido si es tan escéptico?

Brendan sintió un escalofrío en la espalda parecido al que había sentido al pasar bajo el cartel del arca. ¿Y si no hubiera llegado en aquel momento? ¿Se habría quedado allí en el barro hasta que hubiera tenido hipotermia? ¿La habrían pisoteado los caballos?

De ninguna manera iba a darle a entender que podía haber sido una fuerza desconocida lo que lo había atraído hasta allí en el preciso momento que más lo necesitaba.

Era ridículo. Si una fuerza así existía, ¿dónde había estado la noche en que Becky más la había necesitado?

–Estoy aquí como consecuencia de una cadena de errores –dijo Brendan tratando de mantener un tono de voz sereno–. Pensaba que iba a ver a un veterinario.

–Para su gato.

Él asintió.

–¿Sabe? No tiene pinta de que le gusten los gatos.

–¿Ah, no? ¿Qué pinta tienen los hombres a los que les gustan los gatos?

Ella se quedó observándolo, entornando los ojos de nuevo.

–Desde luego que no se parecen en nada a usted.

–Entonces, ¿de qué tengo aspecto? ¿De que me gusten los rottweiler, los bulldog, los boxer?

Su mirada era intensa. Si existía alguien que creyera en aquellas

tonterías de los poderes, en aquel momento estaría pensando que podía leerle el pensamiento. Volvió a dirigir la luz hacia sus ojos, con intención de cegarla. No le agradaba que lo observara.

–Tampoco le gustan los perros. De hecho, no creo que fuera capaz ni de cuidar una planta.

–En ningún momento he dicho que fuera mi gato –dijo apagando la linterna y guardándosela en el bolsillo–. Creo que no se ha hecho daño en la espalda, así que voy a tomarla en brazos para llevarla a la casa.

–De ninguna manera. Puedo caminar –trató de levantarse y se quedó mirándolo, como si fuera culpa suya que no pudiera–. Si pudiera echarme una mano…

Pero Brendan no solo le echó una mano. El pequeño esfuerzo al intentar levantarse la había hecho palidecer, así que ignoró sus protestas, deslizó los brazos por debajo de sus hombros y sus rodillas, y la levantó con facilidad.

Era ligera, como ese pájaro herido y, a pesar de que los separaba su chaqueta, fue consciente de su calor contra el pecho.

¿Sería el que llevara tanto tiempo sin rozar a otro ser humano lo que le hizo sentir aquel placentero estremecimiento?

Capítulo 3

CON aquella guapa desconocida en brazos, Brendan Grant se dio cuenta de que lo que había querido sentir cuando había comprado el coche había sido un instante de placer ante algo, lo que fuera. Sin embargo, no lo había conseguido.

Ya debería saber que los bienes materiales no proporcionaban aquella clase de placer. Le acudió a la cabeza el momento en el que, delante de su actual casa y al lado de Becky, había pensado que aquello era el principio de todos sus sueños haciéndose realidad.

–¡Bájeme!

Los manotazos de Nora en el pecho lo devolvieron a la realidad.

–Ni siquiera ha podido ponerse de pie sola –dijo él sin alterarse por su tono–. En cuanto lleguemos a la casa, la dejaré en el suelo.

La expresión de ella era de rebeldía, pero se le escapó un gesto de dolor.

Brendan se dirigió hacia la casa. La mujer que llevaba en brazos se puso rígida unos segundos, y luego se relajó bruscamente. Tuvo que mirarla para asegurarse de que no se había desmayado.

Sus grandes ojos verdes lo miraron desafiantes. Si había una mirada que podía hechizar era aquella.

Al acercarse a la casa, la luz del porche se encendió y pudo ver a Deedee que, cansada de esperar, había salido del coche y estaba intentando sacar el trasportín del asiento trasero. Al fondo, un chico de entre doce y quince años salió por la puerta principal y la mujer que Brendan tenía en brazos se retorció.

Su mente de arquitecto trató de encajar las piezas del puzle al mirar al chico: era demasiado mayor para ser hijo de ella.

–Déjeme en el suelo –insistió Nora, agitándose como si acabara de despertarse de un sueño.

El chico parecía recién levantado, con un lado del pelo pegado a la cara y el otro de punta. Pero en aquel momento estaba bien despierto y en alerta.

–Ya la ha oído –dijo–. Déjela en el suelo. ¿Quién es usted y qué le ha hecho a mi tía Nora?

Así que no era su madre, sino su tía.

El joven volvió a entrar en la casa y salió con un perchero, que sujetaba como si fuera un bate de béisbol a punto de lanzar. Su estampa era cómica, pero Brendan evitó demostrar que no lo veía como una amenaza. Aun así, no podía dejar de admirar a aquel chico, dispuesto a hacerle frente como si fuera todo un adulto.

Brendan cerró los ojos y de repente se dio cuenta de que se había olvidado de su escepticismo. Tan solo era consciente del ligero peso que llevaba en brazos y del cosquilleo que le estaba produciendo el calor de aquella mujer. El ambiente olía a lluvia y a pétalos de rosa, y esos olores se mezclaban con el del pelo y la piel de la mujer.

Una noche, dos años y medio antes, una llamada de teléfono lo había cambiado todo. Desde entonces había vivido como un sonámbulo, consciente de que se estaba perdiendo algo que otras personas tenían. Estaba encerrado en una tumba y, aunque pudiera levantar la lápida, no estaba seguro de querer hacerlo.

Otra llamada de teléfono en mitad de la noche lo había llevado hasta allí. Estaba en medio de un jardín, con una mujer en brazos que tal vez podría depararle problemas, y un adolescente amenazándolo con un perchero. Deedee, que seguía intentando sacar al gato del coche, era ajena a todo lo que pasaba.

Era la primera vez en más de dos años que sentía la sangre circulando por sus venas y las gotas de lluvia en la piel. Por primera vez en tanto tiempo, Brendan era consciente de que estaba vivo.

Pero eso no lo hacía sentirse feliz. En vez de eso, estaba resentido de que la prisión de aletargamiento en que se había convertido su existencia estaba siendo penetrada por aquella energía vibrante y caprichosa llamada vida.

–¡Bájeme! –insistió Nora otra vez, confiando en que su tono de voz disimulara la confusión que sentía.

Se quedó observando la fuerza del rostro de aquel desconocido. A través de la chaqueta impermeable con la que la había rodeado, podía sentir la fortaleza del pecho en el que estaba apoyada. Sus brazos, con los que la sujetaba por los hombros y las piernas, parecían dos barras de acero.

Debería haberse negado con más insistencia a que la tomara en brazos y cargara con ella, como si fuera una niña dormida. Porque lo cierto era que le resultaba sorprendente sentirse tan segura.

Aquel desconocido tenía una actitud fría y distante. Le había dado a entender que había escuchado algunos comentarios exagerados sobre sus poderes, por lo que la había incluido en las categorías de charlatana y ladrona.

Así que aquella sensación de seguridad debía de deberse al golpe que se había llevado en la cabeza. Estando en sus brazos, se daba cuenta de que llevaba mucho tiempo sola. Era un alivio que por una vez alguien se ocupara de ella.

Mientras lo observaba, se dio cuenta de que algo en él cambiaba. Sintió que apretaba las manos y la tensión se hizo evidente en sus sensuales labios. La expresión de sus profundos ojos marrones se había mantenido cuando la había acusado de ser una curandera, pero en aquel momento su mirada se había endurecido y tenía un brillo de ira. Su reacción era lógica. Había acudido en su ayuda y estaba siendo amenazado con un perchero.

Pero había dejado de ser el hombre ante el que se había despertado, aquel con algo tan irresistible que había tenido que alargar la mano para tocarlo.

Apartó aquel pensamiento y trató de recuperar el control que había perdido al dejarse envolver por sus brazos.

No podía ser débil. Tenía que ser fuerte. Todo dependía de ella. Se había quedado completamente sola desde que su prometido le hiciera elegir entre uno y otro.

Claro que, cuando su hermana la había designado tutora de Luke, no se había imaginado que las cosas cambiarían tanto. Karen había pensado que así se aseguraba de que su hijo tuviera el hogar estable y económicamente seguro que dos padres, por un lado su hermana, Nora, y por otro un respetable veterinario, podrían darle.

Pero el entorno que Karen se había imaginado para Luke, nunca había llegado a hacerse real. Cuando todo se fue abajo entre Vance y ella, había tenido que empezar de nuevo.

Sí, tenía que ser fuerte.

–Escuche –dijo Nora–. Tiene que dejarme en el suelo.

El hombre la ignoró, mirando por detrás de ella hacia Luke.

Para apartar su atención de su sobrino y demostrarle que hablaba en serio, dio un fuerte manotazo al desconocido en el pecho. Apenas tuvo efecto. Parecía un molesto insecto en vez de una poderosa leona.

Aun así, cuando la dejó en el suelo, en vez de aliviada, se sintió desorientada.

Había atravesado el jardín con ella en brazos sin apenas esfuerzo, con pasos largos y decididos, y su respiración no se había alterado. Tenía la clase de fuerza con la que a cualquiera le gustaría contar.

«Sujétate», se dijo, apartándose de aquel hombre.

Sintió alivio al ver que Luke soltaba el perchero y se acercaba a ella. El chico le pasó el hombro bajo el brazo y la ayudó a entrar en la casa, sin dejar de mirar con recelo al desconocido.

–¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho daño?

–No, no ha sido él. No podía dormir y salí a ver a los animales. Uno de los caballos nuevos debió de asustarse y me dio un golpe.

–Pero… ¿por qué fuiste sola al picadero?

–Eso mismo me pregunto yo.

La voz del desconocido sonó firme y profunda.

–Esos caballos eran salvajes cuando los trajeron –intervino Luke en tono acusador–. Precisamente uno de ellos dio una coz al tipo que lo trajo.

No le gustaba nada que los dos hombres estuvieran formando una alianza contra ella.

¿Por qué había tenido que ir al picadero si los caballos eran tan inquietos? Probablemente, ni siquiera había pensado en eso, segura de su poder para calmar a los animales.

Desde niña, se había refugiado de las constantes discusiones de sus padres llevando a casa animales a los que cuidar: pájaros heridos, gatos abandonados, perros moribundos…

En su interior, Nora seguía siendo aquella niña a quien su familia y sus compañeros de colegio tenían por excéntrica, que prefería ocultar su don antes que descubrirlo. Por eso se sentía muy incómoda con lo que aquel desconocido pensaba que sabía de ella.

¿La habría nombrado Karen tutora legal de Luke si hubiera sabido que Vance desaparecería de la escena? Seguramente no.

Nora era la única responsable de Luke. ¿Y si la hubiera encontrado en el barro? ¿No le habría resultado traumático? Se suponía que debía protegerlo.

Aun así, le resultaba inquietante recordar mejor lo que había sucedido después de ir al picadero y llevarse el golpe que los momentos previos.

Al volver en sí y abrir los ojos, se había encontrado con aquel hombre inclinado sobre ella con gesto de preocupación. Le había parecido increíblemente guapo, con el pelo oscuro y abundante, la

nariz recta, las mejillas ásperas por la incipiente barba, un hoyuelo en la barbilla y labios firmes y sensuales. Una gota de lluvia se había deslizado lentamente desde su sien hasta sus labios, para después caer a los suyos. Quizá había sido el golpe en la cabeza lo que le había hecho sentir que el momento se dilataba en el tiempo. Había sacado la lengua y con la punta había saboreado aquella diminuta perla de agua. Se había sentido como una princesa que, al despertar, se hubiera encontrado con su príncipe.

Fuera como fuese, a Nora le habían impactado aquellos fascinantes ojos marrones con motas doradas y una sombra de algo que, ella mejor que nadie, debería haber reconocido. Aturdida, había alargado la mano para acariciarle la mejilla. Él se había quedado muy quieto y no se había apartado. Había sentido una agradable sensación de seguridad; era alguien en quien podía confiar.

Entonces, al recuperar el sentido, se había percatado de que estaba en el prado que rodeaba su casa, con un hombre que no tenía motivo para estar allí en mitad de la noche.

Tenía buena intuición con los animales. Algunas personas, como su exprometido el doctor Vance Height, se habían asustado al comprobar lo que era capaz de hacer con aquella intuición.

Pero Vance era la prueba de que no tenía buen ojo para las personas ni para cualquier otro aspecto de la vida. A excepción de esa noche, tenía una gran facilidad para relacionarse con animales heridos y asustados.

Y también para escribir su original y atrevida columna *Pregúntele a Rover.* Nunca había revelado que era ella quien la escribía porque, al poco tiempo de empezar a trabajar para Vance, lo había descubierto leyéndola y, al acabar, la había calificado de basura.

Sus habilidades no eran lo suficientemente buenas como para que sus modestos ingresos dieran para sostener tanto al refugio de animales como a Luke. Por suerte, el refugio era cada vez más conocido en Hansen y empezaba a contar con más ingresos.

Claro que sus habilidades no estaban resultando útiles para tratar con su sobrino de quince años que dejaba caer todo el dolor y la rabia por la muerte de su madre en el resto del mundo.

Se sentía como una estúpida por haberle acariciado la mejilla al desconocido y más todavía por permitir que la llevara en brazos hasta la casa. Nora se separó del brazo de Luke. Era ella la que debía estar protegiéndolo, no al revés.

Se volvió, miró al desconocido y se cruzó de brazos. Se había equivocado al pensar que tenían algo en común. Desde donde estaba, se le veía frío e inaccesible y, como era habitual en ella, había confiado en él demasiado pronto.

–¿De dónde ha salido? –preguntó Luke en tono desconfiado.

Por lo que sabía de él, podía ser un asesino. ¿Cómo estar segura de que era un arquitecto? Teniendo en cuenta que estaban en un refugio de animales, cualquiera podía decir que había llevado un gato.

Estaba claro que no le gustaban los gatos, por lo que difícilmente habría acudido en una noche como aquella buscando el bienestar de un felino.

Pero, de repente, por detrás del hombre, vio a una anciana vestida de rosa. Estaba sacando un gran bulto del asiento trasero de un coche deportivo oscuro. El hombre se volvió hacia ella y la ayudó con una bolsa de viaje.

Nora enseguida reparó en dos cosas: por un lado, en lo protector que se mostraba con aquella frágil y diminuta mujer y, por otro, en que de verdad había un gato. El animal asomaba la cabeza por una especie de ventana que tenía el trasportín. No hacía falta conocimientos psíquicos para darse cuenta de que aquel gato no tenía buen carácter.

–Me llamo Brendan Grant –dijo–. Ella es mi abuela Deedee y su gato, Charlie.

Parecía cada vez más enfadado. Sus labios formaban una tensa línea y se había quedado mirando fijamente a Nora a la espera de su reacción.

¿Qué demonios estaba haciendo a aquella hora con su abuela y un gato?

Aun así, aquello la hizo sentirse más tranquila. Estaba convencida de que ningún asesino iría por ahí en compañía de su abuela y un gato.

–A Deedee le han hecho ciertas promesas en relación a Charlie –continuó Brendan–. Y ha pagado por adelantado.

Nora no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo, pero se dio cuenta de que el miedo que sentía no era porque fuera un asesino en potencia, sino por lo atractivo que se le veía bajo la lluvia. Era consciente de que se había dado un golpe en la cabeza, pero no estaba segura de que esa fuera la causa de que se sintiera tan aturdida.

–No sé de qué me está hablando –dijo con rotundidad.

De repente, percibió un ligero sobresalto en Luke y miró a su sobrino por el rabillo del ojo.

–Mire –dijo el hombre en tono autoritario, llamando su atención–, tal vez sea capaz de engañar a ancianas, así que he venido a acompañarla para velar por sus intereses. Como la haya estafado, olvídese del apoyo del comité para el bienestar de la comunidad de Hansen.

Nora no podía permitir que se apreciara el pánico que sentía.

–¿Estafar a su abuela?

A pesar del miedo, se sentía insultada. Estaba empezando a entender el sentido de los comentarios mordaces que aquel hombre había hecho sobre sus poderes curativos.

–No me sorprendería que la policía tuviera que intervenir –dijo Brendan.

La tranquilidad de su voz intensificaba el carácter amenazante de sus palabras.

Capítulo 4

¿LA POLICÍA? Nora sintió pánico. Era como si todo su mundo se estuviera desmoronando.

Pero no podía ceder. Estaba a punto de decirle que era él el que había traspasado una propiedad privada, pero, al oírle mencionar a la policía, se había dado cuenta de que ella no era la única que se había asustado.

Había visto a Luke ponerse tenso. Hacía poco había ocurrido un desagradable incidente en el instituto en el que había tenido que intervenir la policía. Luke había alegado haber tomado prestada una bicicleta, claro que sin el conocimiento de su dueño, motivo por el que la policía había intervenido. Luke había aclarado las cosas con el otro chico y, por suerte, había quedado resuelto.

Su mirada se cruzó con la de su sobrino, que bajó la cabeza mientras dibujaba algo con el pie descalzo en el suelo mojado.

Nora volvió la vista a Brendan Grant y comprobó que no se había perdido detalle. Estaba mirando a Luke con atención y no presagiaba nada bueno.

¿Qué había hecho Luke esa vez? Era consciente de que no había actuado con responsabilidad al salir en mitad de la noche sola para ir al picadero. Su instinto de protección se despertó.

–Nadie me ha estafado –dijo Deedee–. Me ha enviado fuerzas para Charlie.

–A cambio de un precio –añadió Brendan.

Nora sabía que no había enviado fuerzas a nadie y menos aún a cambio de dinero. Luke estaba tan inquieto que deseó darle un codazo para que dejara de llamar la atención.

Porque a pesar de lo que hubiera hecho, Luke no era rival para Brendan Grant. Su pobre sobrino huérfano no resistiría la ira que se adivinaba en los ojos de aquel hombre, así que respiró hondo.

–Ah, Charlie, ahora lo recuerdo.

Luke le dirigió una mirada de agradecimiento y alivio que, en otras circunstancias, le habría agradado, especialmente después de que hubiera tomado un perchero para defenderla. Eran escasas las ocasiones en las que su sobrino daba muestras de preocuparse por

ella. Pero Brendan Grant la estaba mirando con escepticismo y necesitaba mantener la calma.

Trató de reunir las pocas pistas que tenía. Otra de las cosas que se le daban bien era su capacidad para fijarse en los detalles. Brendan y Deedee habían llegado en mitad de la noche. Por lo que podía observar, el gato estaba enfermo, probablemente mucho teniendo en cuenta la hora a la que habían acudido.

–Charlie lleva tiempo enfermo, ¿verdad?

–Así es –contestó Deedee.

Brendan se puso aún más serio.

–Me dijo que le mandaría fuerzas –continuó la anciana–, y que le mandara dinero, así que le envié cincuenta dólares.

–¿Cincuenta dólares? –repitió Brendan–. ¡Deedee! Me dijo que le había mandado unos cuantos dólares.

–Teniendo en cuenta lo importante que es este gato para mí, eso no es dinero.

–Ahí lo tiene –le dijo Brendan a Nora, desesperado–. Si juega bien sus cartas, incluso conseguirá que le dé su casa. Así no necesitará el apoyo del comité para el bienestar de la comunidad de Hansen. ¿Es así como funciona esta operación suya?

–¡Por supuesto que no! –exclamó Nora sintiendo que le ardían las mejillas–. Estoy segura de que ha debido de haber un malentendido. Pensé que ese dinero era un donativo.

Trataba de que su voz sonase calmada, pero no estaba segura de estar consiguiéndolo.

–Ya –dijo él con ironía.

Nora estaba deseando quedarse a solas con Luke. Nunca le había levantado la voz, pero el futuro de ambos estaba en peligro en aquel momento. Y lo que era peor, si había enviado esa carta y se había quedado con el dinero, le había robado a una anciana vulnerable. ¿Cómo había podido hacerlo? ¿En qué se estaba convirtiendo y qué podía hacer ella para impedirlo?

De nuevo, volvió a sentir el peso de la responsabilidad. Karen nunca habría confiado en ella para que criara a su hijo sola. Habría podido predecir que se produciría una catástrofe.

Nora se abstuvo de mirar a su sobrino.

–Vamos a resguardarnos de la lluvia –sugirió, tratando de mantener la calma.

Como le había dejado su chaqueta, la lluvia había calado la camisa de Brendan y estaba prácticamente transparente.

Era consciente de que no quería que Brendan Grant, con toda su energía masculina y su camisa mojada, entrara en su casa. Llevaba allí poco tiempo, pero aquel sitio era su santuario. Por otro lado, necesitaba desesperadamente ganar un poco de tiempo para llevarse aparte a Luke y descubrir qué había pasado. Una vez más, tenía que solucionar lo ocurrido.

Pero de una rápida mirada al hombre que la había hecho sentirse segura por unos instantes supo que esa vez no iba a ser tan fácil.

La casa no era la que Brendan se habría imaginado para una charlatana. No había campanillas colgando de las puertas ni olor a incienso.

–Qué bonita –dijo Deedee desde la puerta, fijándose en todo.

–Vaya decepción –intervino Brendan.

De hecho, la casa estaba limpia y era acogedora. Una sensación de desasosiego lo invadió al atravesar un salón en el que había un par de butacas claras, separadas por una mesa de centro con un florero de cristal lleno de rosas amarillas del jardín.

–¿Decepción? –preguntó Nora.

–No hay ningún gato negro ni calderas en la chimenea.

Nora le dirigió una mirada significativa y Brendan reparó en que le resultaba una mujer enternecedora. De nuevo, experimentó aquella sensación de estar volviendo a la vida. No quería que se diera cuenta, pero ¿cómo evitarlo? Tenía el pelo revuelto, como la melena de un león. Sus ojos destacaban en su rostro, manchado de barro. Parecía más asustada en aquel momento que cuando la había encontrado junto al picadero.

Había quedado al descubierto la estafa, aunque su sorpresa parecía sincera, así como su angustia.

–Escuche –dijo Nora–, me hago cargo de animales abandonados o enfermos, pero no soy una curandera.

Su sobrino resopló al oír aquello y ella le dirigió una mirada que ignoró. Deedee, que estaba algo sorda, no se enteraba de nada.

–Y deje de buscar gatos negros y calderos, ¡no practico la brujería!

Estaba empapada y llena de barro, pero parecía decidida a no quitarse la chaqueta que le había prestado ni la que llevaba debajo por no quedarse en pijama.

Llegaron a la cocina y, cuando Nora encendió la luz, vio que los viejos armarios estaban pintados del mismo tono amarillo de las rosas y los sofás. El suelo era de tarima de madera y olía a pan recién hecho. En la encimera había un tarro lleno de galletas, y fotografías y notas sujetas con imanes en la puerta de una nevera antigua. Había un horno de leña en un rincón y una vieja mesa de roble cubierta de libros.

Brendan volvió a sentir aquella desazón. Recordó aquellas maravillas de granito y acero que la gente encargaba para sus cocinas y que él diseñaba, y de repente comprendió a qué se debía aquella sensación. Nada de aquello había dado en el blanco. A pesar de todos los premios que colgaban de las paredes de su estudio, nunca había conseguido crear una sensación como aquella.

Dejó a un lado sus pensamientos y volvió a fijarse en Nora. No parecía capaz de embaucar a una anciana para sacarle su dinero.

Pero alguien lo había hecho. ¿Quizá su sobrino? El chico llevaba escrita la palabra «culpable» en la frente, claro que, ¿no pasaba lo mismo con todos los jóvenes de esa edad?

Lo que más le sorprendía a Brendan era que quería saber quién lo había hecho y, de haber sido el sobrino, hasta dónde estaba dispuesta a llegar para protegerlo.

Era lo que pasaba cuando uno se sentía vivo, que le interesaba conocer a otras personas y saber cómo se relacionaban y qué les motivaba.

«Es una herida a punto de abrirse», pensó a modo de advertencia.

–Deje el gato aquí –dijo Nora señalando la isla de la cocina.

La encimera era de mármol y estaba soportada por unas sólidas patas de madera. Dejó allí el trasportín después de comprobar que siguiera seco, señal de que no habría mojado el asiento de su coche nuevo.

Aquel detalle decía mucho de la clase de persona que era.

–Ha estado muy enfermo –dijo Deedee–. Ya se lo dije en mi carta.

–Le agradecería que me recordara lo que me contaba en esa carta.

A la luz de la cocina, Brendan advirtió que el chichón de la frente de Nora seguía creciendo de forma alarmante. Seguía mojada y cubierta de barro.

Brendan Grant se sorprendió de que una parte de él todavía

recordara qué era lo más correcto que debía hacer.

–El gato tendrá que esperar –dijo con el mismo tono autoritario que empleaba en las obras.

Deedee volvió la cabeza y se quedó mirándolo. Nora no parecía más tranquila.

–Quiero echarle un vistazo a su frente –insistió–, y si es necesario llevarla a urgencias. Tendrá que darse una ducha y cambiarse de ropa.

–Antes quiero comprobar cómo está el gato.

Así que quería lo mismo que él, acabar cuanto antes. Quería examinar al gato y decirles lo que ya sabían sobre las expectativas de vida del animal. En lo que no parecían coincidir era en querer averiguar quién había estafado a Deedee y cuáles serían las consecuencias.

Aun así, llevando bien la situación, toda aquella historia podía resolverse en un par de minutos. Estaba deseando irse a casa y meterse en la cama, volver a su existencia gris y sin emociones. Pero algo le decía que nada iba a salir como quería y eso no le gustaba. Porque, si había algo que Brendan Grant necesitara en el mundo, eso era control.

–Primero usted, luego el gato –le dijo a Nora.

A Deedee, como era de esperar en ella, no le agradó verse relegada en la lista de prioridades y, por la forma en que se había cruzado de brazos, Nora también parecía molesta.

Aquello revelaba que era independiente y que no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Brendan volvió a preguntarse qué aspecto tendría su pijama si tan decidida estaba a ocultarlo.

–Ya sé que no es médico –dijo Nora.

–Aunque no sea médico, un golpe en la cabeza no es algo que deba tomarse a la ligera. Puede resultar mortal. Solo me llevará un momento echar un vistazo.

–Estoy bien.

–¿Mortal? –repitió el chico con expresión de pánico–. Deja que te vea.

Nora, al verlo tan angustiado, se rindió, dejándose caer en una silla de la cocina.

–Se ha llevado un buen golpe en la cabeza. ¿Perdió el conocimiento? –preguntó Brendan, apartándole el pelo del chichón.

Estando mojada y llena de barro por todas partes, ¿cómo era posible que su pelo estuviera tan suave?

–Estoy bien.
–No es eso lo que le he preguntado.
–No, no perdí el conocimiento –respondió ella con desgana.
–¿Está segura?
Nora no quería admitirlo, pero Brendan se dio cuenta de que no lo recordaba, lo cual no era una buena señal. Aun así, recordaba su nombre completo, su cumpleaños y la fecha en la que estaban. Brendan reparó en que tenía veintiséis años, aunque parecía más joven. También se dio cuenta, molesto, de que le interesaba conocer su edad y su estado civil. No llevaba ningún anillo ni tampoco había ninguna señal de que allí viviera otro hombre que no fuera el chico.
No le agradaba sentirse tan interesado por esos detalles, ni por conocer su historia y la razón que los había llevado a ella y a su sobrino hasta el rincón más remoto de la Columbia Británica.
Tratando de mostrarse indiferente, le hizo unas cuantas preguntas más para comprobar que no estuviera desorientada. Recordaba lo que había ocurrido antes y después de darse el golpe, pero no cómo se había caído al suelo.
También se aseguró de que pudiera seguir con la vista el movimiento de su dedo.
–Parece estar bien –dijo por fin, a pesar de que se sentía intranquilo.
Un golpe en la cabeza no era ninguna tontería.
–Está bien –intervino impaciente Deedee–, mientras que Charlie puede estar muriéndose.
–Le echaré un vistazo al gato –dijo Nora.
–Si ha aguantado tanto tiempo, estoy seguro de que puede esperar cinco minutos más. Vaya a ducharse y póngase ropa seca.
–¿Siempre es tan autoritario?
–Si se marea o tiene náuseas, dígamelo enseguida –añadió Brendan ignorando su pregunta–. O a Luke si ya me he ido. Quizá convendría que la examinaran en el hospital.
Ella parecía a punto de protestar, pero al bajar la cabeza y mirarse, se dio por vencida.
–Está bien, Luke, ven conmigo un momento. Ven a ver si encontramos una camiseta que le valga al señor Grant. Está empapado.
Aquello explicaba su aquiescencia. Iba a hablar con el chico para inventar una excusa. Brendan sabía muy bien lo que le iba a decir. Lo había dejado entrever cuando le había dicho que había aceptado

el dinero por equivocación, pensando que era un donativo. Iba a cargar ella con la culpa.

Estaba convencido de que lo había hecho el sobrino. ¿De verdad pensaba que le haría algún bien al chico dejar que se fuera de rositas?

–Brendan…

Se volvió hacia Deedee, que seguía impaciente. ¿Otra vez iba a insistir en que se ocupara del gato? Estaba acostumbrada a salirse con la suya sin importarle nada más.

–No me siento muy bien –dijo la anciana.

Brendan la observó detenidamente. Le gustaba sentirse el centro de atención, pero parecía realmente indispuesta.

–El corazón me late muy deprisa –murmuró.

Cruzó la habitación y la tomó de su frágil muñeca para comprobar el pulso. Estaba desbocado. La anciana se quedó mirándolo fijamente, a punto de entrar en pánico, y Brendan forzó una sonrisa.

–Se me ocurre una idea. La llevaremos al hospital y así podrán examinar también a Nora –dijo dirigiendo una mirada significativa hacia Nora.

Al ver su expresión, la joven contuvo sus palabras de protesta y miró a Deedee.

–Tiene razón –convino Nora, siguiéndole la corriente–, creo que lo mejor será que me lleve al hospital.

Capítulo 5

AL OÍR a su tía, el pánico asomó al rostro del muchacho, pero solo durante unos segundos. En cuanto reparó en Deedee, enseguida se dio cuenta de lo que estaba pasando. Brendan advirtió que se quedaba más tranquilo.

–¿Y qué pasa con Charlie? –preguntó Deedee al borde de las lágrimas–. ¡No puedo dejarlo estando…!

El chico, manteniendo la calma, miró a Brendan y luego a su tía.

–Yo me ocuparé del gato –dijo.

La anciana se relajó visiblemente y se apoyó en Brendan.

Deedee tenía noventa y dos años y podía morir en cualquier momento, incluso antes que su gato. Ironías de la vida.

Becky, joven y saludable, había muerto con veintiséis años. Todavía le costaba creerlo.

–Si me muero antes que tú, volveré para decirte que estoy bien –le había dicho sin venir a cuento, una semana antes de morir.

–No, no estarás bien –le había contestado, incómodo por aquella conversación–. Estarás muerta.

Hasta el momento, no había vuelto para decirle nada, ni siquiera para mostrarle cómo seguir adelante con su vida. Así que él había tenido razón: después de la muerte no había nada.

Se había hecho a la idea de que Charlie pudiera morir aquella noche, pero no Deedee. Con una sensación de urgencia que trataba de disimular, Brendan sacó su teléfono móvil del bolsillo e hizo acopio de todas sus fuerzas al atravesar la puerta y salir a la lluvia.

–¿Le importa sentarse atrás con ella ? –preguntó Brendan en voz baja.

Nora asintió y se sentó junto a Deedee, en el asiento trasero del coche. Luke y el gato se sentaron delante con Brendan. El coche olía a cuero y rezumaba lujo. Era la prueba de que aquel hombre era un triunfador. Era la clase de hombre que nunca se fijaría en la excéntrica propietaria de un refugio de animales.

¡Qué importaba quién la encontrara atractiva! Además, la mujer

que tenía al lado podía estar teniendo un ataque al corazón. Aquel no era el lugar ni el momento de pensar en esas cosas.

Sin perder la calma, Brendan encendió el motor y se colocó el teléfono en la oreja.

–¿Hablo con Urgencias del hospital de Hansen? Soy Brendan Grant. Estoy de camino con una mujer de noventa y dos años que tiene el pulso acelerado. No tiene antecedentes de problemas coronarios, ni le duele el pecho. También llevo a una joven que se ha dado un fuerte golpe en la cabeza. ¿Qué médico está de guardia? Sé que no debería decírmelo, pero quisiera saberlo.

Nora no perdió detalle de cómo le habían reconocido por su nombre ni de cómo había conseguido saber quién era el médico de guardia.

–¿Greg? Siento despertarte a esta hora. La abuela de Becky no está bien.

¿Becky? Había pensado que era su abuela.

–¿Quién es Becky? –le preguntó a Deedee.

–Mi nieta. Brendan es su marido.

Así que estaba casado. Tuvo una extraña sensación como de pérdida. ¿Por qué no llevaba anillo? No le gustaba que los hombres casados no llevaran anillo. Era como si pretendieran…

–Murió –añadió Deedee.

–Lo siento mucho –dijo Nora, y pensó en aquel brillo que había visto en sus ojos en aquel primer momento.

En ese momento sabía lo que era: dolor.

–En un accidente de coche –continuó la anciana, hablando en voz alta como la gente que no oía bien–. A Brendan no le gusta hablar de ella. A veces echo de menos tener a alguien con quien llorar. Él nunca llora, ni siquiera lloró en el entierro.

Lo había dicho a modo de acusación y era imposible que el hombre que conducía no se hubiera enterado. Nora observó su rostro, iluminado por el cuadro de mandos. Ni siquiera se había inmutado. Parecía de piedra.

Pero había visto dolor en sus ojos cuando la había auxiliado en el picadero.

–Cada uno sufre a su manera –dijo Nora, y lo vio mirarla por el espejo retrovisor, antes de volver a usar el teléfono–. Y, por lo que veo, está muy pendiente de usted.

No todo el mundo estaría dispuesto a hacer de chófer de una anciana y su gato en mitad de la noche, bajo la lluvia y por

carreteras rurales.

–Tienes razón –murmuró Deedee, y apoyó la cabeza en el hombro de la joven.

Nora tenía la mano en la muñeca de la anciana y sintió alivio al comprobar que su pulso volvía a la normalidad.

–También llevo a alguien con una contusión en la cabeza –escuchó que Brendan decía por teléfono–. No parece nada grave, pero prefiero asegurarme. En cinco minutos estamos ahí. Ahora nos vemos.

Terminó la llamada y pisó el acelerador. Estaba lloviendo y las carreteras estaban mojadas, pero su manera de conducir le transmitía seguridad.

La manera en que un hombre conducía un coche potente decía mucho sobre él. Y también la forma en que se comportaba ante una urgencia. Si ambas situaciones fueran alguna clase de prueba, las pasaría con nota.

Su tranquilidad se mantuvo tanto durante el viaje con el pavimento mojado como al llegar a urgencias y ayudar a su abuela a salir del coche. Era obvio que contener las emociones tenía sus ventajas.

–¿Y Charlie? –preguntó Deedee.

–Me quedaré aquí fuera con él –respondió Luke–. No quiero entrar ahí dentro.

Nora dudaba si alguna vez superaría su aversión por los hospitales. Había pasado mucho tiempo en ellos durante la enfermedad de su madre y los odiaba.

Brendan no preguntó por qué y se limitó a darle unas llaves al muchacho.

–Su casa está a tres manzanas. La dirección está en el llavero. Supongo que llevas el móvil encima y que tu tía se sabe tu número.

–¿Por qué no puedo quedarme aquí?

–Porque, si ese gato me ensucia el coche –respondió en voz baja para que Deedee no le oyera–, no sobrevivirá a esta noche.

Nora se quedó horrorizada, pero debía de ser una broma entre hombres, porque Luke se rio.

–¿Se fía de mí como para que vaya a su casa? –preguntó a continuación, poniéndose muy serio.

–¿Hay alguna razón por la que no debiera hacerlo? –replicó Brendan mirándolo fijamente a los ojos.

Luke agachó la cabeza y no dijo nada.

–No sé cuánto tiempo vamos a estar aquí, así que vete a descansar. Saca al gato de ese bolso y déjalo cerca de su caja de arena, si es que la encuentras. Si dan de alta a mi abuela, vas a tener que cuidar de ella.

Luke se quedó mirando la dirección del llavero.

–Espero que ninguno de mis amigos me vea con esta cosa –murmuró.

A pesar de su comentario, a Nora no se le pasaba por alto el hecho de que parecía agradarle que Brendan confiara en él.

–Podría llevarlo en coche y volver –dijo Nora–. Realmente no necesito…

Brendan le dirigió una mirada severa que le hizo sentir el estómago en la garganta. No tenía fuerzas para enfrentarse a él.

En el hospital, volvió a pensar en lo mucho que se podía descubrir de alguien viendo cómo se comportaba ante una emergencia. De nuevo, pasaba la prueba con nota. Se dirigió a la enfermera con confianza y ella lo trató como si formara parte del personal. Era evidente que era conocido y respetado.

Vance había sido terrible ante las emergencias. Se ponía tan nervioso cada vez que alguien llevaba un animal herido que no inspiraba confianza en nadie. Y con la experiencia, no mejoró. Prefería ocuparse de las revisiones rutinarias, la limpieza de dientes y las inyecciones.

De hecho, había optado por contratar a un joven veterinario para que se ocupara de las urgencias nocturnas.

Hacía pocas semanas, Nora se había enterado de que se había comprometido con una joven veterinaria. Hasta entonces, había fantaseado con la idea de que apareciera en su puerta, reconociera su error y le rogara volver a su lado.

Apartó aquel pensamiento. Sin saber muy bien cómo, se encontró en una de las consultas en un tiempo récord. Enseguida apareció un joven doctor con una enfermera a su lado.

–¿Cómo está la señora Ashton? –preguntó Nora.

–Es mayor –respondió el médico con una sonrisa de resignación–. Vamos a dejarla ingresada para mantenerla en observación. Así que dice Brendan que se ha dado un golpe en la cabeza, ¿no? ¿Perdió el conocimiento?

–Tal vez –admitió Nora.

–¿De qué conoce a Brendan?

–Es una larga historia.

El médico se rio.

–Es lo mismo que ha dicho él. Es un gran arquitecto. Se encargó de diseñar y supervisar la construcción de nuestra casa.

¡Vaya momento para tener que escuchar lo estupendo que era Brendan Grant!

El doctor volvió a hacerle algunas de las preguntas que Brendan le había hecho antes, le miró los ojos con una luz y le hizo seguir su dedo con la mirada.

–Voy a dejarla también en observación.

–¡No puedo quedarme! Tengo animales a los que alimentar… –dijo, y desvió la mirada hacia el reloj de la pared– ¡en dos horas!

El médico suspiró.

–Brendan ya me avisó de que pondría alguna excusa. Voy a mandarla a casa, pero con algunas instrucciones de lo que debe hacer en las próximas horas. Si siente mareos, náuseas o pierde el conocimiento, tiene que volver. Le daré una lista con los síntomas a los que debe estar atenta en los próximos días. A veces, esos síntomas pueden tardar semanas en manifestarse.

Después de que la enfermera le explicara los síntomas, la dejaron marcharse. Brendan estaba en la sala de espera.

–No tenía por qué esperar.

–¿Cómo pensaba recoger a su sobrino y volver a casa?

–Supongo que en taxi.

–¿Cree que un taxista estaría atento a los síntomas? –preguntó Brendan agitando una copia de la lista que el médico le había entregado.

Lo cierto era que Nora se alegraba de no tener que preocuparse por buscar un taxi ni de ir a recoger a Luke. Era un alivio que aquel hombre se hiciera cargo de todo. Además, cabía la posibilidad de que tuviera una conmoción, así que no pasaba nada porque, por una vez, alguien cuidara de ella. Sentía ganas de llorar y se dio cuenta de que Brendan la estaba mirando fijamente.

–¿Está bien?

–Sí –afirmó ella con rotundidad.

Pero, como si no la hubiera escuchado, deslizó un brazo alrededor de su cintura y dejó que se apoyara en él.

Recogieron a Luke y, como no sabían cuándo volvería a casa Deedee, se llevaron también a Charlie. Nora trató de mantenerse despierta, pero no pudo. Cuando volvió a despertarse, se encontró en los brazos de Brendan Grant por segunda vez aquella noche.

Pero era incapaz de discutir, a pesar de que Luke hubiera dejado al gato en la casa en vez de llevarlo al establo. No le gustaba tener a los animales dentro de casa, pero no tenía fuerzas para montar una escena en aquel momento.

En vez de eso, se abandonó a la fuerza reconfortante de Brendan y dejó que la llevara escaleras arriba hasta su habitación.

–¿Está bien? –preguntó Luke, y señaló una habitación a la derecha del estrecho pasillo, antes de desaparecer con Charlie y el trasportín por una puerta que había al fondo.

–Está agotada –respondió Brendan.

Luego, abrió empujando con el codo la puerta que le había señalado y vaciló unos segundos antes de entrar en la habitación de Nora.

Enseguida confirmó que estaba soltera. Ningún hombre aceptaría tanto blanco. Las paredes, las cortinas, los almohadones, la colcha… todo era blanco. Parecía una manera de anunciar a los cuatro vientos cuánto deseaba casarse. Aquello era lo último en lo que debía pensar al entrar en la habitación con Nora en brazos.

Bajó la vista para mirarla y sintió alivio. Todavía envuelta en su chaqueta y manchada de barro de los pies a la cabeza, su aspecto distaba mucho de ser el de una novia a punto de casarse. De hecho, aquella peculiar habitación nupcial estaba a punto de ensuciarse de barro.

Brendan respiró hondo, y rápidamente la dejó sobre la cama.

Luke apareció en la puerta.

–¿Puedo hacer algo?

–Oh, Luke, ¿de dónde lo has sacado? –preguntó Nora–. Ya conoces las normas, nada de animales dentro de casa.

Brendan se volvió, esperando ver a Luke con Charlie. Sin embargo, tenía un gatito blanco y negro en la palma de la mano.

–Este es otro –dijo Luke–. Voy a llamarlo Ranger.

–¡Nada de ponerles nombre!

–Voy a quedármelo.

Nora se mordió el labio inferior.

–Ya hablaremos de eso.

–Pero esta noche, no –intervino Brendan–. Luke, ¿puedes dejar al gato y buscarme una linterna?

El chico desapareció y volvió al poco, sin el gato, pero con la

linterna.

–Ilumina los ojos de tu tía. ¿Ves lo que les pasa a sus pupilas? Eso se llama dilatación. Es muy importante que ambas pupilas se dilaten de la misma manera. Quiero que lo intentes.

Luke agarró la linterna sin vacilar. Brendan se lo tomó co-mo una señal de que el chico no era tan rebelde como su tía.

–Sí, ya lo veo. La parte negra se vuelve más pequeña cuando los ilumino.

–¡Dejad de hablar de mí como si no estuviera aquí!

–Bien, eso es precisamente lo que tienes que hacer –continuó Brendan, ignorándola–. Cuando me vaya, tendrás que despertarla cada hora y comprobar sus pupilas. Si notas algún cambio, llama a una ambulancia.

–No lo asuste –protestó Nora.

–No lo estoy asustando. Le estoy pidiendo que asuma su responsabilidad. Lo estoy tratando como a un hombre.

Luke se irguió al oír aquello.

–Bueno, todavía no es un hombre.

–Tampoco es un niño.

–O se encarga él de vigilarla o me quedaré yo.

Nora palideció al oír aquello, se cruzó de brazos y se quedó mirándolo.

Con aquel asunto resuelto, Brendan hizo unas sencillas comprobaciones, mientras Luke observaba.

–Eso ya lo ha hecho el doctor –protestó Nora.

–Es para que Luke aprenda lo que tiene que hacer.

Por fin, Brendan se quedó satisfecho.

–¿Necesita algo, le apetece un vaso de leche?

–Vaya –dijo sorprendida–, creo que me vendría bien.

–Luke, ¿puedes calentar un poco de leche?

El chico se marchó y Brendan se agachó para quitarle los zapatos. Después, le quitó suavemente la chaqueta.

–¡Puedo hacerlo yo sola!

–Ni que llevara un picardías transparente.

Lo miró frunciendo el ceño y dejó que le quitara las mangas de la chaqueta.

Brendan fingió no fijarse en la parte superior del pijama. ¿Cómo podía resultar más sexy un estampado rosa con gatos que un picardías?

–Póngase de pie un momento –le ordenó.

Nora obedeció y él apartó la colcha blanca. Debajo, como no podía ser de otra manera, las sábanas eran blancas. Luego la ayudó a meterse en la cama y la arropó.

–Ponga el despertador. Dentro de dos horas tengo que levantarme a dar de comer a los animales.

El reloj estaba en la mesilla, sobre unos papeles. No era el momento de recordarle lo que había dicho el médico. Tenía que descansar durante al menos veinticuatro horas, así que fingió poner el despertador.

Cuando volvió a mirarla, tenía los ojos cerrados y su respiración era profunda. Sintió un extraño deseo de darle un beso de buenas noches, como el que un padre le daría a un hijo.

Brendan volvió abajo. La cocina estaba vacía y no había leche calentándose en los fogones.

Luke se había tumbado en el sofá del salón. A su lado tenía el trasportín abierto y Charlie, aquel gato que odiaba tanto a humanos como al resto de animales, se había acomodado sobre el pecho del chico. El gatito blanco y negro, Ranger, estaba acurrucado junto a su estómago. Los tres estaban dormidos.

Brendan se acercó un poco más. Charlie no parecía el mismo gato. Quizá había muerto. Brendan alargó el brazo y lo acarició. Su pelo era cálido y el animal suspiró.

Apartó la mano. No existían los curanderos, se dijo molesto. Además, Nora apenas se había fijado en él.

El teléfono móvil del chico estaba sobre la mesa y Brendan lo tomó. En efecto, había puesto la alarma a cada hora en punto. Pero no se podía confiar en él para calentar leche. Además, parecía cansado. Estaba pálido y tenía ojeras, incluso dormido.

De repente, Brendan se dio cuenta de que no podía dejarlos solos con aquello. Era evidente que ya llevaban mucha carga encima como para soportar una preocupación más.

Brendan trasteó en los ajustes del teléfono, apagó la alarma y lentamente volvió a subir la escalera hasta la habitación de Nora.

Capítulo 6

AL OTRO lado de la puerta de aquella terrorífica habitación nupcial, Brendan sacó su teléfono.

Aquello no le pillaba en un buen momento. Tenía unos plazos que cumplir. El edificio Village on the Lake era una oportunidad increíble y el proyecto más prestigioso que había tenido en su carrera hasta el momento.

Pero ya en otra ocasión había cometido el error de decantarse por el trabajo ante las opciones que se le habían presentado. Se había dejado llevar por su deseo de triunfar y su afán de superar los fantasmas de su niñez, en su deseo de hacerse merecedor de una esposa que provenía de circunstancias muy diferentes a las suyas. Había tenido la necesidad de ser alguien, de demostrar algo, de tener lo que no tenía, y había tomado una decisión que le había dejado sin nada.

Aquella elección había recluido su corazón detrás de un muro, en una cueva vacía.

¿Sería posible volver a la misma encrucijada y tomar otro camino? No para cambiar lo ya sucedido, sino para convertirse en alguien diferente.

Apartó aquellos pensamientos y terminó de marcar un número en su teléfono. Enseguida oyó la voz de su secretaria en el contestador automático.

–*Ha contactado con Arquitectos Grant. Ahora mismo no podemos atenderle. Deje su mensaje y en cuanto nos sea posible, nos pondremos en contacto con usted.*

–Linda, hoy no voy a ir al estudio.

Además de todo el trabajo que iba a suponer ocuparse de Nora y su sobrino, Deedee estaba en el hospital e iba a necesitar compañía. No tenía ninguna duda de que iba a ser una terrible enferma.

–Cabe la posibilidad de que no vaya en toda la semana. Manda a… –dijo nombrando a uno de los arquitectos que tenía en plantilla–, para que vaya a supervisar el complejo.

Colgó la llamada y se quedó pensando en el alcance de lo que acababa de hacer. Nunca antes había faltado al trabajo.

Entonces, convencido de que el teléfono empezaría a sonar justo a las siete, lo dejó apagado. Sabía que habría muchas preguntas en relación a su ausencia, puesto que era algo inusual en él. No estaba seguro de tener las respuestas. En el fondo de su mente tenía que reconocer que no quería estar presente cuando iniciaran la construcción de Village on the Lake. No quería ser testigo del momento en que su proyecto cobrara vida. Como de costumbre, sabía que aquella sensación de insatisfacción aumentaría al mismo tiempo que el edificio se hacía realidad. Entró sigilosamente en la habitación, se sentó en una silla junto a la cama y se sintió tentado de encender el teléfono móvil para poner la alarma, tal y como había hecho Luke.

Entonces, Brendan se enfadó consigo mismo por haber tardado apenas un minuto en echar de menos el aparato, así que decidió dejarlo apagado. Formaba parte de aquel absorbente negocio que lo había ayudado a sobrevivir y al que se había volcado completamente desde el accidente.

Sentía la necesidad de descansar y hacer introspección, y eso lo sorprendía. A lo mejor había llegado el momento de sanar, de volver a la luz, y quizá estuviera en el sitio donde aquellas cosas podían pasar, donde aquello que estaba muerto en un hombre podía resucitar. Tal vez allí fuera posible, no había más que mirar a aquel gato.

Tenía que admitir que le sorprendían aquellos pensamientos carentes de base científica y más propios de la imaginación de un niño.

«Mamá, algún día voy a comprarte un castillo, te lo prometo».

El recuerdo de aquellas palabras lo hizo estremecerse. ¿Acaso no había presentido al pasar por debajo de aquel cartel que las cosas estaban a punto de torcerse?

Molesto consigo mismo, necesitaba encontrar refugio, pero decidió no hacerlo encendiendo el teléfono para ver el tiempo o la bolsa, así que miró a su alrededor. Empezando por la blancura inmaculada, aquella habitación revelaba algunas cosas de ella que quizá hubiera preferido no saber.

Había una foto de ella y Luke sobre la cómoda, pero ninguna de un hombre. También un montón de facturas. La única razón que se le ocurría para tenerlas allí era para no preocupar al muchacho.

Había un cesto con ropa limpia en el suelo, lleno de ropa perfectamente doblada. Seguramente no le agradaría que encima de

todo estuviera su ropa interior. Se acordó de su pijama, cómodo, pero nada sexy. No tenía ningún joyero sobre la cómoda, señal de que no sucumbía a los caprichos frívolos.

Si fuera un hombre sensible, sentiría lástima de aquella mujer y de lo que aquella habitación revelaba de ella. Estaba sola, desbordada por las responsabilidades y no tenía interés en mostrar su belleza.

Entonces, posó los ojos en los papeles que había debajo del reloj. Parecían cartas y enseguida apartó la mirada. De ninguna manera iba a ponerse a leer correspondencia personal.

Claro que aquellas cartas no parecían personales. De hecho, en la primera carta ponía: *Querida Rover.*

Intrigado, recordó que Deedee le había dicho algo de que Nora estaba detrás de *Pregúntele a Rover*. Tomó la carta y la leyó:

Querida Rover:

Tengo un novio nuevo. Tiene todo lo que siempre había deseado. Es guapo, divertido y tiene un buen trabajo. Solo hay un problema: tengo un perro de trece años llamado Sigh y se llevan muy mal. ¿Qué puedo hacer?

Firmado: una lectora confusa.

Aún más intrigado, vio que había preparado la respuesta, pero la había tachado. Se acomodó en su asiento y entornó los ojos para leer lo que había garabateado.

Querida amiga confusa:

Aunque los perros son capaces de sentir celos, muchas veces se les da mejor que a nosotros juzgar a las personas. ¿Qué ha hecho tu príncipe para ganarse a tu perro? ¿Tu nuevo amor es consciente de que tu perro se hace viejo y que quizá pronto tengas que despedirte de él? ¿Ha hecho algo para facilitarte ese momento? Me temo que, desde el punto de vista del perro, ese hombre es un idiota y no descartaría que pudiera morderle posiblemente en ese sitio que dificultaría su reproducción. Creo que estarías mejor sin él. Gracias por tu consulta, aunque para asuntos personales, lo mejor es que hables con tu mejor amiga, tu madre o incluso tu sacerdote. Te saludo con un ladrido, Rover.

Aquello había sido tachado, aunque con cierta renuencia.

Brendan sintió que se le curvaban los labios y pasó a la siguiente

hoja.

Querida amiga confusa:

Trece años son muchos para un perro. ¿Quieres tomar una decisión tan importante pensando en un animal que no estará mucho tiempo más contigo?

Aquello también lo había tachado.

Pasó la página buscando la respuesta definitiva, pero se encontró con otra carta.

Querida Rover:

Mi perra, una bulldog llamada Petunia, se niega a bajar al sótano y entrar en el cuarto de la lavadora. Se sienta fuera y se queda temblando sin dejar de aullar. ¿Crees que tengo fantasmas?

Poseída.

De nuevo encontró dos respuestas. La primera tachada con una gran cruz.

Querida amiga poseída:

Los bulldogs tienen muchas buenas características, aunque la inteligencia no sea una de ellas. Dudo mucho que el cuarto de la lavadora esté encantado. Seguramente, la pobre Petunia no acaba de comprender ese sinfín de olores y sonidos. No creo que puedas hacer nada, así que te ahorrarías muchas preocupaciones si dejaras a Petunia arriba mientras haces la colada. Si la dejas jugando con un hueso, quizá no se entere de que te has ido hasta que vuelvas.

La siguiente respuesta era más comedida y no hacía mención a la inteligencia de los bulldogs. En ella explicaba que los cuartos de lavadora emitían unos sonidos y olores extraños a los que Petunia tenía que acostumbrarse y que los juguetes para animales podían ser de ayuda.

Sin dejar de sonreír, Brendan volvió a dejar los papeles en la mesa.

A pesar de lo cansado que estaba, tenía la sensación de que algo había cambiado desde que había llegado, aunque no era capaz de reconocer el qué.

Entonces, cayó en la cuenta. Era el silencio. Se levantó y se

asomó a la ventana. La noche estaba dando paso al día y había dejado de llover. En el horizonte había algo que hacía cuarenta días que no veía. Quizá no lo había visto desde que su esposa y el hijo que esperaban habían muerto.

Parpadeó como si estuviera saliendo de una cueva. Estaba amaneciendo y el sol estaba empezando a brillar.

–¿Nombre?

Nora sacudió la cabeza, adormilada. Había alguien observándola y sintió su mano en el hombro. Convencida de que estaba soñando, volvió a cerrar los ojos.

Más tarde, sintió una luz sobre las pupilas y, de nuevo, volvió a quedarse dormida.

–¿Fecha de nacimiento?

Nora se despertó sobresaltada. Había pasado la noche dando vueltas, contestando preguntas y soportando un foco de luz sobre los ojos. El sol bañaba su cama y aquella calidez le resultaba una delicia.

Durante toda la noche, había tenido la extraña sensación de que Brendan Grant había estado en su habitación. Dirigió la vista hacia la silla en la que le había parecido verlo sentado, pero estaba vacía. Era evidente que todo había sido un sueño.

Miró el reloj. Era mediodía.

–¡Dios mío, los animales!

Se incorporó bruscamente y sintió que se mareaba. Le dolía la cabeza y tenía el cuerpo magullado. ¿Cómo era posible sentirse tan bien y tan mal al mismo tiempo?

Volvió a tumbarse de nuevo.

–Hola.

Brendan Grant estaba en la puerta. A pesar de que llevaba la misma camisa que la noche anterior, arrugada, y de que tenía el pelo revuelto y sombra de barba en las mejillas, estaba muy guapo. Irradiaba seguridad en sí mismo y parecía uno de esos hombres que sabían cómo controlar cada situación.

–No se levante, órdenes del médico. Tiene que estar en reposo todo el día.

Nora no podía permitir que se diera cuenta de lo reconfortante que le resultaba verlo actuar con tanto aplomo, teniendo en cuenta el estado de debilidad en el que se encontraba.

–No puedo pasarme el día durmiendo. ¡Tengo que cuidar a los animales!

–Está todo controlado.

Lo miró con el ceño fruncido para que no advirtiese lo mucho que significaban para ella aquellas palabras.

–Ha estado haciéndome compañía toda la noche, ¿verdad? –dijo.

Sabía que debía estarle agradecida, pero su comentario parecía una acusación.

–Así es.

–Es un detalle muy amable por su parte, teniendo en cuenta que está convencido de que he engañado a su abuela.

–Confiaba en que dijera algo entre sueños.

–¿Y he dicho algo? –preguntó asustada.

–¿De qué tiene miedo, de haber confesado algún secreto? ¿No recuerda que le he estado haciendo preguntas cada vez que la he despertado?

–Sí, recuerdo que me ha preguntado por mi nombre y por mi fecha de nacimiento.

–¡Vaya! –exclamó él dándose una palmada en la frente–. Tenía que haber aprovechado la oportunidad.

Nora se sonrojó, como si él se hubiera referido a otra cosa.

–Tampoco me he aprovechado en ese sentido –observó él arqueando una ceja.

–No quería decir que lo hubiera hecho –replicó Nora tirando de la colcha para cubrirse–. Y ahora, si me disculpa, tengo que vestirme. Tengo que ir a cuidar a los animales.

–Ya están atendidos.

–¿Cómo?

–Luke ha ayudado.

–Vaya.

No le gustaba la idea de que Luke hubiera estado a solas con Brendan. Podía haber estado interrogándolo.

–No se preocupe, no me ha contado nada –dijo él adivinándole el pensamiento.

Tampoco ella parecía muy dada a hablar.

–Aunque he estado intentando sonsacarle algo.

–¿Cómo? –preguntó ella tratando de mostrarse despreocupada.

–Le he preguntado que de dónde era y me ha contestado que de un sitio bonito, no de un agujero como este, que cuánto tiempo llevaba aquí y me ha dicho que demasiado. También le he

preguntado por su edad y me ha respondido que tenía diecinueve años.

–Somos de Victoria, llevamos seis meses aquí y Luke acaba de cumplir quince años.

–También le he preguntado quién se quedó con el dinero de Deedee.

Nora contuvo la respiración.

–Me ha contado que hay mucha gente que abre el correo, que hay muchos voluntarios. Dice que cree que ha podido ser alguna de las señoras mayores –dijo Brendan mirándola fijamente–. ¿Es posible?

Nora se sintió acorralada. ¡Sus voluntarias no eran unas estafadoras! Pero tampoco podía dejar que Luke quedara como un mentiroso. Así que empezó a juguetear con la colcha y no contestó.

–Pensé que sería mejor comprobarlo por mí mismo, así que le pedí a Luke que llamara a las sospechosas para que vinieran a ayudar con las tareas de la mañana. Como ninguna me parecía capaz de estafar a mi abuela, les he estado haciendo preguntas.

–No me lo creo.

–Pues créaselo. Todas admitieron abrir el correo, pero ninguna recordaba haber abierto la carta de mi abuela. Claro que no estoy seguro de que fueran capaces de recordar lo que habían desayunado esta mañana. ¿No tiene un sistema para ocuparse de la correspondencia? No parece muy organizado que cualquiera que le apetezca o que pase por el buzón pueda abrir las cartas.

–No soy muy buena con la organización.

–Tampoco eligiendo voluntarios. A la vista de las que han venido hoy, es como tener a mi abuela de voluntaria. Es todo un ejército de viejecitas.

Luke opinaba lo mismo.

–Para mí son imprescindibles.

Lo cierto era que Nora necesitaba ayudantes más fuertes y jóvenes, pero ninguno había respondido al anuncio que había puesto en el periódico. Le daba rabia que se hubiera dado cuenta de lo desorganizada que era apenas unas horas después de conocerla.

–Esos voluntarios que han venido hoy no pueden acercarse a los animales más grandes ni hacer tareas pesadas. Hay uno que tiene miedo de los perros y otro que es alérgico a los gatos, y nadie quiere saber nada del loro porque muerde.

–Se llama Lafayette. ¿Le ha mordido?

–Por supuesto. Luke me ha contado que muerde a todo el mundo. También dice unas cosas que harían sonrojarse a cualquier marinero, ¡y en tres idiomas!

–¿Se ha puesto algún antiséptico?

–¿Quién está cuidando de quién?

Se quedó mirándola fijamente. Parecía realmente preocupada mientras que él estaba siendo un tirano. Nada más aparecer allí, se había hecho cargo de la situación.

–No quiero que me demande. Si se le infecta el dedo y lo pierde, me demandará. Además, ya he perdido la ayuda del comité para el bienestar de la comunidad de Hansen.

–Todavía no he pensado qué voy a decirle al comité.

–Por favor, no me haga perder los voluntarios.

–No lo conseguiría ni aunque lo intentara. Todos han estado muy pendientes de mí, prometiéndome galletas, pasteles e incluso invitarme a cenar. No han parado de hablar de lo buena chica que es, y me han dicho que está disponible. Incluso me han comentado que era una lástima que, con lo guapa que es, no tenga novio.

–No tengo novio porque no quiero –dijo Nora, y se sonrojó.

–Algún imbécil le rompió el corazón –comentó él.

Su tono era ligero a diferencia de su mirada, que se había oscurecido con una expresión que la había hecho sobrecogerse. Estaba descubriendo muchas cosas sobre ella y tenía que poner fin a aquello.

–Salga de mi habitación. Tengo que ducharme y vestirme.

Él suspiró exageradamente.

–Ya veo que es tan difícil sacarle información a usted como a su sobrino. ¿Necesita ayuda?

Dejó a Nora con la palabra en la boca, salió al pasillo y cerró la puerta. Aun así, tuvo que decir la última palabra.

–Si se marea o tiene náuseas, llámeme, aunque esté desnuda.

Capítulo 7

NORA se alegró de que Brendan Grant estuviera al otro lado de la puerta y no pudiera verla. «Aunque esté desnuda».

Estaba intentando provocarla y no iba a darle la satisfacción de responderle.

–Especialmente si está desnuda –repitió desde el otro lado de la puerta.

Nora tomó un zapato de donde los había dejado la noche anterior y lo lanzó contra la puerta, olvidándose de su intención de no contestar a su provocación. A continuación, oyó su risa de satisfacción.

Miró a su alrededor. Todo su mundo era un caos. Incluso las sábanas de su cama estaban sucias. La sensación de desorden aumentó cuando entró en el baño y se miró al espejo. Tenía el pelo, la cara y la ropa llenos de barro, y un chichón encima de un ojo. Por suerte, no tenía ningún interés en formar pareja y menos aún con un hombre como el que había invadido su vida.

Aunque no le parecía una suerte que aquel hombre estuviera empeñado en inmiscuirse en su vida justo cuando tenía peor aspecto. Cualquier mujer, incluso una que acabara de recuperar su independencia, querría estar guapa al lado de un hombre como él.

No fue un momento de flaqueza lo que le hizo ponerse maquillaje, se dijo, sino un intento de recuperar la confianza, de ocultar los cardenales y de borrar aquella pésima primera impresión.

Después, con más cuidado de lo que estaba dispuesta a admitir, eligió una camiseta favorecedora y unos vaqueros de marca, vestigios de su anterior vida, cuando podía comprarse ropa cara sin preocuparse del dinero.

Se sentía como una nueva mujer. El cambio había funcionado. ¡Estaba lista para defender su independencia!

Brendan se encontraba solo en la cocina. Se detuvo un momento en la oscuridad del pasillo, antes de que se diera cuenta de que estaba allí. A pesar de que se había prometido permanecer inmune a él, no quería desaprovechar el momento para estudiarlo más

detenidamente.

No había ninguna duda. Brendan Grant era un hombre increíblemente atractivo de pelo y ojos oscuros, nariz recta y mentón prominente. Transmitía una fuerza masculina y una confianza en sí mismo que no se veían mermadas ni por la camisa arrugada, ni por el pelo revuelto ni por la barba incipiente de sus mejillas.

Su cocina se veía mejor con aquel hombre que estaba de pie junto a la encimera, seguro de sí mismo, comiendo galletas.

–Discúlpeme –dijo al verla–. Me he servido yo mismo.

–No se preocupe, está bien. Debería haberle dicho que se sintiera como en su casa.

Le sorprendió la nostalgia que le asaltó al oírse decir aquellas palabras. ¿Un hombre como él sintiéndose como en casa?

–Hablando de casas, debería irse a la suya. Debe de estar agotado, deseando darse una ducha y cambiarse de ropa. Además, tendrá que ir a ver cómo está su abuela.

–¿Y quién va a asegurarse de que no haga algo que no deba?

–Luke. Por cierto, ¿dónde está?

Brendan señaló hacia el salón y Nora fue a echar un vistazo. El chico estaba sentado en el sofá, dormido, con los pies en la mesa y la cabeza caída sobre el pecho. Charlie parecía contento tumbado a su lado y el gatito estaba encaramado a su hombro, jugando con un mechón de su pelo.

–Si estos momentos duraran…

Brendan se acercó y se quedó a su lado. Aunque no la estaba rozando, podía sentir su fuerza.

–Lo mismo digo de Charlie –comentó él–. Es un gato muy arisco. Le gusta esconderse debajo del sofá de Deedee y morder tobillos. ¿No se pone nerviosa solo de imaginárselo?

Brendan se rio y lo mismo hizo Nora. Aunque aquel momento divertido era insignificante, hizo que aumentara su deseo de deshacerse de él cuanto antes.

–Charlie parece estar mucho mejor que anoche –dijo él frunciendo el ceño, como si percibiera el peligro de la situación–. ¿Le ha hecho algo?

–No, me temo que no se puede hacer nada. ¿Cuántos años tiene?

–Creo que diecisiete.

–Son muchos años para un gato.

–Es lo que me parecía. Pero Deedee tiene una amiga cuyo gato

vivió hasta los veintitrés.

–Yo no le diría que Charlie está mejor.

–De acuerdo, no se lo diré, aunque es evidente, incluso para alguien tan incrédulo como yo, que el gato está mejor –declaró–. Me voy. No haga nada hoy, ¿me oye?

–¿Es siempre tan autoritario? –preguntó ella, arqueando una ceja.

–¿Por qué? ¿Le gusta?

–¡No! –exclamó, y rápidamente recordó que debía ser prudente, así que cambió de conversación–. Aprovecharé para ponerme al día en algunos asuntos.

–Ni siquiera debe leer, excepto el listado de síntomas, y ahí dice que no lea. Y nada de ordenadores, así que no se ponga a contestar a *Pregúntele a Rover*.

Nora se puso rígida.

–¿Qué sabe de *Pregúntele a Rover*?

–Había algunas cartas junto a su cama.

–¡Ha leído mi correspondencia!

–Estaba allí mismo y fue la manera que encontré de mantenerme despierto. Lo siento –dijo, aunque no parecía arrepentido.

No le agradaba que lo hubiera hecho, aunque pronto cambió de parecer.

–Por cierto, me gustó más la primera respuesta. Ese perro sabía que el tipo era un estúpido –comentó sonriendo–. ¿Es esa la que va a publicar, la que dice que va a morderle donde más le duele?

Nora sintió que se ponía roja. No tenía previsto que nadie leyera aquella carta.

–No.

–Lástima –dijo Brendan–. Volveré más tarde.

–¡No! –exclamó ella bruscamente–. Ya ha hecho suficiente –añadió–. Se lo agradezco mucho, de verdad, pero puedo arreglármelas sola.

–Sí, claro –replicó él sin una pizca de convicción.

Se quedó mirándola unos segundos y, antes de marcharse, le dio una palmada en el hombro.

De repente, se encontró sola en una casa que de manera sutil e irreversible le parecía otra solo por el hecho de que él había pasado la noche en su habitación y había comido galletas en su cocina.

«Cuando un hombre se queda a pasar la noche, suelen ocurrir cosas excitantes. Quizá la próxima vez», pensó.

–¡No va a haber próxima vez! –se dijo, reprendiéndose en voz alta.

Pero sí que la hubo. Había dicho que volvería y volvió. Alguna de las voluntarias debía de haberle contado a qué hora daban de comer a los animales por la tarde y se hacían las últimas tareas del día, porque a las siete en punto estaba allí. Nora se asomó por la ventana del salón y lo vio salir del coche.

Iba vestido más acorde a la situación, con una chaqueta de cuadros, unos vaqueros y unas botas de agua. Estaba tan atractivo como siempre.

Nora suspiró aliviada al ver que no se dirigía a la casa. Por suerte, Luke estaba en el granero. Se alegraba de haberse librado de él también. Se había pasado el día merodeando, con Charlie en brazos y Ranger pegado a sus talones. Tenía que haber insistido para que se llevara a los gatos al granero, pero no lo había hecho.

A Charlie no le caía bien y se había escondido debajo del sofá tan pronto como Luke había desaparecido. Un rato más tarde, había enfilado escaleras arriba, seguramente a la habitación del chico. Daba igual. No necesitaba poner las manos sobre aquel animal para saber que se le estaba escapando la vida. Las travesuras del gatito la entretenían, pero no lo suficiente como para olvidarse de sus pensamientos.

Tenía que reconocer que no era del todo cierto el alivio que había sentido al ver a Brendan marchar hacia el granero en vez de hacia la casa. Una parte de ella estaba deseando que fuera a verla. Eso explicaba por qué seguía vestida con la favorecedora camiseta y los vaqueros de marca, en vez de haberse puesto ya el pijama.

A menos que fuera para ver películas, pensó frunciendo el ceño. Desde que lo había visto llegar, había dejado de prestar atención a lo que estaba pasando en la película que estaba viendo.

Entonces los oyó llegar. Se sentía como una adolescente a la espera de que su pareja para el baile de graduación la recogiera. Se atusó el pelo y trató de ocultar el chichón de la frente con un mechón. Luego, decidió mostrarse indiferente ante el hecho de que Brendan hubiera vuelto a su casa.

Luke abrió la puerta y, de repente, allí estaba Brendan, llenando su espacio y mirándola. El corazón empezó a latirle con fuerza.

–¿Cómo se encuentra? –le preguntó.

Si admitía que tenía el pulso acelerado, probablemente la llevaría corriendo al hospital como había hecho con Deedee.

–Aburrida.
–¿Qué película está viendo? –preguntó mirando la pantalla.
–No lo sé. Acabo de encender la televisión.
–Ya.
–Es esa de piratas –intervino Luke, apareciendo con Charlie–. Es para niños, pero la ha visto tres veces porque le gusta Johnny Jose –añadió poniendo los ojos en blanco.
Brendan sonrió, metió las manos en los bolsillos y se quedó mirándola.
–¿Se siente bien? ¿Ha tenido algún mareo?
–Estoy bien.
–Es genial, tía Nora. Brendan le ha llevado una tableta a su abuela para que pueda ver vídeos de Charlie mientras esté en el hospital.
¿Cómo mantenerse indiferente ante aquello?
Luke dejó a Charlie en el suelo, sacó un trozo de cuerda y ató un puñado de paja al extremo.
–Esto es un ratón –explicó, moviéndolo por el suelo.
El gatito blanco y negro corría por la habitación persiguiendo la paja, y Luke rompió en carcajadas. Hacía mucho tiempo que no veía a su sobrino tan animado. Luego, se acercó al sofá y agitó la cuerda con la paja frente al sofá, cerca de donde Charlie se había escondido.
Asomó una pata y luego la otra, y Charlie se lanzó sobre el supuesto ratón con tanta fuerza que se lo arrancó de las manos a Luke, llevándoselo con él de vuelta bajo el sofá.
Brendan guardó el teléfono con el que había estado grabando la escena y se quedó mirando hacia donde Charlie había desaparecido.
–Ese es mi Charlie, el que disfruta lanzándose a los tobillos.
–¿Lo has grabado? –preguntó Luke, y luego suspiró–. No sé si la señora Ashton será capaz de abrir el archivo. Tía Nora, no.
«¿Por qué no le cuentas todos mis secretos? Que si me gusta Johnny Jose, que si soy una inútil con las nuevas tecnologías… A este paso, me va a conocer mejor que yo misma».
Brendan parecía algo aturdido.
–Iré a ver a Deedee y me aseguraré de que lo vea. Si no lo ha recibido, puedo enseñárselo directamente en el teléfono. Volveré mañana por la mañana para ayudar con las tareas.
Nora abrió la boca para protestar. Por un lado, no le parecía buena idea que le mostrara el vídeo de Charlie a Deedee. Por otro,

pensaba que era mejor que no volviera.

Pero vio un breve gesto de ilusión en Luke, antes de que volviera a agitar el presunto ratón bajo el sofá para provocar a Ranger. Era evidente que le caía bien Brendan. Quería creer que el gato estaba mejorando. ¿No podía ser optimista por una vez en su vida?

–Has hecho un buen trabajo con los caballos –le dijo Brendan a Luke–. Recuerda no dejar que tu tía se acerque a ellos y no te olvides de asegurarte de que pasa buena noche. ¿Podrás hacerlo?

–Eso está hecho –respondió Luke e intercambió una sonrisa con Brendan.

Tres días más tarde, Brendan seguía yendo a colaborar con las tareas. A Nora, cada vez se le daba mejor esconderse. En cuanto terminaban los quehaceres, Luke y Brendan entraban en la casa para grabar un nuevo vídeo de Charlie. El viejo gato parecía estar mejorando.

Deedee recibió el alta del hospital, pero tenía que guardar cama. Estaba tan sorprendida por los cambios que veía en Charlie que quería que se quedara en El Arca de Nora un poco más.

Pero Nora empezó a cansarse. Estaba completamente recuperada, si bien, no había tenido nada de qué recuperarse. Se había montado todo aquel lío por nada. Estaba harta de tener que esconderse en su propia casa. Había llegado el momento de pedirle cortésmente a Brendan Grant que saliera de su vida y que se llevara al gato de Deedee con él.

Charlie seguía en la casa. Luke se estaba encariñando con aquel animal, incluso parecía gustarle más que el gatito, y Nora parecía la única consciente de que a aquel viejo gato no le esperaba un final feliz. En su opinión, era evidente que los finales felices no existían y era una locura albergar esperanzas de lo contrario.

Había decidido no seguir escondiéndose. Estaba esperando en el salón y ya tenía pensado el plan. Iba a deshacerse tanto del gato como de Brendan Grant, a la vez que iba a poner fin a aquella parte de ella que tanto deseaba creer en los finales felices.

Nada más oír el coche, empezó a ensayar el guion.

«Muchas gracias por todo, ya estoy bien, me gusta la independencia, cuento con muchos voluntarios, no hay sitio para el gato, adiós».

Entonces se abrió la puerta. Luke y Brendan no repararon en ella. Iban hablando y Brendan se rio ante una ocurrencia de su sobrino.

Su plan se tambaleaba.

Brendan estaba allí para ayudar. No estaba segura de que su intención fuera ayudar a su sobrino, pero cabía esa posibilidad. Solo había que fijarse en lo atento que estaba a su abuela. Aun así, aunque no fuera su intención, había percibido un cambio en Luke gracias a la influencia masculina que sobre él estaba ejerciendo de manera diaria y positiva.

¿Desde cuándo se había convertido en aquella mujer? Estaba tan preocupada en protegerse a sí misma que no sentía la obligación de mostrarse agradecida con alguien que la estaba ayudando. Y no solo a ella, sino a aquel joven que era toda su familia.

Era el único modelo masculino con el que Luke contaba. Tenía una responsabilidad. ¿Era eso lo que quería enseñarle de la vida, que tenía que protegerse de todo?

Qué más daba que Brendan le pareciera atractivo. Podía controlarse. No se mostraría desesperada, ni se arrojaría en sus brazos, ni se pondría en ridículo. Se comportaría como una mujer madura capaz de actuar con seguridad y aplomo.

Tenía que mirarlo a los ojos cuando le hablara y sonreír.

–Hola, Brendan –se escuchó decir con una tranquilidad de la que se sintió orgullosa–. Muchas gracias por toda su ayuda. Le estoy muy agradecida. He preparado lasaña. ¿Quiere quedarse a cenar?

–Tía Nora hace la mejor lasaña del mundo, le pone un montón de queso –dijo Luke, entusiasmado con la idea de que Brendan se quedara a cenar.

–Habría que ser muy tonto para rechazar una lasaña casera, especialmente si lleva tanto queso.

Capítulo 8

SENTADO por segunda noche consecutiva a la mesa de Nora, Brendan se preguntó qué estaba haciendo. El día anterior habían cenado lasaña y en aquel momento daban cuenta de un pastel de carne.

–¿Quieres echar una partida al Scrabble? –preguntó Luke desinteresadamente, como si no le importara la respuesta de Brendan.

Por el rabillo del ojo miró a Nora, como siempre la miraba, y la vio ponerse tensa. Al igual que él, no sabía si prefería que se fuera o que se quedara.

–¿Al Scrabble? –dijo Brendan–. No, creo que no.

Luke trató de disimular su desilusión. Nora pareció alegrarse. Aquello debería haberle servido para tomar la decisión de marcharse. Sin embargo, no lo hizo.

–¿No sabéis jugar al póquer? –preguntó y al verlos a los dos negar con la cabeza, añadió–: Pues ya es hora de que aprendáis.

Una hora más tarde, Luke rodaba por el suelo, muerto de risa. A Brendan le dolía el estómago de tanto reírse. La lápida bajo la que había enterrado su corazón se había movido y la luz empezaba a entrar en aquel oscuro rincón.

Tenía que pararse a reflexionar acerca de algunos interrogantes. Tenía que ir más despacio, volver a poner la piedra en su sitio, retirarse y recapacitar.

¿Por qué estaba haciendo aquello? ¿La verdad? Estaba siendo testigo de que aquel gato estaba mejorando. Algo en él se estaba rindiendo, su escepticismo estaba cediendo. Si el gato podía curarse, él también podía hacerlo.

Pero ¿curarse de qué? Antes de pasar bajo aquel cartel del Arca de Nora, había sido felizmente inconsciente de sus aflicciones.

No, no era cierto. No había tenido una vida feliz. Todo había sido oscuro, frío y gris. Nunca había disfrutado de un momento de diversión como aquel. Se las había arreglado para librarse de sus demonios, para olvidarse de la culpabilidad, la desesperación y la soledad, entregándose en cuerpo y alma al trabajo.

Temía que, si se paraba a reflexionar, descubriría que sus aflicciones seguían allí, a la espera, y que las lágrimas que nunca había derramado empezarían a brotar y brotar hasta ahogarse en ellas y en su propia debilidad.

Su corazón se había endurecido detrás de aquel muro que lo había protegido y, en ese momento, la risa de Nora parecía estar debilitándolo, erosionando sus defensas. ¿Cómo defenderse de momentos como aquel?

–Es la peor jugadora de cartas con la que me he cruzado. Deje de marcar las cartas y dele la baraja a Luke antes de que acabe perdiendo hasta la casa.

–¿A qué se refiere con marcar las cartas?

Luke le quitó las cartas.

–¿Ves este doblez de aquí? Ahora todo el mundo sabe que es un as de picas.

–¡Vaya! –exclamó, sorprendida de ser la única que no lo sabía.

Era incapaz de mantenerse inexpresiva. Si la mano le era mala, fruncía el ceño y se mordía el labio inferior. Sin embargo, si las cartas eran buenas, se le iluminaba la mirada.

–Tu tía es un desastre en este juego. Sin embargo, creo que tú tienes futuro. Para ser un buen jugador de póquer, tienes que ser bueno mintiendo.

Luke se encogió y bajó la cabeza. Repartió las cartas y se quedó mirando las suyas. Luego, las descubrió, poniéndolas sobre la mesa. A continuación carraspeó y miró a Brendan directamente a los ojos.

–Lo hice yo –confesó–. Abrí la correspondencia y le mandé a Deedee la carta. Yo me quedé con el dinero.

No quería encariñarse con el chico, pero teniendo en cuenta cómo había salido en defensa de su tía con el perchero, lo mucho que trabajaba cada día en el establo y lo bien que se le daba tratar con el gato y todos los demás animales, aquella confesión suponía que todavía había esperanza para él.

Eso, si Nora no lo echaba todo a perder con su bondad. Porque su tía puso las cartas sobre la mesa y se quedó mirándolo, dispuesta a luchar por él.

–¡Luke! ¡No, tú no lo hiciste!

–Deje que el chico haga lo correcto –dijo Brendan.

Al oír esas palabras, Nora sintió deseos de llorar. Aquello

confirmaba lo que temía. Una y otra vez, no sabía tomar la decisión adecuada con respecto a Luke.

No le gustaba que Brendan tuviera razón y, menos aún, que hubiera irrumpido en su casa y en su vida, y se hubiera hecho con el control. Le proporcionaba una sensación de alivio que la incomodaba. Sentía que no estaba sola, que alguien cuidaba de ella. Era lo mismo que había sentido en brazos de Brendan.

Le disgustaba haberse mostrado dispuesta a mentir para proteger a su sobrino y lo que eso decía de ella.

–¿Por qué no nos cuentas lo que pasó? –sugirió Brendan.

Nora agradecía su tono serio, pero amable.

Luke la miró y ella asintió, reparando en su expresión de alivio. Llevaba demasiado tiempo cargando con la culpa.

–Estaba abriendo la correspondencia del Arca de Nora cuando me topé con la carta de Deedee. No decía nada de que Charlie se estuviera muriendo, tan solo que no se encontraba bien. Así que decidí escribirle y le dije que le mandaría energías, pero que para ello tenía que hacer… un donativo.

–Así que le pediste que mandara dinero –dijo Brendan con rotundidad, para no quitarle importancia.

–Bueno, sí, se lo pedí.

–Pero… ¿por qué? –preguntó Nora–. No te hace falta dinero.

–No tengo suficiente.

Nora palideció. ¿Suficiente para qué? ¿Por qué necesitaba un chico de quince años cincuenta dólares y no se los pedía a ella? ¿Para cigarrillos, alcohol, drogas?

«Karen, te he fallado. ¿Por qué me dejaste esta responsabilidad?».

–La policía no me dejaba en paz con lo de la bicicleta. El chico que me la prestó, Gerald el caradura…

–Gerald Jackinox –le interrumpió Nora, aliviada de que fuera por el asunto de la bicicleta y no por drogas.

–Como se llame. Me dijo que, si le daba cincuenta dólares, se olvidaría del asunto.

La sensación de alivio se desvaneció.

–Eso es chantaje. Dime que no le pediste cincuenta dólares a la señora Ashton para dárselos a él. Oh, Luke, ¿por qué no me dijiste nada?

Al menos, el muchacho tenía la decencia de mostrarse avergonzado.

–Le pedí cincuenta dólares en metálico y por correo. Cuando el dinero llegó, no me lo esperaba. Me sentía culpable. Así que me senté y pensé en mandarle a su gato, al que todavía no conocía, energías.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Brendan serio.

–Bueno, es como lo hace mi tía.

–¿Y qué es lo que hace tu tía?

–¡Eso no importa! –exclamó Nora.

La manera en que trataba a los animales siempre había sido un tanto original, y no siempre para bien. Brendan Grant ya sabía mucho de ella. Había adivinado que la habían traicionado y se había enterado de que estaba enamorada en secreto de Johnny Jose. Había leído *Pregúntele a Rover* y sabía que era ella la que estaba detrás de aquella columna. ¡Ya estaba bien!

–Pone las manos sobre el animal, cierra los ojos y se queda en silencio. Eso es lo que hice. Solo que fingí que tenía el gato delante. Sé que fue una tontería porque ni siquiera sabía qué aspecto tenía el gato. No me lo imaginaba tan feo. Aunque una vez que se le conoce, no resulta tan feo.

–Lo mismo pasa con las personas, Luke –dijo Nora, aprovechando la ocasión para que aprendiera algo que lo ayudara a ser mejor persona.

Luke y Brendan pusieron los ojos en blanco.

–Sí, claro –murmuró Luke, y continuó su explicación–. Me asusté cuando ese mismo día, la señora Ashton me escribió para decirme que había funcionado. Así que tiré la carta y borré sus mensajes del contestador antes de que mi tía los oyera. ¡Aquel día llegó a llamar una docena de veces!

–¿Por qué te asustaste cuando pensaste que había funcionado? –preguntó Brendan lentamente–. Podías haber ganado un buen dinero.

–No me gustaba la sensación que me producía –respondió Luke y, mirando a Nora, se encogió de hombros–. Además, ¿quién quiere ser como ella?

Aunque Nora estaba acostumbrada a sus contestaciones, aquello le dolió, pero disimuló para que no se le notara. Era la historia de su vida.

A lo largo de los años, algunas personas habían considerado lo que hacía como un don, pero para otras era simplemente algo extraño. Siempre ponía cuidado en que no conocieran aquella faceta

suya. Incluso evitaba revelar que era ella la que escribía la columna, en la que, más que lo que ella quería decir, escribía lo que la gente quería oír.

Nora miró a Brendan, que la estaba observando. Tenía la incómoda impresión de que podía darse cuenta de todo, incluso lo que no quería revelar.

De nuevo, aquella extraña sensación. En vez de sentirse expuesta, sentía que no estaba sola.

Apartó la mirada de él y se obligó a mirar a su sobrino.

–Luke, ¿te das cuenta de que lo que has hecho no ha estado bien? Le diste falsas esperanzas a una pobre anciana…

–A nadie le molestaría más que a Deedee que la llamaran anciana –la interrumpió Brendan–, y ya no hablemos de pobre.

–El caso es que temía perder a su gato y Luke se aprovechó de esa situación para sacarle dinero.

–¡Necesitaba los cincuenta dólares!

–Ese chico te está chantajeando. Voy a llamar a sus padres.

–¡Por eso no te lo había contado! Maldita sea, tía, es cierto que no me dio permiso para tomar su bicicleta. ¿Por qué tienes que ser tan ingenua?

–No se habla así a una mujer –dijo Brendan–. Y tu tía no tiene la culpa de nada de esto. El culpable eres tú. ¿Qué es lo que de verdad pasó con esa bicicleta?

Nora se dio cuenta de que era ella la que debía haber hecho esa pregunta, no él. Pero le gustaba el hecho de no estarse enfrentando sola a aquella situación.

–Se la quité –respondió Luke, alzando la barbilla desafiante–. Lo hice porque se estaba metiendo conmigo. Se estaba riendo de mi pelo delante de toda la clase. Bastante duro es ser el nuevo y que todo el mundo sepa que tu tía hace *vodú*.

–Vudú –le corrigió Brendan.

–¿Qué quieres decir con que todo el mundo sabe que hago vudú? –preguntó Nora horrorizada–. Dirijo un refugio para animales maltratados o abandonados, eso es todo.

–No, no lo es –replicó Luke.

De repente, Nora se preguntó si todo aquello había sido por su pelo o por ella.

–De todas formas –continuó Luke–, Gerald me dijo que si le daba los cincuenta dólares, confirmaría mi versión de que me prestó la bicicleta.

–Lo has empeorado todo –dijo Nora, sin darle demasiado énfasis a sus palabras.

No solo se habían reído de Luke por su pelo, sino por ella también. A pesar de que era una mujer adulta, no soportaba bien las burlas. Por eso mantenía en secreto que escribía la columna.

–Creo que la pregunta ahora es: ¿cómo vas a arreglar esto? –dijo Brendan.

–Por supuesto que le devolveremos el dinero a su abuela –intervino Nora con una nota de resignación en la voz.

–No, usted no.

–¿Cómo?

–Lo ha hecho Luke. Es él quien tiene que decidir cómo enmendarlo.

–¿Qué es enmendarlo? –preguntó Luke receloso.

–Reparar lo que has hecho.

El chico se quedó pensativo.

–No sé cómo.

–Te daré una oportunidad para que se te ocurra alguna manera.

Luke parecía volver a ser el de siempre. Enfadado, se cruzó de brazos sin apenas disimular su hostilidad.

«Ponte al mando de la situación», se ordenó Nora.

–Piensa en una forma de resolverlo. Y nada de ordenador ni de teléfono móvil.

–Vaya fastidio –dijo el chico.

Se levantó de la mesa y se marchó.

–Es usted muy autoritario –le dijo Nora a Brendan.

No quería que se diera cuenta de lo agradecida que se sentía de que alguien la estuviera ayudando con aquel asunto.

–Eso ya me lo había dicho antes.

–Siento repetirme.

Necesitaba tiempo para recomponerse. Tenía que tomar la iniciativa y no lo estaba haciendo. Estaba permitiendo que fuera él el que llevara el mando de la situación.

Y todo porque había sido una semana extraña. Se había dado un golpe en la cabeza y había bajado la guardia, permitiendo que Brendan se colara en su vida.

Aun así, el que se burlaran de Luke en el instituto por su culpa abría un nuevo frente.

–Dígame qué le han contado sobre mí –le pidió a Brendan.

–A Deedee le dijeron que usted era una curandera y empezó a

recordar ciertas referencias bíblicas sobre la imposición de manos. Está convencida de que va a ocurrir un milagro.

Nora emitió un gruñido.

–Lo siento. ¿Cree que es lo mismo que piensan los compañeros de Luke?

–Supongo que sí. Resucitó a un perro y ahora está en boca de todos.

–¡Yo no he resucitado a ningún perro!

–No está acostumbrada a la vida en los pueblos, ¿verdad?

–No.

–Es como ese juego al que jugábamos en el colegio en el que el primero le susurraba al de al lado una frase y veinte chicos después, la frase era completamente diferente.

–Nunca jugué a ese juego.

–Lástima, entendería mejor las consecuencias de la distorsión. ¿Qué fue lo que le ocurrió al perro?

–Lo atropelló un coche. Se quedó malherido, pero no muerto.

–¿De veras tiene un don con los animales?

–Yo no diría eso. Siempre me han gustado, a veces incluso más que las personas. Los animales emiten una energía muy fuerte y parece que soy capaz de conectar con ellos. Pero no soy veterinaria ni pretendo ocupar su puesto.

–Ah.

Ya le había contado suficiente. A pesar de que se había prometido mantener las distancias con Brendan, le producía una sensación extraña a la vez que agradable estar hablando con él en su cocina, compartiendo algunas intimidades de las que no siempre le resultaba cómodo hablar.

–Me temo que para lo que no tengo ningún don es para tratar con un adolescente –añadió, aprovechando que estaba tan dispuesta a confesarle detalles personales.

–¿Dónde están sus padres?

–Mi hermana murió –dijo Nora sin poder evitar el temblor de su voz.

–¿Y su padre?

–Murió antes que Karen. ¿Luke no le ha contado nada? Estos días, han pasado mucho tiempo juntos ocupándose de las tareas.

–Sí, bueno, pero ya conoce a los hombres.

No, no sabía nada de hombres. Probablemente, ese fuera parte del problema que tenía con Luke.

Brendan suspiró.

–No nos gusta hablar de cosas serias –continuó Brendan–. Nuestras conversaciones giran en torno a quién es el mejor jugador de hockey del mundo, cuál ha sido el resultado del partido del día anterior o quién puede limpiar mejor y más rápido una jaula.

Nora no quería confiarle nada más a aquel hombre, pero no pudo evitar seguir hablando.

–No estoy segura de que Karen hubiera confiado en mí para ocuparme de esto yo sola. Creo que se dejó llevar porque mi prometido, Vance, tenía una vida estable. Era veterinario con consulta propia. Me temo que siempre he sido la oveja negra de la familia.

–Me imagino que su hermana pensó que le daría un buen hogar a su sobrino.

–Ahora ya lo sabes. Soy huérfano –irrumpió Luke desde la puerta–. Un fastidio, ¿no?

Nora no lo había visto llegar, pero allí estaba, resentido, poniéndose a la defensiva.

–Y por si eso fuera poco, encima iba a casarse –continuó Luke y señaló a su tía con la cabeza–, hasta que Vance decidió cancelar la boda. Y todo por mi culpa.

Capítulo 9

NORA se quedó boquiabierta. Se le llenaron los ojos de lágrimas. No tenía ni idea de que Luke hubiera escuchado aquella horrible conversación entre Vance y ella.

–Solo porque pegué sus palos de golf a la bolsa.

–¿Por qué hiciste eso? –preguntó Brendan sin perder la calma.

–Tía Nora iba a regalarme un monopatín, pero Vance no se lo permitió porque me habían expulsado del instituto. Así que le pegué los palos de golf a la bolsa. Ese pegamento instantáneo funciona tan bien como dice el anuncio.

–Lo recordaré –dijo Brendan.

–Era él o yo, y me eligió a mí –concluyó Luke–. Vaya tontería, ¿eh?

–A mí no me lo parece –replicó Brendan manteniéndose firme.

A pesar de que Nora habría preferido que no hubieran salido a la luz tantos detalles de su vida, se sentía agradecida.

Bajó la vista a los labios de Brendan. La sola idea de besarlo la aturdía más que el golpe que se había dado en la cabeza.

–¿No te parece una tontería que me eligiera a mí? –preguntó Luke.

Había un brillo de esperanza en sus ojos que tocó la fibra sensible de su tía.

–Todo el mundo comete errores, empezando por tu tía Nora, que se comprometió con un imbécil.

Su corazón se llenó de una gratitud desmedida ante el hecho de que alguien se diera cuenta de que la deserción de Vance lo ponía en evidencia a él más que a ella.

–Era un beato engreído y sabelotodo –dijo Luke.

Nora se volvió a quedar boquiabierta. Por un lado, no tenía ni idea de que a Luke le cayera tan mal Vance. Por otro, no sabía que conociera la palabra «beato».

–Debería habérselo preguntado a Rover –dijo Brendan impasible, y entonces Luke y él rompieron a reír.

Brendan reparó en la expresión desaprobadora de Nora y enseguida volvió a ponerse serio.

–Como ves, todo el mundo comete errores. Quedarte con el dinero de Deedee fue un error. Lo importante es aprender de ellos.

–¿Qué clase de errores has cometido tú? –le preguntó Luke, dejando de reírse.

Nora se daba cuenta de que el chico tenía esperanzas de que todo aquello concluyera bien, a pesar de que seguía asustado. Lo entendía muy bien.

Brendan se quedó pensativo y lentamente dejó las cartas sobre la mesa. Por un momento, pareció que no iba a decir nada.

Entonces, habló en tono suave.

–Mi esposa murió por culpa de un terrible error que cometí. Estaba esperando un hijo.

Nora puso su mano sobre la de él, inmensamente agradecida de que Brendan se hubiera dado cuenta de lo necesitado que estaba Luke de apoyo. Y, posiblemente, ella también. Había superado un gran obstáculo interior y se había puesto a su disposición, lo que confirmaba que su intuición no se había equivocado.

Tenían algo en común y eso era lo que más le asustaba. Sentía que debía dejar a un lado sus heridas y sus miedos, y pensar más en relacionarse con otras personas y menos en encerrarse en sí misma. Claro que relacionarse con animales le resultaba mucho más sencillo que con personas.

No estaba preparada, así que se ordenó apartar la mano. Pero su mano, como si tuviera vida propia y fuera independiente de su cuerpo, se quedó donde estaba.

Brendan no se podía creer que se lo hubiera contado a Nora y a Luke. ¿Y si aquellas palabras reavivaban sus emociones?

No, su dolor estaba a salvo. No había llorado entonces y no iba a hacerlo en ese momento. Además, no había nada que odiara más que la compasión. Había supuesto que Nora le diría algo que le haría arrepentirse más aún de habérselo contado, pero no había dicho nada. En vez de eso, en un gesto tierno, había puesto una mano sobre la suya.

Durante unos segundos había sentido su roce, la suavidad de su piel cubriendo la suya. Pero después, le había sorprendido el calor que había empezado a sentir, como si una fuerza saliera de la muñeca de Nora y atravesara su brazo. Era como si aquel cosquilleo se extendiera por todo su cuerpo.

De repente, el mayor escéptico del mundo empezaba a creer en algo que hasta entonces solo había sospechado: aquella mujer tenía poderes curativos. El brillo que vio en sus ojos le hizo creer que podía sanar lo más imposible de todo: un corazón roto en pedazos. Por unos segundos, sintió que se le hacía un nudo en la garganta. ¿Quién iba a querer que se lo curaran y por qué razón? ¿Para que se lo rompieran de nuevo, para enfrentarse una vez más a los vaivenes de la vida?

Apartó su mano de la de ella, que se irguió al sentirse rechazada. Luego, se mostró aliviada. De hecho, se quedó mirando su mano unos segundos, como si tuviera vida propia. Después, se la llevó a la cara e hizo un gesto de dolor al tocarse el chichón de la frente.

–Debería grabar algunas escenas de Charlie para Deedee antes de irme.

Luke, que se había quedado muy serio y pensativo, fue a buscar al gato.

Nora había recuperado la serenidad y se volvió hacia Brendan.

–Muchas gracias por contárnoslo. Sé que es difícil para usted, pero creo que a Luke le ha venido bien saberlo. Aunque hace poco que le conoce, es evidente que le admira.

Brendan se encogió de hombros, incómodo.

Luke regresó con Charlie y lo dejó en la encimera. El gato maulló indignado y se acercó al borde, dispuesto a saltar al suelo. Brendan lo miró atentamente. Aquel gato apenas podía moverse unos días antes.

–¿Qué le está dando?

Luke tomó al gato por el cuello. El animal agachó la cabeza, resignado.

–No hay cura para el paso del tiempo –respondió Nora–. No hay nada que se pueda hacer para detener el curso natural de la vida.

Luke tomó con ambas manos a Charlie y Brendan volvió a darse cuenta de aquella energía que no lograba entender. Incluso parecía que la luz de la habitación había cambiado.

El gato se hallaba tranquilo. Había cerrado los ojos y estaba ronroneando. El chico dejó al animal en el suelo y luego, con las manos en los bolsillos, se quedó mirando cómo se alejaba a toda prisa. Estaba claro que no grabarían ningún vídeo esa noche.

–¿El curso natural de la vida? –repitió Luke enfadado–. Mi madre tenía treinta y cuatro años cuando murió. ¿Qué hay de natural en eso? Ah, y tía Nora tiene un don para curar. Pregúnteselo

a cualquiera. Mi madre siempre me contaba que mi tía tenía la habitación llena de perros y gatos a los que curaba.

–Luke, eso es una exageración. Me gustan los animales. No podría…

–Estaba aquí cuando trajeron a ese perro –continuó Luke interrumpiéndola–. Estaba muerto.

–No, no lo estaba –dijo Nora–. Es evidente que no lo estaba.

–Le puso las manos encima y, de repente, estaba vivito y coleando. Tres días más tarde corría por el jardín y me traía los palos que le lanzaba. Pero ¿qué pasa cuando de verdad hace falta, cuando es un cáncer? ¿Quién querría tener un don así? Por eso no quiero ser como ella. No se puede cambiar lo realmente importante.

Se dio media vuelta y se fue detrás del gato. Nora y Brendan se quedaron de piedra escuchando sus pasos mientras subía la escalera.

–¿Cómo sabe que Charlie tiene cáncer? –preguntó Brendan.

–No lo sabe –respondió Nora mirando con preocupación hacia la puerta–. Su madre, mi hermana, murió de cáncer. Lo siento, creo que no puedo hacer nada más por Charlie. Lléveselo a Deedee para que pase sus últimos días con ella.

Brendan se sentía cansado, pero no porque fuera tarde. Estaba cansado por toda aquella situación: un chico que lo había perdido todo y que sabía que no se podía hacer nada por cambiar lo que realmente importaba; una mujer que estaba intentando desesperadamente ayudarlo, a pesar de que ella también necesitaba ayuda.

Brendan se dio cuenta de que había empezado a creer que el gato estaba recuperándose. Había estado llevándole fotos a Deedee, en vez de prepararla para enfrentarse a su pérdida.

Aquello era realmente lo que había estado haciendo en los últimos dos años y medio. Como había dicho Luke, no había nada que se pudiera hacer por cambiar lo que verdaderamente importaba y esa impotencia era la peor sensación del mundo.

Luke volvió a bajar. Parecía haber estado llorando y Brendan sintió envidia por la sensación de paz que quedaba después de la tormenta.

El rostro del muchacho estaba pálido y tenso por el esfuerzo de contener sus emociones. Como si de una pelota de fútbol se tratase, llevaba a Charlie bajo el brazo.

–Voy a curarlo y a devolverte tu dinero –anunció antes de volver

arriba.

Nora se mordió el labio inferior y dirigió una mirada suplicante a Brendan.

Él se encogió de hombros. Habría preferido seguir siendo escéptico, pero los últimos días le habían hecho cambiar. Aquella mujer tenía una fuerza especial. La había sentido cuando le había tocado la mano. Luke también la tenía. El gato parecía estar mejor, aunque realmente no se estuviera curando.

Esa energía que ambos tenían, ese don para hacer que toda clase de heridas sanasen, no era algo que supieran manejar.

A pesar de que se había encogido de hombros, su indiferencia era fingida. Su interés había ido aumentando. Sus vidas eran una red en la que él podía quedar enredado. De hecho, empezaba a sentirse atrapado y eso no le gustaba. Llevaba mucho tiempo encerrado en su mundo solitario para evitar complicarse la vida.

Salió por la puerta y se negó a mirar a Nora. Libre del encantamiento de la casa, se internó en la cálida noche del verano incipiente y se dirigió a su coche, prometiéndose que no volvería hasta que llegara el momento de recoger a Charlie, vivo o muerto.

A Nora le gustaba mucho el granero. Habían hecho falta una docena de voluntarios y más de cien horas de trabajo para convertir aquella vieja estructura en un refugio para animales.

En aquel momento, estaba en la zona de los animales pequeños, dos filas de espaciosas jaulas mirando hacia un pasillo central.

Después de la noche anterior, necesitaba la paz que solo encontraba allí. En la emisora de radio que tenía sintonizada, sonaban canciones de los años cincuenta. La música la ayudaba a mantenerse activa. Después de veinticuatro horas siendo despertada a cada hora, estaba muy cansada. Además, era una agradable manera de distraerse de sus pensamientos.

A los animales les gustaba mucho la música. Sin dejar de canturrear, metió la mano en la jaula de los conejos, sacó una cría a la que había puesto de nombre Valentine y la acunó contra su pecho.

–¿Quieres bailar, cariño?

–Por supuesto.

Se volvió y se encontró con Brendan observándola. El conejo, al sentir que los latidos de Nora se aceleraban, debió de percibirlos

como una señal de peligro inminente porque se revolvió en sus brazos, subió por su hombro y bajó al suelo por su espalda. Al caer al suelo, salió corriendo. Brendan cerró rápidamente la puerta para evitar que se escapara y luego se giró hacia ella.

A la luz del sol de la tarde, estaba más guapo que la noche anterior. Debía de estar de vuelta del trabajo porque llevaba unos pantalones oscuros, una camisa blanca y la corbata suelta. Se le veía muy atractivo y seguro de sí mismo. Parecía un modelo sacado de una revista masculina.

Nora seguía teniendo un chichón en la frente del tamaño de una pelota de béisbol y llevaba un amplio guardapolvo azul.

–Hace días que no lo veía –balbuceó.

Confiaba en que su voz no revelara cuánto deseaba verlo.

–He estado ocupado en el trabajo.

–¿Qué hace aquí a esta hora?

–Deedee insistió en que viniera. Luke ha estado mandándole fotos del gato, pero quería venir ella misma en persona para verlo.

Nora no tenía ni idea de que Luke había estado mandando fotos del gato. Si lo hubiera sabido, probablemente le hubiera pedido que dejara de hacerlo. Pero ¿qué pensaban todos que iba a pasar?

–Ayer le mandó un vídeo del gato jugando con una pelota.

–Por favor, dígame que no cree que el animal va a recuperarse.

Él se encogió de hombros.

–No sé qué pensar, Nora. El caso es que yo mismo me siento mejor, y nunca creí que eso pudiera pasar.

–¿Qué quiere decir con que se siente mejor? –susurró ella.

–He estado viviendo en un oscuro agujero y ahora los muros empiezan a resquebrajarse y dejan pasar la luz.

Nora sentía como si no pudiera respirar, como si estuviera a punto de llorar. Era como si pudiera correr hasta él, abrazarlo y sentirse como en casa.

–Esos muros han pasado a formar parte de mí, así que, cuando se desmoronen, ¿me desmoronaré yo con ellos?

–No –contestó Nora en un susurro.

–Vaya.

Las emociones eran muy fuertes. Para disimular lo vulnerable que se sentía, Nora se agachó y miró por debajo de las jaulas. Valentine se quedó mirándola fijamente.

Entonces, Brendan se agachó a su lado. Su olor fresco y masculino anuló el resto de aromas. Tenerlo tan cerca, no ayudaba

a aligerar la tensión que había entre ellos. Él también parecía estar buscando la manera de romper la intensidad de los minutos previos.

–Creo que me ha sacado la lengua –dijo él.

–Como la vida misma, que a veces nos saca la lengua cuando más nos empeñamos en llevar el control.

–Vaya, lo estoy viendo venir: *Pregúntele a Valentine* –bromeó y sonrió al verla reírse–. Ahí está el conejo.

Metió el brazo por debajo de las jaulas, rozándola con su hombro y Valentine salió corriendo.

Nora se apartó antes de que hiciera algo estúpido de lo que tuviera que arrepentirse y se puso a andar a gatas.

–Valentine, ven aquí.

–He dejado a Deedee en la casa. Luke me dijo que estaría aquí.

Ella rompió a reír y él sonrió.

¿Qué se suponía que significaba aquello, que quería verla? Lo miró de reojo.

–Se va a manchar la ropa.

Brendan la ignoró.

–Este conejo me está tomando el pelo.

Valentine dio un salto y huyó corriendo.

Brendan se incorporó, se sacudió el polvo y se puso de pie.

–¿No puede hacer que vuelva con sus poderes?

Nora se e quedó mirándolo, molesta por su comentario, hasta que vio asomar una sonrisa en sus labios. Estaba tomándole el pelo y sintió un estremecimiento en la espalda.

Aquello le agradaba, así que decidió rendirse y comportarse con naturalidad. Llevaba demasiado tiempo manteniendo la seriedad y no quería resistirse a disfrutar de aquellos momentos de diversión.

Capítulo 10

NORA se llevó las manos a las sienes, cerró los ojos y empezó a canturrear.

–Conejo, conejito, ya es hora de volver a tu agujerito.

Al oír la risa de Brendan, abrió un ojo.

–¿Funciona?

–Es el peor conjuro que he oído jamás.

–Vaya –dijo ella, abriendo exageradamente los ojos–. ¿Y ha oído muchos?

–Por suerte, no.

–¿Por qué no lo intenta?

Brendan se quedó pensativo y, al cabo de unos segundos, una sonrisa asomó a sus labios. ¿Por qué se le aceleraba el corazón al ver que él también se rendía? Estaban sucumbiendo a la invitación que les hacía la vida de disfrutar.

–¿Qué tal una zanahoria en vez de un conjuro? –sugirió él.

–Si estuviera hambriento, tendríamos suerte. Pero ya sabe, porque usted mismo se ha estado encargando, que está bien alimentado. Aun así, podemos intentarlo. Antes o después, funcionará.

Nora fue hasta la nevera que había al final del pasillo, sacó una bolsa y le entregó una zanahoria a Brendan.

Luego volvieron a recorrer el pasillo, ella a un lado y él al otro, mirando por debajo de las jaulas.

–Ahora que Deedee se encuentra mejor, ¿ha tomado alguna decisión? ¿Va a llevarse a Charlie a casa o al veterinario?

–Tiene sus propias ideas, como siempre, pero de momento no tiene pensado apartar a Charlie de usted. Creo que ha venido solo de visita. Luke y ella tenían una animada charla cuando me he ido.

–¿Luke y Deedee? ¿De veras?

–Sí. ¡Eh, mire! Ahí está. Ven aquí, conejito.

Brendan se volvió a poner de rodillas, miró por debajo de una pila y ofreció la zanahoria. Nora lo observó. Aquel hombre estaba dispuesto a echar a perder un traje de mil dólares por un conejo. Valentine se acercó y Brendan fue a agarrarlo, pero el conejo saltó

hacia un lado y volvió a huir corriendo.

–Vaya con este conejo. Nos ha salido listo.

Nora se rio. Brendan se volvió y la miró, con una sonrisa en los ojos.

–Vamos a ver si muerde el anzuelo.

Lo cierto era que ella sabía que, si dejaban a solas al conejo, acabaría sintiendo hambre y saldría. Pero le resultaba más divertido ver los intentos de Brendan por atraparlo.

Juntos persiguieron al conejo por todo el granero, haciendo tonterías, poniendo caras, emitiendo sonidos y andando a gatas entre las jaulas. Se hablaban entre susurros, como si el animal pudiera comprenderles, y no dejaron de reírse de sus osadías.

Al final, consiguieron darle caza.

–Hay empresas que pagan por hacer esto –dijo Brendan–. Lo llaman actividades para la formación de equipos.

Nora consideró que habían formado un gran equipo que había funcionado bien. ¿Por qué cada vez que estaba con él ocurría algo que le hacía disfrutar de aquella deliciosa sensación de sentirse acompañada?

Se fijó en él y en el conejo. Se podía saber mucho de una persona por la forma en que sujetaba a un animal en sus manos. Brendan había estado a punto de entregarle a Valentine. Pero, de pronto, su expresión se suavizó y sujetó firmemente al animal en la palma de la mano. Luego, lo acercó a su pecho y le acarició el hocico.

Resultaba muy tierno ver a un hombre tan fuerte acariciando a un conejito. Se sentía como si, sin pretenderlo, hubiera puesto a prueba a Brendan y sorprendentemente la hubiera pasado.

–Está bien, creo que recuerdo dónde vive este pequeño monstruo –dijo él.

Metió a Valentine en su jaula y cerró la puerta.

–Supongo que Deedee no se va a llevar a Charlie a casa –añadió volviendo junto a ella–. No soporta la idea de que se le muera estando con ella. Aunque creo que todos nos preguntamos si, después de todo, ese gato se va a morir. Cada día tiene más fuerzas.

–Es una cuestión de tiempo.

–Se muestra muy segura.

–Lo estoy. Me gustaría que Luke no se hubiera encariñado con él. Se va a llevar un buen disgusto.

–Y ya ha tenido suficientes –dijo Brendan–. Usted también.

La expresión de sus ojos era la misma que había visto aquella noche lluviosa en el picadero, cuando le había acariciado la mejilla. Cualquiera podía dejarse llevar por esa mirada.

Sin embargo, Nora se felicitó por intentar contenerse.

–Cuando se trabaja con animales que no están bien, uno piensa que sufrirá. He desarrollado una estrategia para no involucrarme emocionalmente. No le pongo nombre a ningún animal.

–Le puso nombre a Lafayette.

–¿Quién se encariñaría con él? –dijo Nora, poniéndose a la defensiva.

–¿Y qué me dice de Valentine?

–Está bien, hay algunas excepciones. Pero ahora que tengo esta fantástica instalación, no volveré a permitir animales dentro de la casa.

–Pero Luke tiene a Charlie y a Ranger.

Nora se mordió el labio inferior.

–Lo sé. Debería ser más estricta.

–Estoy seguro de que le parece bien que el chico se preocupe por algo –dijo Brendan, y alargó el brazo para retirarle un mechón de pelo del chichón de la frente–. También está preocupado por usted. Me contó que anoche estuvo despertándola a cada hora.

–Así es.

–¿Y cómo se siente?

–Agotada.

–Es curioso, no me pareció que estuviera cansada cuando llegué.

Ella se sonrojó al recordar que la había pillado bailando.

–Además, ¿no tenemos algo pendiente? ¿No me pidió que bailara?

Ella se quedó boquiabierta. No le había pedido bailar a él. Sabía muy bien que estaba hablando con el conejo. ¿Qué pretendía?

O, más bien, ¿qué era lo que ella pretendía? Le había estado siguiendo el juego a Brendan y le había tendido la mano para que saliera de la oscuridad.

Y, cuando él se la había tomado, había sentido como si todo su mundo se fuera abajo. Porque había sido entonces cuando se había dado cuenta de que ella también había estado viviendo en la oscuridad.

Había perdido a su hermana y, cuando más necesitaba a Vance, él la había abandonado. Luego, la carga de responsabilidad tratando de ser todo lo que Luke necesitaba, sabiendo que le era imposible.

Tomó la mano de Brendan y le sonrió. Por primera vez en mucho tiempo, aquella sonrisa surgía directamente de su corazón.

Brendan no sabía qué estaba haciendo. Desde que había visto aquella primera sonrisa en los labios de Nora, un deseo había ido creciendo en su interior. Era como si la suerte hubiera quedado echada al verla reírse mientras perseguían a aquel conejo por el granero.

No estaba seguro de que alguna vez pudiera encontrar el camino hacia la luz ni de que esta pudiera penetrar en la oscuridad que lo rodeaba. Tampoco estaba seguro de querer que así fuera porque supondría perder el dominio del dolor que llevaba en su interior.

Aun así, viendo cómo había cambiado Charlie, parecía estar ante un milagro. ¿En qué había empezado a creer?

De todas formas, aunque no sabía lo que quería para sí mismo, sí sabía lo que quería para Nora. Quería que aquella luz entrara en ella y que su vida fuera divertida y despreocupada. Lo sabía muy bien porque estaba en la misma situación que había estado su madre, criándolo sola, intentando ser padre y madre a la vez, y hacerlo todo bien. Los esfuerzos de su madre lo habían forjado y lo habían empujado a desear cosas que ni su madre ni él habían tenido y con las que ni siquiera habían soñado.

Mirando a Nora podía ver la tensión en su rostro y el abatimiento en la caída de sus hombros. Daba la impresión de que hacía mucho tiempo que no hacía nada divertido en su vida. Todo el peso del mundo parecía recaer en su espalda.

Pero su misión no era aligerarlo, se dijo Brendan. Se las había arreglado durante años para no complicarse la vida, aunque en los últimos días…

Eso le hacía cuestionarse en qué clase de hombre se había convertido. ¿No le había dicho a Luke la noche anterior que un error podía ser una oportunidad de convertirse en alguien mejor?

Brendan había cometido un terrible error aquella noche, dos años y medio atrás. Había permitido que Becky condujera sola en una mala noche. Debería haberla acompañado. Estaba tan emocionada…

Odiaba aquellos recuerdos, odiaba estar cuestionándose. Veía luz y se sentía atraído por ella. Odiaba estar volviendo a la vida.

Ya no había razón para seguir allí. No lo necesitaba. O tal vez sí.

La vida le estaba exigiendo algo más. Le estaba pidiendo que ayudara a otra persona a relajarse y disfrutar de la vida. Al hacerlo, él también estaba descubriendo su propia luz. ¿Y si esa vez atravesaba los muros que había construido a su alrededor y llegaba hasta su corazón?

Sería muy fácil darle la espalda a un desafío como ese. Pero, si permitía que el legado del amor por su esposa fuera tan amargo, de alguna forma sentiría que habría fracasado. Si ignoraba las necesidades de aquellas dos personas que estaban en una situación similar a la que su madre y él habían atravesado, daría igual cuántas casas por bonitas que fueran diseñara y construyera.

¿Y si el hijo que Becky esperaba hubiera sobrevivido? ¿Y si hubiera tenido que procurar una vida para ese hijo y para él a la vez que intentaba sobrellevar su dolor?

Esa era la situación en la que se encontraba Nora. Estaba sobrellevando la pérdida de su hermana a la vez que trataba de ser fuerte para construir una vida para su sobrino. Tenía que hacer algo por aligerar la carga de aquella mujer o no superaría la amargura de otro fracaso más.

–Así que –dijo tomando una decisión–, ¿sabe mover el esqueleto?

Era ridículo sentir que aquello era lo más arriesgado que había hecho en su vida.

–¡No! –exclamó ella–. ¿Y usted? –preguntó escéptica.

–Por supuesto que no. Bueno, quizá un poco, de las clases de baile del instituto.

–Interesante instituto al que asistió. Juegos de palabras y clases de baile.

–Aprendamos juntos.

Brendan la atrajo hacia él. Nora alzó las manos, manteniendo una barrera entre ella y su pecho. Estaba tensa y le faltaba confianza en sí misma.

Tenía que aligerar su carga y hacerla sonreír. ¿Qué debía hacer a continuación?

Pero el momento le hizo olvidarse de las preguntas sobre su futuro. Había fijado sus grandes ojos verdes en él y tenía el pulso más acelerado que aquel conejo.

–Relájese –le dijo suavemente.

La tomó de la mano y colocó la otra en la curva de su cadera. Nora pareció relajarse y lo miró con expectación.

–Muy bien –continuó él, mientras empezaban a moverse por el pasillo de las jaulas–, empecemos la clase de baile. Un, dos, tres, un, dos, tres. Me sorprende que me haya pedido bailar. No se le da demasiado bien.

–Pensaba que se me daba bien cuando estaba bailando con Valentine.

–Ya.

–No me sentía tan cohibida.

–No hay motivo para sentirse cohibida.

–Por supuesto que sí. Voy a pisarlo.

–Podré soportarlo. Tengo pies de acero.

–¡No es cierto! –exclamó Nora riéndose y mirándole los pies.

–Sí, me sirven para ir a las obras.

–Parezco una tonta.

–No hay nadie aquí de quien tenga que preocuparse –dijo él–. Vamos, inténtelo.

Nora se quedó pensativa y después de unos segundos pareció relajarse.

–Ahora, mueva las caderas –añadió Brendan.

–Usted primero.

–Solo estamos nosotros y los conejos. Bueno, y algunos gatos.

–Y un loro que dice palabrotas.

–Ah, Lafayette, el *muerdededos*. Supongo que no le encuentra hogar, ¿no?

Distraerla hablando del loro estaba funcionando. Brendan siguió moviéndose y Nora seguía sus pasos.

–Es una tarea imposible. Algunos jóvenes han querido llevárselo como novedad a sus fiestas universitarias. De ninguna manera voy a permitir eso.

–Eso me suena a que ya se ha encariñado con él.

–No, no es así –aseguró Nora–. Aunque me temo que ese loro va a enseñarle unas cuantas palabras nuevas a Luke.

–Pocas palabras son nuevas para un chico de quince años.

Mientras ella se quedaba pensando en lo que acababa de decirle, Brendan decidió aumentar el nivel de dificultad.

–Voy a separarme de usted, sin soltarle la mano. Así, camine a mi lado.

–Eso no es simplemente mover el esqueleto. Esto es un minueto.

–No, en el minueto no se mueven las caderas.

–¿Aprendió eso en sus clases de baile?

Se estaba quedando sin aliento. Brendan volvió a tirar de ella, le puso la mano en la cintura y unió su frente a la suya.

–Prepárese para pasar por debajo de mi brazo –dijo, y ella obedeció–. Ahora vuelva. Eh, se nos da bastante bien.

–No, somos terribles.

–Si no me cree, pregúntele a Valentine. Prepárese para la reverencia final.

–¿Reverencia? ¡No, Brendan! Acabaremos cayéndonos.

Capítulo 11

–NO MIENTRAS sea yo el que lleve la voz cantante. Relájese y confíe en mí.

Nora se rio. Luego se relajó y se dejó llevar por él. En aquel preciso instante en el que le dio toda su confianza, él la rodeó por la cintura y la levantó del suelo. De repente, se encontró con la espalda arqueada, sostenida por su ímpetu. Se movían en perfecta armonía. La sujetó unos segundos en aquella postura y ella lo miró a los ojos. Luego, tiró de ella y la atrajo hacia su pecho.

Nora se apoyó en él y sintió los fuertes latidos de su corazón. Ambos respiraban pesadamente y ella empezó a reírse hasta que se le saltaron las lágrimas.

–Dios mío, hacía mucho tiempo que no me reía de esta manera –dijo ella–. Ha sido muy divertido, no sé cómo agradecérselo.

Pero sí sabía cómo hacerlo. Conocía una única forma de llevar la luz hasta él.

Antes de pensárselo dos veces, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. Fue entonces cuando su mundo se desmoronó.

Los labios de Brendan Grant eran suaves como la miel. Nora se consideraba una experta en energías, pero para aquello no estaba preparada. Su fuerza era auténtica y poderosa, y la atravesó provocando que cada célula de su cuerpo empezara a vibrar. Era una fuerza de vida irresistible y envolvente. El beso se volvió más intenso, provocando que su fe en el poder del amor despertara.

Nora se apartó y se quedó mirándolo. El pecho le subía y le bajaba al compás de la respiración, la cabeza le daba vueltas y tenía el alma en llamas.

No quería volver a creer en el amor, ya que la había dejado destrozada. Su fe en el amor la había vuelto una mujer débil, vulnerable y ciega.

De nuevo surgía la palabra «amor». ¡Pero si ni siquiera le había dado permiso para que entrara en escena! Todo lo contrario, estaba empeñada en evitar que volviera a formar parte de su vida.

Además, siendo realista, no sabía nada de aquel hombre. Salvo que había sufrido mucho dolor. También sabía que era atento con la

abuela de su esposa fallecida, que había sido paciente con su sobrino, que había acariciado con ternura a un conejo, que podía convertir una situación cotidiana en una fiesta y que la hacía reír. Sin olvidarse del miedo que tenía de irse abajo junto a aquellos muros tras los que se refugiaba.

Lo cierto era que Nora sentía que sabía más de Brendan Grant en menos de veinticuatro horas de lo que había sabido del doctor Vance Height en más de dos años.

–No sé qué me ha pasado –balbuceó y sintió que se le sonrojaban las mejillas.

Había besado a un desconocido. No importaba que sintiese que lo conocía. Era una locura, un espejismo.

–Tengo que irme. Voy a ver cómo están Luke y Deedee, y…

–Espera –dijo él acercándose–. No le des más importancia de la que tiene –añadió acariciándole la mejilla mientras la miraba a los ojos–. Ha sido algo espontáneo entre un hombre impetuoso y una mujer guapa.

Nora se quedó mirándolo. No había significado nada para él. A pesar de lo que ella sentía, lo cierto era que no se conocían. Mientras ella se estaba enamorando, él estaba levantando sus muros.

–No soy guapa.

De todo lo que podía haber dicho, ¿por qué aquello?

–Sí –dijo él con voz grave, acariciándole la mejilla–, lo eres.

Necesitaba oír aquello, necesitaba que alguien viera a la mujer que había en ella.

Por un momento, pensó que iba a besarla otra vez y sabía, a pesar de su determinación, que no haría nada por impedírselo.

Pero entonces se apartó de ella y metió las manos en los bolsillos.

–¿Qué tal si voy haciendo alguna tarea mientras espero a Deedee?

El orgullo y la necesidad de protegerse la empujaban a negarse. Pero, si decía que no, Brendan se daría cuenta de que algo la había sacudido hasta lo más hondo.

Además, como él mismo sabía, la mayoría de los voluntarios eran señoras mayores. Contaba con él para las tareas más pesadas. No podía rechazar su ayuda.

–¿Podrías traer unas balas de heno?

–Claro, solo dime lo que hay que hacer.

Tratando de olvidar aquel deseo que había despertado en ella, Nora lo condujo a través de la sección de animales pequeños. Estaba decidida a fingir que no había pasado nada.

Pero le resultaba difícil viéndolo moverse con tanta naturalidad, deteniéndose a acariciar a un gato y a jugar con un cachorro. Incluso los hámsters parecían conocerlo.

Se detuvieron ante el loro, que al instante soltó una palabrota, antes de decir algo en francés.

Brendan frunció los labios.

–Lafayette*, fermez la bouche.*

–Vaya, así que hablas francés –dijo Nora en tono jocoso–. ¿Qué le has dicho?

–Algo romántico –contestó él–, cuyo significado es: cierra la boca.

Entonces, la tensión acumulada desde que sus labios se rozaran estalló en risas de nuevo.

–¿Qué haces con animales como Lafayette? –le preguntó cuando dejaron de reírse–. Me refiero a los que nadie quiere adoptar.

–Soy nueva en esto. Solo hace seis meses que abrí el refugio. La demanda para adoptar animales se ha disparado. ¡Incluso le he encontrado hogar a una rata blanca! De momento es una decisión a la que no me he tenido que enfrentar.

–Quizá deberías ir pensando en algo.

Nora decidió no contarle lo mucho que temía el momento en que tuviera que tomar aquella decisión. No quería mostrarse vulnerable.

Continuaron avanzando por el granero y los perros se volvieron locos cuando vieron a Brendan. Tranquilamente fue abriéndoles las puertas para que salieran a correr.

Había tres perros en aquel momento. Uno era un labrador negro con tan solo tres patas, que habían encontrado deambulando. Otro era un cocker spaniel, Millie, al que habían llevado hasta allí porque su dueño no podía costear la medicación de su diabetes. El último era un cachorro de raza desconocida que hasta hacía una semana había estado infectado de pulgas.

–¿No quieres llevarte alguno a casa? –preguntó Nora–. ¿Qué tal el perro de las tres patas?

–No te equivocaste cuando dijiste que no era capaz de cuidar ni de una planta.

Aquello sonó a advertencia, aunque no fuera esa su intención.

No era un hombre con el que tener una aventura romántica.

Pero eso ya lo sabía. Además, estaba harta de sueños románticos.

–No creo que tengas problemas para encontrarle un hogar, aunque respecto a ese loro no estoy tan seguro. En serio, deberías ir pensando en una alternativa.

–No quiero una alternativa. ¿Qué hago, deshacerme de él dentro de seis meses? No podría pasar por delante de su jaula sabiendo que el tiempo está corriendo.

–Eso es que te has encariñado con él.

–Claro que no.

Por fin llegaron junto a un gran montón de paja y, sin que le dijera nada, Brendan tomó una carretilla y empezó a cargar balas. Nora siguió limpiando jaulas, poniendo comida y cambiando el agua.

Viendo lo mucho que estaba trabajando para ella, se le fue pasando el enfado. No podía evitar mirarlo de reojo de tanto en tanto. Había un cierto encanto en un cuerpo masculino llevando a cabo trabajos pesados. A pesar de que hubiera renunciado al amor, no estaba muerta. Aun así, aquella clase de tentaciones iba a acabar con su determinación.

Por suerte, su teléfono sonó. Tenía que ir a atender una urgencia.

–Tengo que marcharme. Han encontrado una iguana en el parque que hay junto al lago.

Se ordenó darle las gracias y decirle que no volviera. Pero que tenía que hacerlo con diplomacia.

«No hay nada que Luke y yo no podamos hacer, especialmente ahora que empiezan las vacaciones de verano».

De repente, se encontró mirando los labios de Brendan. Tenía que pensar en aquello antes de hacer algo precipitado e irreversible, como había sido besarlo. Todo lo que hiciera con él de allí en adelante tenía que ser medido y reflexionado.

¿Lo que hiciera con él de allí en adelante? Aquello no parecía un pensamiento lógico de una mujer que iba a decirle a un hombre que no volviera nunca más.

Tres días más tarde, Nora estaba sentada ante la pantalla del ordenador. Al parecer, las iguanas comían verduras de hoja verde.

Tomó nota mental de llevar a la iguana al doctor Bentley aquella tarde. El veterinario dedicaba un rato un día a la semana al refugio, y también podía contar con él para urgencias.

Nora era consciente de que a pesar de estar ocupada con aquellas tareas rutinarias, no tenía la cabeza puesta en ellas.

Sus pensamientos estaban con Brendan Grant. Había estado llevando a su abuela todas las mañanas, a primera hora antes de irse a trabajar, para que pasara allí un rato.

Nora no era capaz de decirle que no volviera siendo Deedee la que quería ver a Charlie, al que se negaba a llevar a casa, y teniendo en cuenta que no podía conducir hasta allí sola.

Sin preguntar ni pedir permiso, Brendan se dirigía al granero y, cada mañana después de que se fuera, Nora se encontraba con que había cargado todas las balas de paja, había organizado los grandes sacos de comida para perros y había barrido el pasillo.

Nunca entraba a la casa.

Y ella tampoco salía. De hecho, sabiendo a la hora a la que iba, corría a esconderse al verlo llegar.

Era como si estuviera luchando contra sus demonios. Aquel baile espontáneo la había dejado hechizada, al igual que las risas y el beso. Brendan estaba allí fuera en aquel momento y podía salir a buscarlo.

Oyó que se abría la puerta de entrada de la casa y corrió a asomarse por la cortina. Vio a Deedee dirigiéndose lentamente al coche, con Luke dándole el brazo para ayudarla. No veía a Brendan por ninguna parte, pero sabía que, si esperaba un momento, lo vería.

Cuando Luke volvió a la casa, lo oyó subir los escalones de dos en dos. Rápidamente soltó la cortina y volvió a mirar la pantalla.

El chico entró en su habitación y un momento más tarde salió con Charlie en brazos.

–¿Alguna vez te hablan los animales? –preguntó su sobrino con tono de preocupación, acariciándole las orejas al gato–. No me refiero con palabras, sino como si supieras exactamente lo que piensan.

–Ponme un ejemplo.

Luke respiró hondo.

–Charlie quiere morirse. Está cansado y tiene muchos dolores. ¿Sabes por qué no se ha ido todavía?

Nora sacudió la cabeza.

–Porque quiere a Deedee –continuó Luke–, pero ella no está preparada para su marcha.

En los últimos días, le había dado la impresión de que Luke tenía el mismo don que ella, solo que una versión más potente. ¿De verdad le hablaban los animales o era solo un ejemplo más de cómo los errores en sus decisiones lo estaban afectando?

A Karen no le habría gustado que Luke supiera leer los pensamientos de los animales. Estaba segura de que nunca había aprobado aquella capacidad suya.

–¿Recuerdas que Brendan me dijo que tenía que pensar en una manera de compensar lo que había hecho?

Nora asintió.

–Así es como voy a compensarla. Voy a prepararla para su marcha.

–¿Cómo vas a hacerlo?

–No lo sé, pero ella piensa que lo estoy haciendo cortando su césped. Voy a llevarme a Ranger conmigo.

Nora se quedó mirando a su sobrino y vio una expresión de determinación en su rostro.

Por primera vez en mucho tiempo, Nora no se sintió preocupada. Luke se estaba comunicando con los animales o, al menos, así lo creía.

Se había propuesto la difícil tarea de preparar a Deedee para la pérdida de su mascota. Nora se sintió orgullosa de él por estar dispuesto a hacer lo imposible. También albergaba la esperanza de que, después de todo, su sobrino fuera a dejar el mundo mejor de lo que lo encontró.

De alguna manera, los cambios que veía en Luke y la sensación de optimismo que la embargaba estaban relacionados con aquel hombre que había entrado a formar parte de su vida.

Empezaba a sentir que aquello era lo más aterrador que jamás le había pasado.

Luke se acercó a la ventana.

–Ya vuelve Brendan del granero. Me iré con él para cortar el césped.

Nora quiso decirle que no, pero no podía. Ya era demasiado tarde. Se daba cuenta de que sus vidas cada vez estaban más entrelazadas.

Además, al ver la valentía en el rostro de su sobrino, Nora supo que debía ser tan valiente como él.

Se acercó a él junto a la ventana y vio a Brendan caminando por el jardín.

–Tendrá que cambiarse para ir a trabajar –dijo ella contemplando cómo se le ajustaban los vaqueros a sus estrechas caderas.

Llevaba una camisa de cuadros metida por el pantalón y abierta en el cuello. Sus ojos se posaron en los labios de Brendan.

Tenía que ser valiente, aunque no quisiera.

–Es sábado –le dijo Luke.

–Vaya, ahora que estás de vacaciones, se me olvida el día en que vivo.

–Esa es mi tía. ¿Quién no sabe el día que es? –dijo con cariño–. Tengo que irme. Te llamaré más tarde.

Luke puso la mano en el hombro de Nora y le dio un rápido beso en la mejilla, mirando de reojo la pantalla.

–No es que le hayamos dado una dieta equivocada. Igu ha comido algo.

–¿Igu? Luke, aquí no ponemos nombre a los animales.

–No es un nombre, es una abreviatura de iguana. El doctor Bentley va a hacerle una radiografía. ¿Cómo es posible que una iguana pueda tragarse una casa?

Al acabar la frase, su sobrino desapareció, con Ranger en el bolsillo de su sudadera. Unos segundos más tarde lo oyó fuera llamando a Brendan.

–Brendan, voy contigo. Voy a segar el césped de Deedee, si es que ella puede cuidar de mi gatito mientras.

Nora se asomó por la cortina a tiempo de ver cómo Luke le entregaba Ranger a Deedee.

La anciana se quedó mirando al gatito. Por un momento, pareció a punto de devolvérselo. Pero entonces su expresión se suavizó, tomó a Ranger entre sus brazos y se metió en el coche.

Brendan la miró, como si hubiera sabido durante todo el tiempo que lo había estado mirando. Le dedicó una sonrisa y le hizo un gesto con la mano para indicarle que todo estaba bien. Parecía que estuvieran criando juntos al muchacho.

Soltó la cortina y dejó que volviera a su sitio.

Capítulo 12

POR la tarde, mientras observaba al doctor Bentley haciendo una radiografía del tracto digestivo de Igu, Nora pensó en las palabras de Luke. Pero no sobre lo de cortar el césped, sino sobre la casa que se había tragado la iguana. La radiografía mostraba una pequeña casa de juguete en el sistema digestivo del reptil.

–Las iguanas son capaces de comerse cualquier cosa –dijo el doctor.

El veterinario no cobraba por los servicios que prestaba al refugio de animales, pero no decía nada de operar a la iguana y no quería preguntarle. ¿Qué debía hacer? Tenía un dinero de reserva, pero usarlo para operar a un animal para el que no había esperanza de que fuera a ser adoptado…

Unos días antes, se había sentido agradecida de no haber tenido que enfrentarse nunca a una situación así. Quizá debería empezar a pensar en una alternativa. Odiaba tener que darle la razón a Brendan Grant. Tenía la impresión de que era un hombre que siempre tenía razón, que era cabal y reflexivo y que no hacía nada de manera impulsiva.

«Formaríamos un gran equipo», pensó Nora antes de poder evitarlo.

–Necesito un momento para pensar –dijo ella.

–Tómate tu tiempo –le contestó el doctor.

Metió a Igu en su jaula y volvió a la sala de espera. Tenía tres opciones: volver a casa y esperar a que muriera, pedirle al veterinario que acelerara el proceso o tratar de reunir el dinero para la operación.

Su teléfono empezó a sonar y miró el número en la pantalla.

–Hola, Luke.

–No soy Luke. He tomado prestado su teléfono.

–¿Por qué?

Era él, el hombre que siempre tenía razón.

–Porque estamos en el jardín de Deedee y me lo ha dejado –dijo e hizo una pausa antes de continuar–. No estaba seguro de que fueras a contestar si veías que era yo.

–¿Por qué dices eso?
–Creo que estás evitándome.
¿Tan evidente era?
–¿Por qué iba a estar evitándote?
Recordó el momento en que sus labios se habían rozado y se estremeció. La palabra «amor» había surgido en su cabeza de forma espontánea después de besarlo.
Brendan no contestó a la pregunta. Ambos sabían muy bien por qué lo estaba evitando.
–Voy a llevar a Luke a tomar un helado. Ha cortado el césped de Deedee y ha empezado a podar los arbustos. Ha trabajado muy duro. No me puedo creer que llevéis seis meses viviendo aquí y todavía no hayáis ido a Moo Factory. Luke me ha dicho, palabras textuales, que nunca hacéis nada divertido.
–Claro que hacemos cosas divertidas –protestó ella.
–¿Sí? ¿Como qué?
«Una vez jugamos al póquer».
No se le ocurrió nada más. Aquello no hablaba bien de su vida con su sobrino.
–La semana pasada alquilamos *La guerra de las galaxias.*
–Habrá que redefinir el término «diversión» –replicó él.
–¿Estás siendo irónico?
–Sí, me resulta tan familiar como respirar.
–A veces jugamos al Scrabble –dijo ella triunfante–. Cuando consigo apartarlo del ordenador.
–Suena más divertido todavía.
Nora recordó la cara que Brendan había puesto la noche en que Luke había sugerido jugar al Scrabble. Pero estaba decidida a demostrarle que hacían cosas divertidas.
–¡Ah! Y Luke me ha enseñado a jugar a los bolos en el ordenador.
–Impresionante. Estoy seguro de que tiraste la bola hacia atrás.
–¿Cómo lo sabes?
–Pura psicología.
–Vaya.
–Ya te lo he advertido, me gusta la ironía.
–En serio, ¿cómo has sabido lo de la bola?
–Yo también he jugado a ese juego.
–¿Así que la bola también se te iba para atrás?
–No –dijo, y de repente se mostró impaciente–. Bueno, te

llamaba para pedirte permiso antes de llevarme a Luke a tomar un helado.

–No hacía falta, claro que puedes llevarlo.

Era ridículo sentirse decepcionada por no haber sido invitada.

–A Luke le gustaría que vinieras.

A él no, a Luke.

Nora se quedó mirando a la iguana. Se sentía superada por la situación. Era incapaz de tomar una decisión.

–Estoy en la consulta del veterinario con Igu, una iguana que se ha tragado algo.

–¿Igu? –repitió Brendan lentamente–. Pensaba que no ponías nombres a los animales.

–¿Quién podría encariñarse con una iguana? –dijo ella, aunque lo cierto era que ya lo estaba.

No quería llevársela a casa y esperar a que muriera, ni sacrificarla.

Así que le contó a Brendan lo que pasaba. Estaba esperando que le dijera que ya se lo había dicho, pero no lo hizo y tuvo la sensación de que había pasado otra prueba.

–¿No tienes un fondo para imprevistos?

–Sí, Brendan, pero nadie quiere una iguana de mascota. Y tampoco hay tanto en el fondo para imprevistos. ¿Y si lo gasto en la iguana y surge alguna urgencia la semana que viene?

–¿En un animal más bonito que una iguana?

Sin pretenderlo, Nora empezó a llorar. No sabía si era por aquella estúpida iguana a la que le había puesto nombre o porque Brendan había estado jugando a los bolos con alguien que lanzaba la bola en sentido contrario. Tal vez fuera porque no había sido idea suya invitarla a tomar un helado.

Era con Becky con quien había jugado a aquel juego tan tonto en la función de Navidad. Todo el mundo se había reído mucho con su falta de coordinación.

Con el teléfono en la mano, de repente se dio cuenta de que era la primera vez que sentía algo al recordar a Becky. Era como si, después de que muriera, solo hubiera podido pensar en cómo no había sido capaz de protegerla y eso hubiera borrado todos los buenos recuerdos de su cabeza.

No se le había ocurrido pensar en que todo lo bueno podría

liberarlo.

Aquel momento de reflexión se vio interrumpido por un sonido al otro lado de la línea. Quiso creer que era una interferencia, pero sintió que se le erizaba el vello.

–¿Estás llorando?

De repente, estuvo seguro de que Nora Anderson había estado evitándolo. Lo cierto era que no le parecía mal. Lo mejor para ambos era evitarse. Solo había que fijarse en cómo su intención de ser un buen samaritano y hacerla reír, había acabado complicándolo todo.

–No.

Claro que estaba llorando. ¿Sería por la iguana? Le había contado que estaba acostumbrada a tratar con animales moribundos. Tenía sus estrategias para no encariñarse con ellos, aunque no parecía cumplir ninguna de ellas.

Una terrible posibilidad se le pasó por la cabeza. Quizá fuera porque al recordar a su esposa hubiera caído en la cuenta de lo rápido que podían cambiar las cosas.

–¿Has tenido algún arrebato desde que te diste el golpe? –preguntó.

–¡Esto no es un arrebato!

Nora parecía sentirse insultada.

Se sorprendió al sentirse culpable. En lugar de haber estado bailando con ella en el pasillo del refugio de los animales, debería haberle estado haciendo preguntas relacionadas con la contusión. Así se habría evitado todos los quebraderos de cabeza que sus labios le habían producido en los últimos días.

–¿Has ido al médico? –preguntó él.

–No necesito médicos.

–Una conducta irritable puede ser un síntoma de conmoción…

–¡No es un arrebato!

Nora pronunció lentamente cada una de aquellas palabras antes de que la línea se quedara muerta. Nora Anderson le había colgado.

A Brendan le daba la impresión de que colgar el teléfono cuando se estaba hablando con alguien era una demostración de ira.

Luke, sonrojado por el calor, con el pelo aplastado por el sudor, salió de entre los arbustos, con una maraña de zarzas en las manos.

–¿Tía Nora va a venir con nosotros a tomar un helado?

–No sé lo que va a hacer. ¿Sabes si ha tenido arrebatos?

–¿Qué es eso?

–Si ha estado llorando, de mal humor…

–¡Ah! Te refieres al síndrome premenstrual.

Brendan no estaba seguro de si debía reprender a Luke, pero ante aquella muestra de complicidad masculina decidió no hacerlo.

–Bueno, me conformo con un batido –murmuró el chico antes de volver a desaparecer entre los matorrales–. ¿Puedes traerle algo a Deedee también? –preguntó asomando la cabeza–. Y algo de vainilla para Ranger. Invito yo. Aunque parezca que no, creo que a Deedee empieza a gustarle.

Había mucho de eso últimamente, gente tratando de mostrarse indiferente con otros, pero interesándose por ellos. Luke era un buen ejemplo. Era difícil que aquel muchacho no cayera bien. Y lo mismo podía decirse de su tía.

Consciente de que la idea no iba a gustarle lo más mínimo, Brendan se puso en camino hacia la consulta del veterinario.

Nora estaba en la sala de espera, tratando de disimular su llanto por la iguana. El animal estaba en una jaula a sus pies. Tenía un lazo alrededor del cuello. ¿Quién le pondría un lazo alrededor del cuello a una iguana por la que no sentía apego?

Al verlo, se cruzó de brazos.

–Puedo ocuparme yo sola.

–No lo creo.

Era la primera vez que la veía con un vestido. Tenía unas piernas preciosas.

Él la ignoró y se sentó a su lado.

–¿Ya has decidido lo que vas a hacer?

La miró de reojo. Se estaba mordiendo el labio inferior. Sabía muy bien que eso significaba que no. ¿Qué demonios había ido a hacer allí?

«Lo correcto», se recordó.

Volvió a mirarla y luego se levantó, pasó por delante de la recepcionista y se fue a hablar con Herb Bentley.

–Muy bien –dijo Brendan al volver a la sala de espera–. Vamos a tomar un helado.

Así, mientras tomaran el batido, podría asegurarse de que no presentaba ningún síntoma de la contusión.

–Por si acaso se te ha olvidado, tengo que tomar una decisión sobre la iguana.

–Ya la he tomado yo –replicó él.

Agarró la jaula y la dejó en la mesa de la recepcionista.

Nora se puso tensa e hizo una bola con el pañuelo de papel que tenía en la mano.

–¿Has tomado una decisión?

No era exactamente un arrebato, pero parecía estar al borde de uno.

–Le he dicho al doctor que yo pagaré la operación. Vayamos a tomar un helado.

–No te he contado lo de Igu para que me ayudaras –dijo ella.

–No importa.

–Sí, sí que importa. Te lo conté porque necesitaba conocer otra opinión. No quería sentirme tan sola y por eso te lo dije. Necesitaba que alguien tomara la decisión por mí.

Al instante pareció arrepentirse de sus palabras. Había dejado entrever lo sola que se sentía.

Él miró sus labios.

Aquello de estar sola no duraría demasiado. En aquel momento, era el secreto mejor guardado de Hansen, pero en cuanto se corriera la voz, todos los hombres solteros en cien kilómetros a la redonda correrían a llamar a su puerta. Brendan ni siquiera quiso detenerse a pensar en aquella extraña sensación que sintió en la boca del estómago.

¿Por qué estaba preocupado por ella? Le había dicho que no quería ataduras.

–No le des tanta importancia al hecho de que vaya a pagar la operación –le explicó–. Quizá no te es fácil tomar una decisión por una dificultad cognitiva consecuencia de la contusión.

–No me gustan las iguanas, pero eso no tiene nada que ver con que me guste tener en mis manos la decisión de que viva o muera.

–Bueno, ahora ya está todo solucionado. Tal vez sea irritabilidad –susurró él.

Sabía que era más prudente hacer aquellas observaciones para sí mismo, pero estaba disfrutando con aquella conversación.

–No tengo dificultades cognitivas ni irritabilidad –dijo ella y, al ver que arqueaba una ceja, añadió–: Estoy enfadada y tengo motivos para estarlo. Esto no tiene nada que ver con el golpe.

–Me parece un poco desproporcionado. Quiero decir que pensé que te alegrarías. No creo que sea para tanto.

–Claro que sí. Te devolveré el dinero.

–Considéralo un donativo.

–No.

–Necesitas un consejo de administración ante el que responder.

–El que hayas tomado tú la decisión lo convierte en un asunto importante.

–¿No sería disculpable que haya tomado la decisión ante la posibilidad de que tengas dificultades cognitivas? Aunque no fuera así.

Se quedó mirándola fijamente. Ella le sostuvo la mirada hasta que la apartó.

–Mira quién fue a hablar de dificultades cognitivas –murmuró Nora.

De repente, parecía haber perdido interés en seguir discutiendo con él. Aun así, no estaba dispuesta a darse por vencida.

–Te lo devolveré.

–De acuerdo. Me lo devolverás en helados. Será un suministro de por vida. Me gusta de regaliz.

–¿Un suministro de por vida? ¿Cuánto va a costar la operación?

Al ver su gesto de preocupación, dividió la cantidad en dos y su mentira se vio recompensada con una expresión de alivio.

–Que yo sepa, no existe el helado de regaliz.

–Eso es porque nunca has estado en Moo Factory. Además, si no te importa que alguien tome la decisión por ti, escogeré el sabor de tu helado. Todavía no he probado un sabor que no me haya gustado.

Le sostuvo la puerta de la clínica para que saliera y, nada más llegar al aparcamiento, Nora se fijó en el coche de Brendan.

–¿Dónde está Luke?

–En el último momento dijo que no quería venir. Me ha pedido que le lleváramos algo de vuelta para así poder seguir trabajando. También para Deedee y para Ranger. Me ha dicho que invitaba él.

–¿Mi sobrino, Luke Caviletti, te ha dicho que invitaba él?

–Sí.

–¿Estás seguro? ¿Estamos hablando del mismo chico pelirrojo y desgarbado?

Era evidente que pretendía ocultar algo con ese comentario jocoso. Su rostro se arrugó. Empezó a hacer cosas extrañas con la nariz y a parpadear rápidamente.

Aquellas muecas no la ayudaron a recuperar el control. Estaba haciendo un gran esfuerzo por no llorar. Aun así, las lágrimas empezaron a rodar.

Brendan deseó meterse las manos en los bolsillos y esperar.

–Quizá estoy… un poco… afectada –balbuceó secándose los ojos con un pañuelo.

Se acercó a ella, la rodeó con sus brazos por la cintura y la sujetó con fuerza.

Sentía la humedad de sus lágrimas mojándole la camisa, la calidez de su cuerpo junto al suyo y su corazón latiendo próximo al de él.

Era un buen momento para confirmar si aquella inestabilidad emocional era síntoma de una conmoción cerebral.

Pero fue incapaz de pronunciar palabra alguna. Apartó una de sus manos de la cintura de Nora y le acarició suavemente el pelo. De nuevo, experimentó aquella sensación de que estaba vivo.

Allí, en medio del aparcamiento de la clínica veterinaria, sintiendo la calidez del sol después de tantos meses de lluvia, con su cuerpo junto al de ella, Brendan se dio cuenta de que ya no le molestaba despertarse y volver a la vida.

Capítulo 13

–A VER –dijo Brendan consultando la lista de síntomas en su teléfono móvil–, ¿tienes dolores de cabeza?

–Estás echando a perder el mejor batido que he tomado en mi vida.

–Limítate a contestar.

Nora le dirigió una dura mirada con la esperanza de que se callara. Estaba estropeando un momento perfecto. Estaban sentados a una mesa de picnic, en el parque que había enfrente de Moo Factory, junto al lago. Igu había conseguido un aplazamiento en su ejecución. Luke se había ofrecido a gastar su dinero para invitar a unos amigos a tomar algo.

El sol había llevado a muchas personas hasta el parque. Los más pequeños chillaban en la zona de los columpios y una pareja paseaba con un cochecito de bebé. Al ver a aquella familia, Nora sintió envidia.

–Serían los candidatos perfectos para darle un hogar al perro de las tres patas –le dijo a Brendan al ver que él también había reparado en ellos.

–¿Quién está estropeando el momento ahora? ¿Puedes dejar de preocuparte por tus animales y concentrarte en la pregunta? Vaya, la incapacidad para concentrarse está en la lista de síntomas.

–Creo que me está dando un terrible dolor de cabeza.

–¡Hablo en serio! –insistió él mirando la lista en la pantalla del teléfono.

–Yo también.

–¿Te duele la cabeza?

–Sí.

Brendan se quedó mirándola fijamente. Parecía estar a punto de tomarla en brazos y salir corriendo hacia el hospital.

¿Y si se dejaba llevar? Se había dado un golpe en la cabeza, podía achacarlo a un momento de debilidad.

–Podría ser una congelación cerebral –añadió ella bromeando–, ya sabes, del helado.

–Sí, claro.

Parecía sinceramente aliviado, pero no estaba dispuesta a permitir que saliera del atolladero tan fácilmente.

–También podría deberse a la persistencia de un hombre muy pesado.

Él curvó los labios y volvió a consultar la pantalla.

–Espero no estar siendo excesivamente pesado. Lo hago por tu propio bien.

Nora puso los ojos en blanco y dio un largo sorbo a su batido. El momento era una delicia.

–¿Tienes sensación de aturdimiento, de no poderte concentrar?

«Solo cuando me miras».

–¿Puedo probar tu batido?

–Creo que la respuesta a lo que acabo de preguntarte es que sí. ¿Qué tiene que ver probar mi batido con que tengas sensación de aturdimiento?

–Nunca he probado el batido de helado de regaliz. He decidido vivir peligrosamente y teniendo en cuenta que es posible que un vaso sanguíneo de mi cabeza se haya roto, tengo que estar preparada por si exploto mientras hablamos.

Él se quedó mirándola.

Nora se llevó una mano a la frente y se tambaleó. Brendan frunció el ceño, perplejo.

–Ya sabes, podría ser un aneurisma.

No sabía por qué, pero sacaba en ella una vena cómica, una falta de inhibición que apenas conocía y que le agradaba.

Brendan empujó su batido hasta el otro lado de la mesa, ofreciéndoselo. Luego se rio.

Nora se llevó la pajita a los labios. Era consciente del hecho de que tenía los labios donde habían estado los suyos. Tal vez, él también se había parado a pensar en ello. De repente no parecía tan interesado en seguir haciéndole preguntas tontas. En vez de eso, se quedó mirándola sorber con la pajita. Había algo tan intenso en su mirada que se estremeció.

–Huy, qué frío está –dijo ella para justificar el escalofrío–, además de buenísimo.

Pero sospechó que no se lo creyó y volvió a empujar el batido hacia él.

Sin apartar la vista de ella, tomó la pajita y cuidadosamente se la llevó a los labios.

–¿Quieres probar el mío?

Al parecer, sí quería. El momento se volvió intenso cuando tomó el batido, se lo llevó a la boca y mordió la pajita suavemente con los dientes antes de tomarla con los labios.

–¿Qué más cosas peligrosas quieres hacer antes de que te estalle esa vena en la cabeza? –preguntó él.

Estaba bromeando, aunque no del todo. La vida era impredecible. Su hermana, una mujer sana, había muerto con treinta y pocos años de edad. La esposa de Brendan, en un accidente de coche. De repente, tenía la impresión de no haber corrido suficientes riesgos, de no haber vivido tan intensamente como debería. Cuando todo acabara, ¿qué se habría perdido? En aquel momento, era fácil responder a la pregunta, teniéndolo sentado ante ella, haciendo toda clase de cosas provocativas con la pajita. El sol se reflejaba en su pelo oscuro y la sombra de la barba empezaba a aparecer en sus mejillas.

Se habría perdido la oportunidad de estar con un hombre como él.

Tenía que aprovechar todo lo que la vida le ofrecía, aunque fuera peligroso. ¡Especialmente si era peligroso!

–Quiero alquilar una de esas cosas –dijo Nora señalando los botes a pedales que había en un pequeño muelle.

Lo decía en serio. Quería olvidarse de Igu y del perro de tres patas para el que no encontraba hogar. Quería olvidarse de aquella anciana cuyo gato estaba a punto de morir. Incluso quería olvidarse del pobre Luke y de la responsabilidad que tenía con él. Quería olvidarse de los plazos para preparar la columna de *Pregúntele a Rover* y de las facturas pendientes de pagar.

Simplemente, quería dar un paseo por el lago y divertirse.

–Creo que quiero vivir –dijo lentamente–, como si me fuera a morir.

–Parece la letra de una canción –observó él.

Nora lo miró y reunió todo su coraje.

–¿Quieres cantarla conmigo?

–Claro –respondió él–. De paso, podré observar si tienes más síntomas.

Mientras Brendan bajaba hasta el muelle para alquilar el bote, Nora llamó a Luke para decirle que se retrasarían en llevarle el batido.

Al chico no pareció importarle. Deedee y él se habían cansado de esperar y estaban comiendo un pastel.

–No comas nunca un pastel hecho por una persona mayor –le advirtió a su tía bajando el tono–. No sé si se le ha olvidado ponerle azúcar o es que llevaba semanas en la nevera.

–¡No te lo comas! –exclamó Nora.

–No quiero herir sus sentimientos –susurró Luke antes de despedirse y colgar.

Cuando Brendan volvió, seguía pensando en lo que Luke le acababa de decir. No quería herir los sentimientos de la anciana.

–Muy bien, marinera –dijo Brendan, entregándole un chaleco salvavidas–. Vamos.

Nora se preguntó si sería por haber pasado tanto tiempo encerrados en sí mismos por lo que disfrutaron tanto de una tarde en el lago bajo el sol.

El bote, si así se le podía llamar, era un extraño artilugio propulsado por dos personas sentadas una al lado de la otra pedaleando al unísono. Tardaron un rato en hacerse con su manejo. Para girar, uno tenía que dejar de pedalear mientras el otro seguía sin parar. Así, el bote empezaba a describir lentamente un arco.

Entre risas, Brendan y ella se dirigieron al interior del lago, sin reparar en el viento que había empezado a soplar y que estaba creando una corriente. Habían alquilado el bote una hora, pero para cuando volvieron al muelle después de un buen rato pedaleando con el viento en contra, habían pasado más de dos horas.

–Vaya, si esta es tu idea de vivir al límite, no quiero saber qué entiendes por aburrirte.

–No ha sido aburrido, ha sido divertido.

–De eso nada.

–Está bien, si tan bueno crees que eres, elige tú un plan arriesgado.

–De acuerdo, te recogeré mañana a las diez.

–¿Vamos a hacer algo arriesgado mañana a las diez?

–A menos que te dé miedo.

Nada le daba miedo. Se sentía más valiente que nunca. Aquella sensación le duró hasta el día siguiente, cuando justo a las diez, Brendan apareció en su casa subido a una moto.

Por supuesto que era algo arriesgado, pensó Brendan. Habían cruzado el lago en ferry y estaban recorriendo el tramo norte de la carretera que lo circunvalaba. Pero los peligros no provenían del

trayecto, con más subidas y bajadas que una montaña rusa, ni del intenso tráfico de turistas con sus caravanas y sus barcas.

No, era arriesgado porque Nora estaba sentada detrás, aferrada a él con tanta fuerza que era imposible que algo se colara entre ellos. Era arriesgado porque en vez de estar asustada, no paraba de gritar y reírse.

Pararon a comer en un pub a mitad del camino. Cuando Nora se quitó el casco y sacudió la melena, se había quemado la nariz con el sol y tenía las mejillas sonrosadas por el viento. Brillaba de felicidad. Se la veía desenfadada y juvenil, y Brendan deseó que siempre tuviera ese aspecto.

Se sentaron a comer unos bocadillos en el muelle, sobre las aguas azules del lago, y charlaron sobre la recuperación de Igu y se rieron recordando la anécdota de Luke comiendo el pastel de Deedee. Brendan le contó algo divertido que había pasado en el trabajo, pero no le dijo nada del edificio que estaba construyendo junto al lago y que iba a ser un hito en su carrera. Por su parte, Nora le habló de las ambiciones que tenía para El Arca de Nora.

Como si la hubiese conocido de siempre, se sentía muy cómodo con ella. Más que por los temas de conversación era por cómo lo hacía sentirse.

–¿Sabes lo que hice anoche? –preguntó él.

–¿Limpiar manchas de batido de regaliz de tu camisa?

–Después de eso.

–¿Trabajar?

El propio Brendan se sorprendió de que la respuesta no fuera afirmativa. Siempre estaba trabajando, pero la noche anterior no.

–Estuve buscando la sección de *Pregúntele a Rover* en Internet.

Ella se sonrojó y dio un trago a su cerveza.

–¿Por qué lo hiciste?

–Por curiosidad.

–Bueno, es un trabajo tonto del que me da vergüenza hablar.

Él frunció el ceño.

–¿Bromeas?

–No. No me gusta que nadie sepa que lo escribo yo.

–Pero ¿por qué?

–Siempre quise ser una persona normal, no alguien de quien se rieran. No quería que me vieran como un bicho raro. Siempre quise ser popular y tener muchos amigos. Pero, en vez de eso, tenía esa extraña habilidad para reconfortar a animales enfermos. Mi familia

solía bromear diciendo que, si hubiera nacido en otra época, me hubieran quemado en la hoguera –dijo, y se quedó en silencio unos segundos antes de continuar–. Se me da mejor tratar con animales que con personas. Es como si pudiera leerles la mente solo que sin palabras. Conecto con la energía del animal. Mi familia me tenía por rara y mis amigos de la infancia pensaban que era una curandera. Aprendí a guardar el secreto de todas aquellas cosas tan fuera de lo común.

–Así que, cuando escribes *Pregúntele a Rover*, ¿percibes esa energía aunque sea a distancia?

Nora se quedó mirándolo. Parecía realmente interesado.

–No sé si la energía la percibo a distancia o mediante la lectura detenida de las cartas.

–He leído muchas cartas de lectores satisfechos que agradecen tus consejos. ¿Cómo supiste que ese perro que llevaba una semana tiritando tenía un diente roto? ¿O que ese gato perdido se había ido en la furgoneta de aquel fontanero?

–Son deducciones lógicas y también algo de intuición. Es mi pequeña aportación al mundo. Espero que no le cuentes a nadie que quien escribe soy yo. También lo hago por el bien de Luke. Quiero que lleve una vida normal aquí.

–¿Qué quieres para él?

Ella suspiró.

–Todo lo que no pude conseguir para mí: popularidad, una casa llena de amigos… No quiero que porque yo haga algo diferente, la gente se ría de él o le juzgue.

–Ya sabes que la gente critica. Por ejemplo, ¿sabes esa época a la que te has referido en la que quemaban a las brujas en la hoguera? Asociaban los gatos a las brujas, así que también los quemaban. De esa manera, la población de ratas se disparó y transmitieron la peste bubónica. Murieron treinta y cinco millones de personas.

–No estoy segura de entender lo que me estás diciendo.

–La gente saca sus propias conclusiones y muchas de ellas son equivocadas. De una forma u otra, todos tenemos que encontrar nuestra verdad –dijo él y vaciló antes de continuar–. Me gusta *Pregúntele a Rover*, pero me gustaron aún más los borradores que leí en tu mesilla. ¿Alguna vez publicas algo de eso?

–No, nunca.

–Deberías hacerlo.

–No creo que el mundo esté preparado para *Pregúntele a Nora.*

–Ahí es donde creo que te equivocas. Al mundo le vendría bien algo un poco más divertido y osado.

–Si lloro, ¿vas a preguntarme si estoy teniendo un arrebato?

–No, voy a hacer esto.

Entonces, hizo lo más peligroso de todo. La besó. Fue un beso largo, intenso y profundo. La estaba besando a ella, no a aquella pequeña parte que había elegido mostrar al mundo.

–No deberías haber hecho eso –dijo él apartándose de ella.

–¿Por qué? –preguntó sorprendida.

Él se encogió de hombros.

–Tenemos que irnos.

–No. Tengo la sensación de que, cuando leíste las cartas que tenía junto a la cama, descubriste una parte de mi corazón sin mi consentimiento. Eso no es justo. No a menos que me muestres algo del tuyo.

Brendan se quedó mirándola, considerando si mostrarle cómo era en realidad. Tenía que quitarse de encima aquella losa de culpabilidad que sentía sobre él.

De repente, sintió la mano de Nora sobre la suya. Sentía su energía. Parecía querer sacarlo de la oscuridad y guiarlo hacia la luz, y apartar de una vez por todas aquella roca que ocultaba la entrada de la cueva.

Hubiera seguido resistiéndose si no hubiera sido por sus siguientes palabras.

–Cuéntame un secreto, tu mayor secreto.

Brendan se debatió entre callar o bajar la guardia por una vez. Le había dicho que el mundo necesitaba conocer cómo era ella realmente. ¿Pasaría lo mismo con él?

Nora sabía cómo curar muchas cosas. Solo había que fijarse en Charlie. Con solo estar cerca de ella, bajo el mismo techo, el animal estaba mejor cada día.

¿Por qué le había pedido que le contara su secreto? La luz que vio en sus ojos le hizo tomar una dirección que no deseaba. Aquella luz le hacía sentirse valiente cuando lo único que quería era darse la vuelta y salir corriendo.

La estación de las lluvias hacía tiempo que había acabado y el sol brillaba con fuerza. ¿Podría ocurrir lo mismo con su vida?

Respiró hondo y decidió contarle algo que nadie sabía sobre él.

–Como arquitecto, me siento un fracaso.

–Pero tienes mucho éxito.

–Nunca me he sentido orgulloso de las casas que he construido. Siempre he sentido que me faltaba algo. Así que ahí lo tienes, mi secreto.

Nora se quedó estudiándolo unos segundos.

–Eso no es un secreto. Es solo la primera capa.

–¿Cómo?

–Apostaría esa iguana recién operada a que esa sensación de no ser lo suficientemente bueno tiene su origen en otra parte.

–No es que crea que no soy bueno –protestó él.

De repente, se dio cuenta de que ni siquiera le había hablado a Becky de aquello.

–Mi madre nunca vivió con mi padre –dijo él, y se aclaró la voz antes de continuar–. Se quedó embarazada y él se desentendió. Nunca me lo dijo, pero supongo que fue un caso de amor no correspondido que culminó en una aventura de una noche. ¿Quién sabe? Quizá se quedó embarazada para intentar atraparlo. Si fue así, no le sirvió de nada y acabó sola. Era joven y no tenía estudios. Odiaba a todos los hombres del mundo excepto a uno: a mí –añadió, y se encogió de hombros, sonriendo con amargura–. Ahora ya lo sabes, tienes delante a un auténtico bastardo.

Nora lo miraba con intensidad, como si pudiera ver algo más en él, mucho más de lo que pretendía mostrarle.

–No, eso es solo otra capa más. Hay más; cuéntame el resto.

–Éramos pobres. Pero pobres de verdad. Parece que está de moda decir que se es pobre solo porque no se puede ir a comer a restaurantes con asiduidad o porque no se tienen cuarenta regalos debajo del árbol el día de Navidad.

–La gente que es pobre de verdad no va por ahí presumiendo de ello.

Ya era suficiente. Le había contado lo insatisfecho que estaba con su trabajo, que era un hijo ilegítimo y que había sido pobre de niño. Aquellos eran sus secretos.

Aunque no eran todos y ella lo sabía. Podía sentir su energía tirando de sus palabras. Una vez habían empezado a fluir, le era imposible detenerse.

–Éramos muy pobres. Mi madre trabajaba limpiando hoteles y casas por las mañanas, y de camarera por las noches. A veces no teníamos comida. Otras veces, nos echaban por no pagar la renta. Crecí sabiendo que debía corresponderle a mi madre por todos aquellos sacrificios que hacía. No sé cómo se las arregló para

ahorrar un dinero y que fuera a la universidad. Llegué a tener tres empleos a la vez y conseguí una beca. Vivió lo suficiente como para ir a mi graduación. Una vez murió, me vine a vivir a Hansen, al otro lado del país. Había un pequeño estudio de arquitectura y acepté un empleo. Traté de convencerme de que lo hacía porque se trataba de una buena oportunidad laboral, pero creo que lo único que quería era alejarme de todo –se le suavizó la voz–. Entonces conocí a Becky. Nunca pensé que una mujer como ella pudiera fijarse en alguien como yo. Era hija de una de las familias más acomodadas de Hansen, con piscina en el jardín, casa de verano en la playa y estudios en Suiza. Así que me olvidé de todo lo anterior. Me daba vergüenza. No le hablé a nadie de mi pasado y menos aún a aquella chica que se había enamorado de mí. Pensé que, si se enteraba de algo, nunca accedería a casarse conmigo.

–¿Acaso no te hizo preguntas?

–Claro que sí. Al principio, creo que pensó que no quería contarle nada de mi pasado por mi forma de ser.

Se quedó en silencio. Estaba hablando demasiado. A nadie le interesaban aquellas cosas. Pero al mirar a Nora, supo que a ella sí le interesaba. Por el brillo de sus ojos supo que no estaba dispuesta a dejarlo escapar y que él no se sentiría liberado hasta que le contase todo.

–Sentía que tenía que ser merecedor de la fe que Becky había puesto en mí. No era suficiente con poder pagar las facturas cada mes. No, tenía que triunfar. Cuando mi jefe decidió retirarse, resolví comprarle el estudio. A la vez, la familia de Becky puso en venta su casa. Era el tipo de casa que mi madre solía limpiar. Ella las llamaba mansiones.

Había llegado el momento de callar. Pero parecía que el que hablaba era aquel niño que le había prometido a su madre comprarle una mansión y que no estaba dispuesto a callarse hasta que se lo hubiera contado todo. Era como si se hubiera roto un dique en su interior del que emanaba algo tóxico y, con cada palabra que pronunciaba, se sentía más limpio y libre.

Estaba en caída libre. Se estaba dejando llevar por la luz de sus ojos, confiado en que sobreviviría al aterrizaje. Respiró hondo. Iba a contárselo todo.

Capítulo 14

–A BECKY le daba igual si comprábamos la casa, pero a mí no. Me sentía obligado a darle el estilo de vida al que estaba acostumbrada. No quería que tuviera que trabajar. Eso habría supuesto un fracaso, así que empecé a trabajar a todas horas. Ella se sentía frustrada porque no teníamos comunicación. Empezó a darse cuenta de que era incapaz de conectar con ella. Me dijo que se aburría, que ya nada le resultaba divertido.

Había llegado al final, a lo peor de todo, a la parte en que había dejado morir a una buena mujer que lo único malo que había hecho había sido amarlo.

–Yo no quería tener hijos –continuó–. Pensaba que sería una preocupación más. No me di cuenta de que lo único que Becky pretendía era salvar lo nuestro. Yo ni siquiera era consciente de que las cosas no iban bien. Organizó un viaje de fin de semana para que fuéramos a esquiar. A mí no me apetecía. ¿Para qué gastar dinero en algo tan frívolo? Ella lo único que quería era que nos divirtiéramos, quería hacer algo romántico. Me dijo que tenía una buena noticia que darme, algo que debíamos celebrar y que merecía la pena. El día en que debíamos irnos, surgió algo en el trabajo. En aquel momento parecía algo urgente. Ahora me pregunto si me inventé lo de la urgencia para que se diera cuenta de que seguía molesto por el gasto y por tomarme el fin de semana libre. Le dije que fuera hasta la estación de esquí conduciendo y que esa misma noche me reuniría con ella allí. Estaba enfadada cuando se marchó. Mientras estaba de camino por la carretera, empezó a nevar. Perdió el control del coche, se salió de la carretera y fue a chocar contra un árbol. Murió en el acto. Me enteré de la buena noticia, del motivo de la celebración, por el médico forense: estaba embarazada. Había dejado de tomar anticonceptivos. Lo supe porque encontré la caja en el botiquín de casa –dijo, y suspiró antes de continuar–. ¿Contribuyó el hecho de que estuviera enfadada conmigo a que tuviera el accidente? Seguramente. Y, si el trabajo lo era todo antes de aquello, lo fue todavía más después. Aparte de las pastillas que me recetó el médico, era la única manera en que podía controlar la

culpabilidad que sentía. ¿Sabes?, una semana antes del accidente, me dijo que, si moría antes que yo, volvería para decirme que estaba bien. Yo le contesté que no podría estar bien porque estaría muerta. Pero no ha venido a decirme que está bien porque no lo está. Y todo es culpa mía.

Se quedó a la espera de arrepentirse por habérselo contado a Nora, por haberle confiado tanto sobre él. Después de haber leído su columna, tenía una mejor idea de ella al igual que ella debía de tenerla sobre él sabiendo todo aquello.

Esperó a que dijera algo, que debía perdonarse, que Becky estaba bien o que no había sido culpa suya. Pero no dijo nada. Nora ni siquiera lo miró. Seguía con la vista fija en las cristalinas aguas del lago. Su expresión era de calma.

–Nunca derramé una lágrima por ella, ni siquiera aquella noche.

Pensó que Nora soltaría su mano, pero, al contrario, se la tomó con más fuerza. La dejó donde estaba y sintió la energía de su roce.

De repente, una gran sensación de libertad embargó a Brendan. Seguía en caída libre, como si volara.

Había pensado que al contarle todo acabaría hundido, dando salida a un torrente de dolor contenido. Sin embargo, en vez de eso, le había dado alas.

Desde aquel momento de confianza, un inesperado vínculo surgió entre ellos, y juntos se adentraron en el verano.

No se cansaban el uno del otro. Luke también formaba parte de la magia. A pesar de las protestas de Nora, Brendan le enseñó a montar en moto en el camino de entrada. Y luego, la enseñó a ella. Como en el póquer, Luke tenía potencial, ella no.

Los tres combatían el calor del día yendo a la playa a jugar y nadar en sus refrescantes aguas. Alquilaban kayaks, mucho más divertidos que los botes a pedales, y llevaban al perro de tres patas a dar paseos por el bosque.

Con Igu bajo la mesa de la cocina y Charlie sobre el regazo de Luke, pasaban las tardes jugando al póquer, Brendan incluso se dejó convencer para echar alguna partida al Scrabble.

Poco a poco, Brendan y Nora fueron encontrando ratos para estar a solas. Algunos días salían de picnic y acababan tumbados en la hierba, observando la salida de las estrellas.

A Brendan no parecía preocuparle el edificio que se estaba

construyendo a orillas del lago. Lo importante era leer el último borrador de la columna de Nora y llevar a Luke y Charlie a visitar a Deedee.

En una de aquellas ocasiones, Brendan decidió que había llegado el momento de tratar el asunto de Charlie.

–Quizá es hora de que Charlie vuelva con Deedee. Está muy recuperado.

Brendan y Luke estaban fregando los platos mientras Nora y Deedee estaban fuera en el porche, sentadas en las mecedoras. El gato dormitaba sobre el regazo de la anciana.

–No –respondió Luke, y miró inquieto hacia la puerta–. No, no está mejorando, simplemente su estado se mantiene.

Brendan sonrió para sí. Había pasado de ser un completo escéptico a creer en milagros.

¿No era aquello consecuencia del amor, del milagro de convertir en extraordinario lo ordinario?

El amor… Brendan se quedó pensando en aquella palabra. ¿Qué otra cosa podía aportar luz a lo cotidiano?

Incluso la necesidad que sentía de estar cerca de Nora, de tomarla de la mano, apartarle el pelo de la cara o rozarle los labios, era un milagro que le hacía sentirse lleno de vida.

Disfrutaba haciéndole pequeños regalos: un colgante de oro con dos corazones entrelazados, unos pequeños pendientes de plata,… Le costaba aceptarlos, pero luego los lucía con gran coquetería.

También asistieron a espectáculos públicos, como a una representación en el anfiteatro al aire libre del parque del lago.

Otro día, organizó una barbacoa en su casa y le presentó a sus amigos y compañeros de trabajo. Nora seguía sin permitirle que le contara a nadie que era ella la que estaba detrás de *Pregúntele a Rover*. Fue entonces, después de que todos los invitados se fueran, mientras Nora estaba junto al fregadero de su cocina, cuando lo vio claro.

Se acercó a ella, la rodeó con sus brazos y aspiró el olor de su pelo. Nora se volvió y lo abrazó con fuerza, antes de ponerse de puntillas. Él se inclinó, y sus labios se encontraron a medio camino.

Inmerso en la pasión del beso, Brendan supo la verdad: la amaba. La apartó un poco y por la expresión de sus ojos adivinó que ella también sentía lo mismo por él.

–Quiero quedarme a pasar la noche –susurró ella.

Pero Brendan sabía que aquello no sería suficiente para él, y

tampoco para ella.

Lo que sentía por Nora no tenía nada que ver con una aventura de una noche.

Habría quien pensaría que era demasiado pronto para estar tan seguro de que la amaba, que estaba yendo muy deprisa.

Pero no era así. Hacía seis semanas que la conocía, seis semanas que habían sido las mejores de su vida. Él mejor que nadie sabía que las cosas podían cambiar de un día para otro, así que no podía perder ni un minuto.

Nunca antes había deseado algo con tanta intensidad.

–Tienes que irte a casa –dijo apartándola de él.

Nora se quedó aturdida y él le acarició los labios, a punto de rendirse al deseo de besarla una vez más.

Esa vez, cuando se apartaron, ambos jadeaban.

–Vete a casa.

Al día siguiente iría a recogerla en su moto con el anillo más bonito que pudiera encontrar en Hansen en el bolsillo. Llevaría champán y fresas, y la llevaría hasta algún lugar de las montañas con vistas. Y entonces, le pediría que se casara con él.

Pero en aquel momento tenía que irse a casa antes de que hiciera algo irrespetuoso con ella o con el gran amor que sentía por ella.

–Vete a casa –repitió.

Aquella noche, estuvo mucho tiempo despierto pensando en que pronto su cama no estaría vacía, y tampoco su vida. También en cómo le pediría matrimonio, en las palabras exactas que emplearía, en cómo se le iluminaría el rostro al verlo clavar una rodilla en el suelo.

Cuando por fin se durmió, estuvo soñando con Becky. Estaba en medio de un prado rebosante de girasoles. Llevaba una falda larga y estaba bailando como había visto a Nora bailando con el conejo. Había una manta extendida sobre la hierba y un bebé sentado encima.

El rostro de Becky brillaba de alegría. Sostenía algo entre las manos.

–Estamos bien. ¿No lo ves? Todos estamos bien.

Se acercó a ella, desesperado por decirle lo mucho que sentía no haber valorado lo que tenía hasta que lo había perdido. Deseaba ver de cerca el bebé de la manta y al otro bebé que tenía en brazos.

De repente, se detuvo en seco. Lo que tenía entre las manos no

era un bebé, sino un gato, Charlie.

Brendan se despertó cubierto de sudor al oír el teléfono. Antes de que contestara, supo lo que había pasado. De hecho, se planteó no contestar.

Durante todo aquel tiempo había estado cayendo en caída libre. En aquel momento, no estaba seguro de que fuera a sobrevivir al aterrizaje.

Contestó el teléfono. Como se había imaginado, era Luke.

–Charlie ha muerto.

Brendan estuvo a punto de decir que ya lo sabía.

–No hace falta que vengas –añadió Luke.

–Enseguida estaré ahí.

Cuando llegó, Luke tenía en brazos a Charlie y Nora estaba sentada a su lado, dándole la mano.

–Saldré a cavar un hoyo.

–No, voy a llevárselo a Deedee –dijo Luke–. Le he hecho una caja.

Se levantó con el cuerpo inerte del gato en brazos y regresó con una caja de madera. Tenía la imagen de Charlie y su nombre tallados en la tapa. Era imposible que hubiera hecho aquella caja en la hora que había transcurrido desde que el animal había muerto. Al verla, Nora empezó a llorar.

Pero Luke se mantuvo sereno. Abrió la caja y colocó al gato sobre una tela blanca. Luego puso la tapa y se volvió hacia Brendan.

Brendan se sintió incómodo. Durante todo ese tiempo, mientras él se divertía y conquistaba a Nora, convencido de que el amor podía cambiarlo todo y de que el gato iba a recuperarse, Luke se había estado preparando para un final diferente, un final más realista.

–Tenemos que llevarlo a casa de Deedee –dijo Luke–. Voy a llamarla para avisarla de que vamos. Lo enterraremos allí –añadió como si ya estuviera todo decidido.

Brendan estuvo a punto de sugerir que lo enterraran allí, pero temía que si abría la boca lo único que saldría sería un gruñido de furia e impotencia.

En silencio, con Nora a su lado llorando desconsoladamente y Luke sentado en el asiento de atrás, con la caja en el regazo, Brendan condujo hasta casa de Deedee.

Estaba esperándolos, vestida de negro. Luke le entregó la caja y ella se quedó mirándola, antes de acariciar el nombre tallado y

besar la imagen. Luego, todos la siguieron hasta el jardín de atrás.

Bajo un rosal, Luke había cavado un hoyo cuadrado. Debía de haberlo hecho hacía algún tiempo porque estaba lleno de pétalos blancos.

Luke tomó la caja de manos de Deedee y suavemente la depositó en el hoyo. Luego tomó una pala que había junto a la valla y empezó a cubrir el agujero.

Deedee empezó a llorar y Brendan recordó el día en que habían enterrado a Becky. Aquel día, había permanecido impasible y había sido incapaz de llorar.

Nora le rodeó con un brazo los hombros a la abuela de Becky.

–Entremos –le dijo–. Le prepararé una taza de té.

Las mujeres volvieron dentro y Brendan se quedó con Luke.

–Lo haré yo –se ofreció Brendan e hizo amago de quitarle al muchacho la pala.

–No –dijo Luke, y la sujetó con fuerza–. Tengo que terminar esto. Es mi manera de enmendar lo que hice.

Brendan se metió las manos en los bolsillos. Se sentía como un estúpido. Había bajado la guardia durante las últimas semanas y había empezado a creer que todo saldría bien en un mundo en el que eso nunca ocurría.

¿De veras había creído que el gato viviría?

Pensó en lo incapaz que había sido para detenerlo todo, incluso para no enamorarse sabiendo que no debía hacerlo. Todo a su alrededor parecía estar yéndose abajo.

–¿Estás bien? –preguntó Luke mirándolo.

El muchacho lo miraba con la misma atención que su tía. Era imposible ocultarles nada.

Brendan se pellizcó el puente de la nariz y tragó saliva. Trató de respirar hondo, pero, cuando nada de eso funcionó, se dio media vuelta y se fue.

«Vete a casa», le había dicho Brendan.

En aquel momento, su rostro había brillado exultante de amor y de la promesa de un futuro. Pero eso había sido antes de la muerte de Charlie.

Nora trató de recordar si Brendan había dicho algo en aquella breve, pero solemne ceremonia en el jardín de Deedee. Pero no, no había dicho nada. Se había ido sin ni siquiera despedirse.

No había manera de que supiera que aquellas últimas palabras que él le había dicho tenían que ver con el futuro. Estaba convencida de que no le había entendido bien, de que lo que debía de haberle querido decir era que se fuera, que todo había terminado.

Aquellos días mágicos acabaron como habían empezado. El teléfono dejó de sonar y la moto no volvió a aparecer por su casa.

¿Qué había cambiado? Charlie había muerto, eso significaba que lo necesitaban más. Al principio, Nora se había sentido defraudada porque los había decepcionado.

Aquel era el momento en que Luke necesitaba saber que contaba con alguien más.

Necesitaba saberlo. Lo había llamado y le había dejado mensajes. Prácticamente le había rogado que fuera a ver a su sobrino.

Pero no había ido.

Como si fuera una adolescente a la que le hubieran roto el corazón, esperaba que la llamara por teléfono y le diera una explicación, pero no hubo llamada porque no había explicación.

Decidida a proteger a Luke, trató de mantenerse ocupada. Incluso se las arregló para superar su propio dolor e ir a ver a Deedee.

Al llegar a casa de la anciana, Brendan salía. Al verla, buscó la forma de esquivarla, pero no pudo.

Tenía muy mal aspecto, como si apenas comiera y durmiera, y deseó acercarse a él y abrazarlo. Pero él se cruzó de brazos, mirándola, con el rostro impasible.

Tenía que contener sus impulsos. Al fin y al cabo, les había roto el corazón a ella y a Luke. ¿Cómo podía querer reconfortarlo?

No se molestó en ser cortés y ni siquiera perdió el tiempo en saludarlo.

–¿De qué te escondes? –preguntó Nora en voz baja.

Se sentía furiosa. Les había traicionado a ella y a su sobrino.

–No sé a qué te refieres –contestó él con una sonrisa gélida.

–Cometiste un error, pero no es el que piensas.

–¿Cómo dices?

–Piensas que tu error fue haber permitido a Becky conducir aquella noche. Pero el error lo habías empezado a cometer mucho tiempo antes.

Capítulo 15

–¿DE QUÉ estás hablando? –preguntó Brendan.

A pesar de su frialdad, Nora no estaba dispuesta a callarse. Había sido él quien, a lo largo del verano, le había dado la palabra. Tendría que soportar las consecuencias.

–Ella quería amarte. Mientras tú estabas ocupado fingiendo ser alguien que no eras para impresionarla, ella quería amarte. Por eso se quedó embarazada. Te sentía cada vez más lejos y quiso recuperarte.

–Eso no lo sabes.

–Sí, lo sé.

–Déjalo ya. No sabes nada de mí.

–Sé que te escondes del dolor, de la vida y del amor.

Lo había querido tener todo a un precio muy alto. Brendan puso cara de póquer.

–¡Mira quién fue a hablar! –exclamó él con frialdad–. Lo dice una mujer que nunca cuenta a nadie quién es realmente –añadió antes de darse media vuelta y marcharse.

La furia que sentía Nora se fue disipando a lo largo de la noche. Durante aquellos largos días de verano, había decidido correr el riesgo y se había comportado tal cual era. Se había mostrado divertida y despreocupada con él, y se había dejado llevar por su intuición. Había pensado que a Brendan le gustaba como era.

Pero, de repente, cayó en la cuenta. Lo importante no era lo que a él le gustara. Lo importante era que a ella le había gustado. Había disfrutado viviendo en libertad, sin máscaras.

Mientras siguiera ocultando quién era realmente, nunca tendría el poder. Se daba cuenta de algo que quizá Brendan no supiera. Una persona podía protegerse estando sola; eso no requería nada. Pero la vida exigía cosas y así era como las circunstancias iban convirtiendo a cada uno en lo que era.

La vida tenía que seguir. Nora tenía un muchacho al que criar y el instituto pronto empezaría. Luke necesitaba material escolar y ropa, así que debía ocuparse del oficio de vivir.

Incluso había dejado de escribir en *Pregúntele a Rover* y era

consciente de que tenía que retomar la columna.

El primer día de instituto, después de que Luke tomara el autobús, Nora estuvo leyendo el montón de cartas que había recibido y eligió las consultas más complicadas. Con Igu dormitando a sus pies, las fue contestando desde aquel rincón profundo de su corazón desde el que siempre emanaban las respuestas. Era aquel rincón que la gente no siempre entendía, porque estaba puro e incorrupto.

Cuando acabó de redactar las contestaciones, cambió la firma de la columna: *Pregúntele a Rover, por Nora Anderson*.

Después, salió a ver a los voluntarios para anunciarles que pronto tendrían una reunión y que llevaran propuestas para organizar mejor el trabajo.

Cuando Luke regresó, estaba preparando galletas.

–¿Qué tal el primer día?

–Bien.

Era evidente que no había sido así.

–¿Qué ha pasado?

–Gerry me ha pedido otros cincuenta dólares.

–Voy a llamar a sus padres. Es intolerable. Debería haberlos llamado…

Luke le puso una mano sobre el hombro. Nora reparó en que había crecido durante el verano y tenía que levantar la cabeza para mirarlo.

–A la hora de comer he ido a la comisaría para confesar la verdad, que yo le robé la bicicleta.

Nora se quedó boquiabierta. Luke había crecido en muchos aspectos.

–¿Les contaste que ese chico te está extorsionando?

–No.

–Voy a llamar a sus padres.

–No, no merece la pena gastar más energía. Asunto zanjado.

–¿Van a presentar cargos por robar la bicicleta?

De nuevo, sintió aquella preocupación por estar haciéndolo todo mal.

Había permitido que Brendan formara parte de sus vidas y Luke se enfrentaba a la pérdida de la única referencia masculina que tenía. Estaba intentando poner remedio a una difícil situación él solo. ¿Por qué había acudido a la policía? Debería haberlo hablado con ella antes. ¿Y si todo se complicaba?

–El sargento con el que hablé me dijo que probablemente no presentarían cargos.

Había algo diferente en Luke desde que Charlie había muerto. En vez de derrumbarse, era como si la muerte del gato le hubiera ayudado a encontrarse a sí mismo y no echara en falta a Brendan.

Hacía un momento que había empleado la palabra «energía» y, de repente, era como si pudiera ver y sentir la del chico. Y así de fácil, supo ver cómo era su sobrino y cómo sería siempre. Entonces se dio cuenta de que, después de todo, no había hecho las cosas tan mal.

Excepto una: el chico era capaz de mantener una conversación adulta.

–Siento lo de Brendan. Siento haber permitido que te encariñaras con él y que haya dejado de venir.

Cuando Luke la miró, vio un brillo de sabiduría en sus ojos. En aquel instante, supo que nunca sería el chico popular que había soñado. Sería algo mejor. Era introspectivo, serio, fuerte e intuitivo.

–El que Brendan haya dejado de venir no es por ti ni por mí –dijo el muchacho lentamente.

–¿A qué se debe entonces?

–A que teme volver a causar dolor. La muerte de Charlie se lo ha recordado. El día en que enterramos a Charlie, se fue de casa de Deedee llorando.

Nora se quedó de piedra.

–¿Brendan llorando?

–Intentó disimular, pero lo vi.

Nora había pensado que era por su culpa. Mientras ella había estado liberándose, él había estado levantando los muros de su prisión sin que ella hiciera nada por impedírselo. Había aceptado su fortaleza y el hecho de que quisiera hacerse responsable de ella y del mundo. Se había acostumbrado y había llegado a depender de él.

Había permitido que creyera que estaba a cargo de todo y había disfrutado de la sensación de que alguien cuidara de ella.

Entonces, Charlie había muerto, lo que le había hecho recordar que era una tarea imposible pretender proteger todo y a todos. Eso lo había hecho distanciarse, con la misma sensación de fracaso e impotencia a la que se había enfrentado cuando su esposa había muerto.

–¿Cómo es que eres tan listo?

–Si piensas que soy listo –dijo Luke tomando una galleta de la bandeja del horno–, díselo a mi profesora de matemáticas.

Brendan se quedó mirando el plano. Pasaban de las diez y seguía en la oficina. Uno de los fluorescentes había empezado a parpadear hacía unas horas y le dolía la cabeza.

Oyó que se abría una puerta, pero no prestó atención pensando que sería alguien del personal de mantenimiento del edificio.

–Se te ve contento.

Al reconocer la voz, se puso rígido, se enderezó y miró hacia la puerta. Allí estaba ella. Su melena pelirroja, bajo aquella luz, parecía una llama alrededor de su cara. Al ver su mirada profunda, se arrepintió de la decisión que había tomado de alejarse de ella.

Nora se acercó y se quedó a su lado, tan cerca que percibió su habitual olor a canela y cítricos.

–Es una casa muy bonita –dijo ella mirando el plano.

Brendan no quería entrar en discusiones, así que dobló el plano y se cruzó de brazos.

–No está mal.

–No lo dices muy convencido. ¿Qué es lo que no te gusta?

No era por lo que no le gustaba de la casa, sino por lo que no le gustaba de sí mismo. Antes, lo único que le preocupaba era la funcionalidad de las viviendas. Nunca antes se había preguntado por las personas que las habitarían.

–Es una casa cómoda para una joven pareja.

–¿Y?

–No han conocido todavía ningún momento doloroso.

–¿Y?

–Y espero que nunca lo conozcan.

–¿Pero?

–Pero no creo que eso sea posible porque la vida no es así.

–Es cierto, la vida no es así –convino Nora.

–Tienen un bebé precioso. No dejaron de prestarle atención mientras estuvieron aquí en mi despacho.

–¿Qué pasa con el bebé?

–Algún día, puede que les haga sufrir. Puede que se ponga enfermo o que pruebe las drogas o que se rían de él en el colegio.

–Es lo que tiene el amor –dijo Nora como si estuviera de acuerdo con él–. Te hace vulnerable a toda clase de dolor.

–Esta pequeña y acogedora casa no hará nada por ayudarlos ni podrá impedir su sufrimiento.

–No, claro que no, porque tú no tienes ese poder.

–No estamos hablando de mí.

–Sí, Brendan, estamos hablando de ti. Tú eres el que elegiste diseñar casas porque siempre deseaste un hogar, un hogar en el que proteger a todo el que entrara.

–¿A qué has venido?

–Para llevarte a casa. He venido para llevarte hasta mi corazón.

–¿Qué sabes tú de lo que necesito?

–Lo sé todo.

Él la miró con el ceño fruncido.

–Soy muy intuitiva, ¿recuerdas? Soy curandera, sé lo que necesitas.

–¿Y qué es lo que necesito? –preguntó él sin poder evitarlo.

–En una ocasión decidiste correr el riesgo y te enamoraste. Pero sentiste que te hacías más débil en vez de más fuerte.

Brendan permaneció de brazos cruzados, con expresión impasible.

–Necesitas un lugar en el que guardar tu armadura, un lugar en el que no tengas que ser siempre el fuerte y en el que siempre haya alguien esperándote, dispuesto a recogerte si te caes. Necesitas una mujer fuerte y una relación que no se base en que seas tú el que tenga que satisfacer todas las necesidades, sino en la que haya un verdadero equilibrio. En ocasiones tendrás que ser tú su sostén y, en otras, necesitarás apoyarte en ella. Yo soy esa mujer –afirmó con rotundidad–. Te quiero y nunca voy a dejar de quererte. Estoy dispuesta a correr el riesgo, aunque eso suponga abrir la puerta al sufrimiento porque es el precio de vivir la vida con intensidad. No se puede vivir oculto en una cueva.

Brendan se quedó boquiabierto. Nunca le había hablado de la cueva.

–Así que, si quieres, puedes acompañarme –concluyó Nora.

–Estás loca.

–Lo sé. Pregúntale a Rover.

Brendan contuvo el impulso de sonreír, pero tuvo que esforzarse mucho.

Entonces, Nora hizo algo que lo dejó sin las pocas fuerzas que le quedaban. Se acercó, le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia su rostro. Luego buscó en sus ojos y sonrió al encontrar lo que

buscaba. Entonces, lo besó.

Él, debilitado, le devolvió el beso y algo muy extraño sucedió. Al unir sus labios, una fuerte energía que emanaba de ella lo invadió y Brendan sintió que la vida volvía a su cuerpo. Se estaba abriendo en vez de cerrarse, se estaba convirtiendo en el hombre que estaba destinado a ser.

La tomó entre sus brazos y la meció contra su pecho.

Había llegado a su hogar. Aquella sensación era la que había buscado al proyectar sus edificios y por la que siempre le había quedado una sensación de fracaso. Porque se le había pasado por alto lo más importante: un hogar no lo creaban cuatro paredes, sino el espíritu que lo inundaba.

Epílogo

BRENDAN estaba sentado junto a Nora en el abarrotado salón de actos del instituto de Hansen. Habían soportado todos los discursos, a cual más largo y aburrido, y deseó que Nora, la vecina más conocida de Hansen, hubiera aceptado pronunciar unas palabras.

Una vez hubo cambiado su columna a *Pregúntele a Nora*, habían ocurrido un montón de cosas increíbles. El blog de Internet había sido un éxito. Le había seguido un libro con sus columnas que había estado en la lista de los más vendidos durante ocho meses seguidos. Luego, le habían propuesto colaborar en un programa de radio.

Así que como la persona de más éxito de Hansen, le habían pedido que diera el discurso final en el acto de graduación.

Pero había dicho que no. Era el día de Luke, no el suyo. Para Brendan había sido un alivio porque, ¿qué pasaría si el bebé decidía nacer a medio discurso?

Hacía tiempo que habían vendido la casa de Brendan en la colina y habían comprado un terreno colindante a la propiedad de Nora. Juntos habían diseñado una nueva casa. No era la más grande que había construido ni la más ostentosa, pero estaba llena de todo aquello necesario para que fuera algo más que vigas y ladrillos. Estaba llena de amor, complicidad y alegría.

La casa de Nora había sido vendida por un precio simbólico al Arca de Nora, que había pasado a convertirse en una organización benéfica con un consejo de administración y un ejército de voluntarios. Aun así, acudía rauda y veloz cada vez que llegaba un animal enfermo en mitad de la noche, aunque no la llamaran. Siempre sabía cuándo llegaba un animal nuevo y cuándo se necesitaba su talento especial. Y la mayoría de las veces, Luke estaba a su lado.

Los estudiantes subían al estrado al ser llamados por su nombre. Por la forma en que se comportaban, se podía adivinar quién sería ambicioso y quién complaciente, quién se pondría el mundo por montera o quién se dejaría llevar por la corriente.

–Vaya –exclamó Nora en voz baja.

Brendan se volvió para mirarla, dispuesto a interrumpir la

ceremonia si era necesario, tomar en brazos a su esposa y salir corriendo.

Ella le dedicó una sonrisa tranquilizadora y le colocó la mano sobre su vientre. El bebé estaba dando patadas, como si estuviera impaciente por llegar al mundo. Pero Nora y Luke le habían asegurado que todavía no era el día. Aun así, tenía que estar preparado.

–Luke Caviletti –se oyó por la megafonía.

Brendan puso toda su atención en el estrado. Un año antes, le había ofrecido su apellido, pero Luke le había dicho que no. No necesitaba llevarlo para sentirse parte de la familia. Además, quería perpetuar el de su padre.

Al verlo subir al estrado con decisión, Brendan se emocionó, pero no hizo nada por disimular. Simplemente, se limitó a disfrutar de aquel momento de orgullo.

Por el rabillo del ojo, vio las lágrimas de alegría y orgullo de Nora. Brendan apartó la mano de su vientre y estrechó la suya con fuerza.

Luke no era el chico popular que Nora había soñado y que llenaba la casa con amigos y risas. Se había convertido en algo mucho mejor, en sí mismo. Era fuerte, reservado, tranquilo y estaba satisfecho con el don que había recibido. Ni Brendan ni Nora se habían sorprendido cuando el joven les había dicho que quería emplear el dinero que Deedee le había dejado para estudiar Medicina y convertirse en médico.

Nada más conocer a Nora, acababa de perder a su hermana y a su prometido. A pesar de ello, nunca se había negado a ayudar a nadie. Siempre había estado disponible para su sobrino y para cualquier criatura que necesitara cobijo. Luke tenía la misma capacidad para superar su dolor y ponerse al servicio de los demás. Iba a ser un gran médico.

El edificio del lago ya estaba construido e incluso habitado. Había conseguido comprender por qué antes nunca se sentía satisfecho con sus obras. Había buscado con su trabajo reafirmar su ego herido, pensando en sí mismo y por eso, por muchos premios que le hubieran dado, no había conseguido ninguna satisfacción.

En aquellos momentos estaba diseñando un complejo de viviendas para familias con escasos recursos, llamado Mary Grant Court en memoria de su madre. Estaba entusiasmado con el proyecto. Cada día se despertaba lleno de energía, deseoso de ir a

trabajar y tan feliz como nunca se había imaginado que podría ser.

La energía no era ese algo tan misterioso que siempre había creído. Su fuerza podía advertirse en todo. La energía fluía por las cosas más maravillosas del planeta Tierra, por todas aquellas partículas invisibles de masa que se movían tan deprisa que creaban la ilusión de ser algo tangible.

Pero había un lugar donde la energía se transformaba y ese lugar era el gran misterio. No hacía desaparecer el dolor ni alteraba las experiencias de la vida, simplemente se producía una fusión. Se fundía con todo y así se convertía en algo superior, en algo más que energía. Era entonces cuando se transformaba en la fuerza que podía hacer que unos tablones de madera y un poco de cemento se convirtieran en un rincón sagrado, en un hogar.

La gente lo llamaba de muchas maneras. Brendan lo llamaba amor y sabía que era muy afortunado por haberlo podido encontrar.